Giuseppe Scaraffia

Antonio Machado Libros

SEÑORAS DE LA NOCHE

HISTORIAS DE PROSTITUTAS, ARTISTAS Y ESCRITORES

PENSAMIENTO



Giuseppe Scaraffia

Antonio Machado Libros

SEÑORAS DE LA NOCHE

HISTORIAS DE PROSTITUTAS, ARTISTAS Y ESCRITORES

PENSAMIENTO



Giuseppe Scaraffia

SEÑORAS DE LA NOCHE

HISTORIAS DE PROSTITUTAS, ARTISTAS Y ESCRITORES

Traducción de

Francisco Campillo


Machado
Libros

EDITA A. Machado Libros

Labradores, 5. 28660 Boadilla del Monte (Madrid)

machadolibros@machadolibros.com • www.machadolibros.com

Título original: Le signore della notte

REALIZACIÓN: A. Machado Libros

ISBN: 978-84-9114-176-1

Índice

Aquellas casas eran, más que cualquier otra cosa, el lugar de la dulzura y la humanidad.

MARIO SOLDATI

El corazón es como una puta: en cuanto deja de sacudirse está muerta.

HONORÉ DE BALZAC

Lo que daría por aquellos amores de calle, por

esos ardores de la carne despertados por una

simple mirada, por las conquistas efímeras que

pronto se desvanecían, por los besos

intercambiados sin motivo.

GUY DE MAUPASSANT

Introducción

Quien en 2006 hubiera paseado en Lyon por el quai Rimbaud se habría percatado sin dificultad de la presencia de una verdadera selva de lazos negros ondeando en las antenas de los automóviles. Eran los de las prostitutas; y era su modo de recordar el sexagésimo aniversario de la ley de 1946, la cual, al prohibir los prostíbulos, las arrojaba a las aceras, a la calle. Dos años después, en 1948, la Ley Merlin remedaría en Italia la proscripción francesa.

Se daba con ello término a la secular historia de una institución que, a pesar de sus limitaciones, había cumplido una función que la segunda posguerra estaba decidida a ignorar. Los motivos, desde el contagio de enfermedades venéreas a una muy diferente sensibilidad colectiva sobre la cuestión de la emancipación femenina, parecían correctos. Pero la situación de las prostitutas, erradicadas con semejante brusquedad, estaba destinada a un progresivo empeoramiento.

En su crónica desde París, Vitaliano Brancati las retrataba: «Estas mujeres, fácilmente reconocibles incluso a un kilómetro de distancia, parecen inválidas, como animales privados del caparazón que antes las protegía. Ningún traje, gabardina o abrigo de piel podrá vestir su desnudez, consecuencia directa de su expulsión de esas peculiares casas que les daban, tanto a ellas como a sus agobiantes perfumes, cobijo.»

Para comprender el alcance real de lo sucedido entonces se hace necesaria una larga mirada hacia el pasado: volver a la Revolución Francesa, a la convulsión que inauguró el siglo de la burguesía e hizo de París la capital europea de la prostitución. Solo retomando la senda de la historia podrá comprenderse gran parte de la ambigüedad que todavía hoy distingue la actitud de nuestra sociedad ante este fenómeno.

En 1789, las prostitutas presidían los desfiles de carrozas junto a los héroes del momento: los libertadores de la Bastilla. Chateaubriand vio cómo muchos transeúntes se descubrían timoratos la cabeza ante el paso de los carruajes de los triunfadores. Muchas de aquellas mujeres habían participado el 5 de octubre en la revuelta que consiguió devolver al rey a París. La comitiva real avanzaba con lentitud, entre disparos de júbilo y muestras de escarnio. Encabezando el cortejo, prostitutas harapientas, montadas sobre los cañones, lanzaban escandalosas

proclamas acompañadas de no menos elocuentes gestos.

Fue una euforia momentánea. En realidad, la revolución no casaba con aquel tipo de libertad. Aun reivindicando el derecho a la felicidad, el nuevo orden no podía sino condenar una práctica que corrompía a los jóvenes y «en vez de hacerlos crecer fuertes y dignos de los antiguos espartanos, los convertían en sibaritas, en seres incapaces de servir a la libertad».

A pesar de los posibles reparos, la llegada de un gran número de hombres a la ciudad, unida al ubicuo y frecuente espectáculo de la embriaguez, había ampliado el ámbito de su clientela. En primera instancia, el descubrimiento de la libertad había promovido entre las gentes una actitud de tolerancia también hacia las mujeres de vida fácil, que se atrevían incluso a mostrarse en alegres grupos desde los balcones de las calles de moda. Un edicto de la Asamblea Constituyente del 22 de julio de 1791 mostraba un leve signo del comienzo de inversión de la tendencia. El decreto ordenaba arrestar a aquellas mujeres que alteraran el orden público o desafiaran el pudor.

En 1793, el incesante florecimiento de casas de placer empujó a los jacobinos a intervenir de modo más decidido. Así, el 24 de abril, en el barrio de Temple, y «teniendo en cuenta que para una república se hace absolutamente necesaria la depuración de las costumbres», se tomó una significativa medida. A consecuencia de las denuncias de algunos revolucionarios que habían sido testigos de los sumamente lascivos y escandalosos discursos lanzados a cualquier hora del día por ciertas mujeres disolutas, y con el fin de poner coto al enorme desastre que suponía la depravación de las costumbres causada por la lubricidad de las susodichas, se nombraron los pertinentes comisarios con el encargo de controlar la situación en los restantes cuarenta y siete barrios de París. No se mencionaba en lo argumentado una sospecha de naturaleza muy diferente que se cernía sobre las ninfas de los burdeles: el de su connivencia con prófugos y reaccionarios de todo tipo.

Inmediatamente después de aquella denuncia, en julio del 93, se cerraron por sorpresa las cancelas de los jardines del Palais-Royal, auténtico reino de la prostitución, y tuvo lugar en él una redada. Un periódico de la época, Le Courier de l’egalité, se hacía eco del doble sentido de las respuestas de las detenidas en los interrogatorios. «¿Sois buenas ciudadanas?» «Sí, general.» «¿Sois buenas republicanas?» «¡Sí, desde luego!» «¿No habréis, por casualidad, escondido en vuestras habitaciones a sacerdotes reaccionarios, o a austríacos, o a prusianos?»

«¡Qué va! ¡Nosotras solo recibimos sans-culottes!», o sea, hombres sin culotte, sin el pantalón hasta las rodillas típico de los aristócratas.

La situación se había calmado momentáneamente, aunque continuaron las redadas y, en efecto, en algunos casos ciertos aristócratas fueron sorprendidos en sus brazos. En octubre intervino el procurador de la Comuna, el ultra Pierre-Gaspard Chaumette, para quien la prostitución era el resultado de catorce siglos de corrupción y esclavitud monárquica. Si no se actuaba sin descanso para recobrar la dignidad de las costumbres, fundamento esencial del sistema republicano, la institución quedaría para la posteridad como autora de un crimen. «¡Purificar el ambiente significa salvar la patria!», llegó a decir.

Como consecuencia de su iniciativa, todas las prostitutas pasaron a ser susceptibles de arresto. Las patrullas actuaban con la ayuda de grupos de voluntarios reclutados entre los ciudadanos más virtuosos: ancianos, retirados y padres de familia nombrados a tal efecto «ministros de la moral». Durante la locura sangrienta del Terror no pocas prostitutas compartieron con las damas de la aristocracia el honor de la guillotina.

En el siglo XIX, que sacrificó en nombre de la productividad la libertad sexual de la centuria precedente, las prostitutas resultaron ser indispensables en un grado desconocido hasta entonces, pues la esposa ideal debía ser virtuosa para no distraer al hombre de su trabajo. Sin embargo, su propia existencia suponía una manifiesta contradicción con las virtudes de esa burguesía que, aquí y allá, se estaba haciendo con el poder. Por ello, los prostíbulos, con sus persianas cerradas y su obligada discreción, constituían el espacio ideal, ese oscuro no-lugar, donde confinar actividades inconfesables en un limbo de represión.

Precisamente esa exclusión de la luz del día y, por tanto, de la conciencia común convirtió los prostíbulos, a pesar de las penalidades y abusos que las prostitutas soportaban en ellos, en una especie de zona franca, libre de los prejuicios de la época. En el fondo, las mujeres que allí trabajaban habían hecho una elección. Como explica Walter Benjamin en una reseña de La profesión de la señora Warren, de George Bernard Shaw, habían optado por un trabajo mejor retribuido, la prostitución, en vez de cualquier otro tan «honorable» como mal pagado.

Y esta rebeldía más o menos consciente contra el sistema económico y los valores dominantes las acercó a otro grupo social que sufría con dolor las pesadas cadenas de la burguesía: los artistas. Serían justamente ellos quienes, en

sus cuadros o en sus novelas, arrancarían de esa oscuridad forzada a unas mujeres a menudo muy diferentes de aquellas otras que les esperaban en casa. Obviamente, lo que para intelectuales y artistas no era sino la experimentación de una lúcida sensación de proximidad, para otros hombres, sea cual fuere su condición social, aparecía simplemente como un consuelo inefable, el disfrute de una atmósfera más relajada que la cotidiana y que era posible respirar solo en momentos aislados.

Por ello, y a pesar del incuestionable machismo de sus parroquianos, los burdeles se convirtieron en una especie de círculos, de clubes, cuyos socios ponían momentáneamente entre paréntesis un mundo exterior en el que se sentían de modo inconsciente oprimidos, asfixiados e incluso amenazados, para así refugiarse, retrotraerse quizá, a un clima divertido y burlón, en el que las mujeres, por fin, podían participar de las diversiones masculinas, incluso de las más atrevidas. «En Francia –recuerda Henri Cartier-Bresson–, frecuentaba a menudo los burdeles, y no los salones mundanos. Para conversar y no para fotografiar, la vida estaba allí, no en las casas de la gente importante.» Y además, ese mismo dinero que dominaba la vida pública de los burgueses, se transmudaba en aquellos lugares no en inversiones sólidas, sino en placeres efímeros, consoladores.

En el siglo XX, con la creciente emancipación femenina la situación se hizo más embarazosa. ¿Cómo justificar los prostíbulos? Esa nueva libertad, que separaba, al menos en teoría, el honor de una mujer de sus apetencias sexuales, ¿no debería haber eliminado la necesidad de su existencia? Hubo quien probó a dar una cierta explicación: habría sido justamente la entrada de la mujer en el mundo del trabajo lo que habría convertido los burdeles en un recurso de mayor necesidad. Se trata de un argumento que aún hoy retoman quienes entienden la prostitución en una sociedad en apariencia sexualmente liberada como consecuencia de la creciente masculinización o, en cualquier caso, de la diversidad de ocupaciones y la menor disponibilidad de una mujer absorbida por su carrera profesional.

Si la Revolución Francesa promulgaba leyes contra las prostitutas y definía como «nocivos sibaritas» a sus clientes, la segunda mitad del siglo XX será el escenario de un nuevo tipo de criminalización de los usuarios del sexo pagado: criminalización mediática y legal; algo sin duda inconcebible con anterioridad a la publicación de la ley Merlin, en los tiempos donde la visita «coral» al prostíbulo no evocaba oscuras perversiones, sino fantasías y escenas placenteras, como la del poeta Vincenzo Cardarelli, arrebujado y dulcemente adormecido en

el salón romano de la tan inequívocamente equívoca Pensión Rossi, de la calle Mario de' Fiori.

En los años recientes, por el contrario, tanto los promotores de la emancipación, que defienden la paridad de la mujer en cualquier campo, como sus adversarios, nostálgicos adoradores de una feminidad tradicional y carcelaria, de una «especificidad» del papel femenino como esposa y madre, coinciden en un propósito: hacer del cliente algo extremadamente anómalo y considerar la experiencia del sexo pagado como vestigio de una humanidad primitiva, reprimida o perversa.

Pero la opinión no era la misma ni en el XIX ni tampoco en la primera mitad del XX. Quizá porque se era consciente de que no eran solo artistas disolutos y deformes, como Henri de Toulouse- Lautrec, quienes frecuentaban las casas de tolerancia. Allí acudían genios que ya eran amados con locura por mujeres fascinantes, como Alfred de Musset y Gustave Flaubert. Allí acudían pacíficos maridos como Hippolyte Taine o irredimibles solitarios como Arthur Schopenhauer. Allí acudían seres profundamente conscientes de la naturaleza humana como Franz Kafka. Allí acudían hombres que, como Georges Simenon, tenían ya una o más amantes además de su propia mujer. Y allí acuden todavía no solo, como parecen acreditar los últimos escándalos, personas públicas y actores famosos asediados por sus admiradoras, sino también muchos otros. Es un hecho indiscutible.

Como también lo es que casi todas las relaciones humanas tienen carácter económico, y utilizan más o menos abiertamente el dinero como intermediario. Si se condena el pago de una prostituta como algo inhumano y degradante es a causa de dos mitos: el derecho que todos creemos tener al amor, y el carácter inseparable de amor y erotismo, nacidos ambos con el Romanticismo y consolidados por la cultura burguesa. Dos mitos causantes de tantas y tantas desdichas, desilusiones y frustraciones, entre ellas la incapacidad para comprender con claridad la relación, incuestionable, entre eros y poder y, por tanto, entre sexo y dinero.

A pesar del empeño legislativo de algunos gobiernos, la prostitución ha existido y permanecido en nuestra sociedad desde siempre. Residuo o no de usos culturales arcaicos, de sistemas de poder anticuados, de traumas, complejos o represiones más o menos confusas, sigue respondiendo a necesidades insustituibles. Por supuesto, resulta impensable una reapertura de los burdeles tal

y como eran en otros tiempos; pero sí podría auspiciarse la creación de las llamadas «casas abiertas»*, comunidades o auténticas cooperativas en las que las prostitutas pudieran ejercer su profesión al amparo de una asistencia médica que las tutelara tanto a ellas como a sus clientes, a resguardo de proxenetas, madames explotadoras o, peor aún, organizaciones criminales.

La prostitución, explica Elisabeth Badinter, se basa en el derecho, adquirido a un caro precio, de disponer libremente del propio cuerpo. Se trata de un derecho negado por la Iglesia y por todas las religiones abanderadas de la pertenencia de ese cuerpo a Dios, y que ven en la sexualidad no dirigida a la procreación o no enmarcada en las normas sociales una forma inaceptable de degradación moral, además de una amenaza para el orden natural. Precisamente como consecuencia de este prejuicio, un trabajo que ya es de por sí duro se hace más difícil, pues acaba siendo forzosamente confinado en ese oscuro mundo reservado a la delincuencia.

Es deseable, por tanto, como espera Mario Soldati, que las casas «vuelvan a abrirse libres, a mujeres libres para entrar o salir de ellas y decir no». Se trata de un objetivo difícil de alcanzar, a no ser que se produzca un reconocimiento legal, con su consiguiente tasación, de una profesión que bien podría encontrarse en el mismo ámbito que el de una asistente social, el de una enfermera… o quizá solo el de una masajista. En cualquier caso la haría benéfica, generosa, dócil, siempre disponible, paciente, relajante, terapéutica, dulce.

«Todas eran interesantes, inteligentes, dignas de amor, de atención, de reflexión, de recuerdo, de historia», escribía Soldati. «He dicho inteligentes: sí, esta era quizá la cualidad principal de cada una de ellas. Y cuando hay verdadera inteligencia hay siempre bondad, la verdadera bondad de espíritu. Jamás vi a ninguna cruel: en ningún caso, y ni por el más pequeño gesto, pude deducir que a alguna parecieran causar placer las desgracias o infortunios de las otras. Eran almas que habían tocado el fondo de la realidad: por eso eran inteligentes, por eso eran caritativas y amables.» Más optimista, Arthur Koetsler resumía: «Las casas de tolerancia no eran un espectáculo edificante, pero eliminaban la homosexualidad, la impotencia, las neurosis, la tartamudez, la vergüenza, los crímenes sexuales.»

Alguien podría preguntarse, como lo hace Dino Buzzati: «De acuerdo, pero si tú tuvieras una hija, ¿te gustaría que se prostituyese? No, desde luego. A los ojos del mundo, una mujer que se prostituye no hace sino degradarse y verse marcada

como una persona abyecta a quien hay que excluir del grupo que forma la gente de bien. Ahora bien, si pudiéramos tener a ese oficio, el más antiguo del mundo, en una más alta consideración, como ha sucedido a lo largo de la historia en tantas culturas, es evidente que todos nosotros, sin excepción, veríamos el problema con ojos muy diferentes.»

Por su parte, la señora Clelia, desde la superioridad que le confiere su experiencia de exprostituta, sentencia con sorprendente sencillez: «El acto sexual es en cierto modo el símbolo de la diferencia entre hombre y mujer: ella tiende a acoger y mantener en su interior; él necesita arrojar, liberarse, crear algo fuera de sí mismo.»

Notas al pie

* «Case aperte», neologismo que se opone a la expresión italiana «casa chiusa» («casa cerrada»), uno de los nombres que se les da en tal lengua a los prostíbulos. (N. del T.)

I

La iniciación

Pero volvamos al pasado. ¿Qué padre llevaría hoy a su hijo para iniciarlo a las aceras de una de esas avenidas de la ciudad nocturna? Hubo un tiempo en que, sin embargo, confiar al debutante al cuidado maternal de las prostitutas se consideraba la solución más obvia. La primera vez no era siempre feliz. El estudiante Gustave Flaubert, futuro asiduo de los prostíbulos, había debutado a la edad de dieciséis años en una modesta casa de placer frecuentada por sus compañeros de colegio. El resultado no fue positivo: «Salí de aquellos brazos lleno de enfado y amargura.» Para el bellísimo y audaz Alphonse Daudet las puertas de los prostíbulos se abrieron a los trece años, gracias a una prostituta adolescente, quien después lo hizo a su vez adoptar por sus compañeras. A Émile Zola le gustaba contar que en su época de estudiante permaneció ocho días enteros en la cama con una mujer. Cuando salió de la casa –añadía– se sentía tan exhausto que no tenía más remedio que andar apoyándose por las paredes para no caerse. La realidad es que aquellas bravuconadas no hacían sino enmascarar una adolescencia solitaria y carente de amores. Y es que, tímido y ansioso a la vez, Zola fue iniciado por Herthe, una prostituta con la que convivió, y si se quedó durante días entre las sábanas, fue tan solo porque la necesidad le había empujado a vender hasta su último par de pantalones, así que no podía salir de allí.

Fue el profesor Adrien Proust quien animó a su hijo. «Tenía tal necesidad de conocer a una mujer para acabar de una vez con mis detestables hábitos de masturbación, que papá me dio diez francos para acudir a un burdel», confesaba Marcel a su abuelo, añadiendo que, de la emoción, acabó por romper un orinal y por no poder tener relación alguna. «Esta es la razón de que necesite siempre diez francos para satisfacer mis necesidades, además de otros tres para restituir el orinal.» La carta terminaba en tono humorístico: «Pero no me atrevo a pedir así, por las buenas, el dinero a papá, y esperaba que fueras tú quien me ayudara en esta ocasión que, como verás, no es solo peculiar, sino también única: nunca sucede dos veces en la vida que uno está demasiado atontado para hacer el amor.»

León Tolstoi fue iniciado a los dieciséis años por una chica borracha residente en una casa de citas. Lo habían arrastrado hasta allí sus hermanos. Cuando acabó, permaneció quieto junto a la cama, llorando.

Con solo catorce años, James Joyce invirtió en una inolvidable experiencia prostibularia el dinero obtenido gracias a sus premios escolares.

Gabriele D'Annunzio disfrutó de su primera experiencia, «la hora de la hetera», con la misma edad, pero con distinta satisfacción. Fue en Florencia, durante un viaje de estudios, cuando, tras eludir la vigilancia de sus cuidadores, empeñó el reloj de oro que le regalara su abuelo para poder pagarse una prostituta. Al entrar en la estancia desparramó un frasco de perfume de jazmín para crear la atmósfera adecuada. Después sintió «apaciguar y arrobar mi ímpetu por una ternura casi materna, por la incierta dulzura melancólica de una nana». Como recuerdo de tal acontecimiento regaló a la meretriz un viejo violín.

Paul Morand esperaba con ansiedad ser lo suficientemente alto para ser admitido en un burdel. Un día había acompañado junto a otros amigos a un compañero en apariencia más adulto. A la salida se precipitaron sobre el susodicho atosigándolo con todo tipo de preguntas: «¿Cómo es una mujer?, ¿es que se entra en ella?, ¿pero, de veras es posible?» Franz Kafka se resistió a las sucesivas invitaciones de su padre para que se hiciera un hombre en un prostíbulo, y así se lo reprochó en su Carta al padre.

Pierre Drieu La Rochelle debutó con casi dieciocho años en los brazos de una mujer rubia y algo gruesa, reluctante a desvestirse. A pesar de que la mujer le pareciera fea, vulgar y demasiado vieja, la experiencia le desbordó por completo, aun siendo, como fue, rápida. Cuando le confesó que era su primera vez, ella le respondió: «Ay, si me lo hubieras dicho habría ido más despacio. Mira, es algo hermoso; pero lleva cuidado con las enfermedades.»

Picasso perdió su virginidad en una casa de tolerancia. En la España de aquella época la única alternativa era el matrimonio, se justificaba por su parte Buñuel, también iniciado en un burdel. Jacques Prévert lo hizo a los trece, «con una mujer pútrida».

Michel Leris escuchaba con avidez las historias de su hermano, recién salido de uno de esos lugares «donde se puede alquilar una mujer y hacerle todo lo que se quiera». Evelyn Waugh tuvo su primera experiencia en un prostíbulo de

Marsella. George Simenon moría por el deseo de poseer a una prostituta negra; llegó a vender el reloj de su padre para pagársela. En el momento decisivo, Mario Soldati, atemorizado y ebrio, no se atrevió a subir a la habitación. Le obsesionó durante un tiempo el recuerdo de aquellas «carnes rosadas y fofas, velos, máscaras de mujer». Solo algunos años después, militar, alcanzaría «el anhelado final» en un burdel de Novara.

«Era a los dieciocho años –escribe Gesualdo Bufalino– cuando se entraba por vez primera en un burdel y era por lo general algo parecido a una alegre confirmación, como tomar las órdenes de un profano sacerdocio.» Aquellas casas se convirtieron en el lugar de una ceremonia de iniciación, de un rito que significaba el paso de una edad a otra.

Para los tímidos, incapaces de acercarse a sus amadas, las prostitutas eran una solución. En los años veinte, y antes de convertirse en un auténtico seductor, un torpe Antoine de Saint- Exupéry frecuentaba con asiduidad el ambiente de las mujeres de la vida. Durante su largo matrimonio, Naipaul continuó visitando a las prostitutas, precisamente a causa de su inseguridad ante las demás mujeres.

Niccolò Tommaseo pedía al cielo: «¡Oh Dios mío, santifica a todas esas mujeres con las que he pecado!» Vincent van Gogh experimentaba «afecto y amor por esas mujeres condenadas, malditas y despreciadas por los hombres de iglesia». Cuando vagaba solo y enfermizo por la ciudad, le «parecía que esas mujeres eran como hermanas». Junto con su amigo Paul Gauguin, frecuentaba los burdeles más pobres. Uno le impactó por su colorido: «Todo el color más puro y descarado que existe», desde la cal azulada del gran salón al rojo de los militares; del negro de los demás clientes al rojo de las mujeres, y «todo visto con una luz amarilla». A pesar de su experiencia como pianista en los burdeles de Buenos Aires, oficio desempeñado en su momento también por Giacomo Puccini, Dino Campana se sentaba en ellos arrinconado en un ángulo con la cabeza gacha, nervioso y listo para evitar cualquier contacto en caso de que alguna mujer tomara la iniciativa de sentarse a su lado. Pero cuando tenía la seguridad de no estar siendo observado, miraba en derredor atentamente, empapándose de cada detalle.

La timidez podía disfrazarse de truculencia. A los dieciocho años, Stendhal escribió en pocas horas la pornográfica crónica en verso de los acontecimientos de la tarde anterior, pasada en un lupanar de Brescia. Subteniente del cuerpo de dragones, describía con el típico humor cuartelero, preñado de dobles sentidos,

el asalto silencioso de sus compañeros de armas a aquella fortaleza sin defensores. Los dragones llamaron a todas las puertas; después, excitados por «el acento argentino de dos voces femeninas», se arrojan sobre aquellas «zorras». En medio de aquel frenesí, «todos se excitan y quieren follar cuanto antes». Mientras Stendhal y uno de sus camaradas estaban sodomizando a unas muchachas, apareció un tipo que había intentado molestarlos y que, bajo una oportuna amenaza de castración, acabó por retirarse.

Florencia, 1902. Paul Klee, al entrar con dos amigos en un prostíbulo percibe con sorpresa una atmósfera tan inesperada como solemne, un ambiente que les paraliza. La dueña hacía punto y las señoritas estaban sentadas con compostura. Si no hubiera sido por su sucinto vestuario, habrían pensado que se habían equivocado de dirección. Pasmados, aunque no eran precisamente unos novatos, dieron marcha atrás. En ese momento una de las pupilas les espetó: «¿Es que les da vergüenza?, ¿por qué se van?» Rompieron a reír y se marcharon por donde habían entrado.

En La educación sentimental, Flaubert recuerda cómo él y un amigo se habían preparado meticulosamente para visitar por primera vez una casa de citas. Se presentaron allí ansiosos y con grandes ramos de flores, como si fueran pretendientes frente a la casa de la novia; pero «el calor, el miedo a lo desconocido, una especie de remordimiento, y finalmente el enorme placer de contemplar, con solo echar un vistazo, tantas mujeres a su disposición», los paralizaron y los empujaron a emprender la fuga. Sin embargo, muchos años después coincidía con su compañero de aventuras de aquel día: «Quizá aquella fue nuestra mejor oportunidad.»

En 1865, un todavía más tímido estudiante Friedrich Nietzsche, en Colonia, fue llevado a un prostíbulo por un cochero al que le había preguntado por un buen restaurante. Allí se vio rodeado de repente por un grupo de figuras vestidas de tules y lentejuelas que lo miraban esperanzadas. No fue capaz de articular palabra, hasta que un piano, «el único objeto dotado de alma en medio de aquella compañía», le ofreció una vía de escape. Le bastó esbozar algunos acordes para tomar fuerzas y salir airoso de aquella situación. Con o sin música, fue entonces cuando contrajo la sífilis. Muchos años después, quizá ya perdido en su locura, alardeaba: «Cuando estaba en Niza lo hice con un gran número de prostitutas.»

La sumisión ante esas chicas podía también empujar al cliente hacia una intimidad más profunda. Drieu La Rochelle se dejaba mimar por sus

experimentadas manos. Aunque habría preferido ir directamente al grano, sabía que para ellas era una costumbre y una ceremonia. Además, tenía miedo de parecerles inexperto.

Había también un tipo distinto de timidez, la que nacía de la conciencia de lo irrisorio de la suma pagada respecto a tanto como se recibía. Para el escultor Alberto Giacometti, recuerda Jean Genet, las prostitutas eran divinidades inalcanzables, ante las que solo cabía arrodillarse. «No recuerdo haber oído nunca sin sentir agitación –confiesa Mario Soldati– aquel repiqueteo de los tacones de las chicas cuando bajaban por las escaleras y que dentro de un instante aparecerían, como un don maravilloso, en aquel salón donde las esperaba. Don maravilloso, del que, además, siempre me he sentido indigno.» En Londres, a Paul Morand le habría gustado poder disfrutar de las «casas de desorden» [disordered houses], como las llamaba la ley inglesa, pero no consiguió encontrar ninguna. Le habían dicho que ese tipo de servicio que buscaba le podía ser también ofrecido por algunas manicuras, pero renunció a comprobarlo. Quería evitar que se repitiera una experiencia de adolescente: la primera manicura apenas le limó las uñas, la segunda se las cortó de más, de modo que al final del día no había uñas, pero tampoco había habido nada de lo esperado.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Vitaliano Brancati había entrado con un amigo en un burdel tan distinto de los demás que le llevaba a dudar si en realidad no se hallaba en una casa decente. No había rastro de las acostumbradas estatuillas de Venus o de Cupido, la decoración era sobria, las luces tenues. Sin saber muy bien qué hacer, ambos se repartieron un periódico, y lo estaban leyendo cuando una alarma aérea hizo salir de tres puertas escondidas tras las cortinas a doce «chicas maravillosas» muy ligeras de ropa.

Poco después, una de ellas le preguntó a Brancati si quería acompañarla. «¿Puedo ir también yo?», preguntó otra, la última en llegar. El escritor asintió con una sonrisa, y entonces a aquellas dos se les añadió una tercera. Fue entonces cuando fue bautizado como Laocoonte, en homenaje al mítico troyano atrapado por las enfurecidas serpientes.

II

Centros de bienestar

Muchos médicos han defendido la opinión de que los prostíbulos garantizaban la higiene sexual de las gentes, evitando ciertos excesos desestabilizadores, por otra parte necesarios, para satisfacer unas necesidades en gran medida físicas. Alfred de Musset confesaba que las mujeres públicas lo empujaban «hacia el camino de los sueños». Y añadía: «Uno se levanta de la cama sin remordimientos ni preocupaciones, totalmente purificado de las inquietudes eróticas que nos llevan a recurrir a la cura.»

Gustave Flaubert e Hippolite Taine discutían animadamente sobre el asunto. Para el autor de Madame Bovary el sexo era solo una necesidad imaginaria, de la cual se podía prescindir perfectamente. Por el contrario, el austero Taine mantenía que si no iba a un burdel cada quince días, no conseguía trabajar con la concentración acostumbrada. A lo que Flaubert respondía que una relación comercial no podía proporcionarle el sosiego propio de un encuentro amoroso: «Se necesita algo de sentimiento.» Solo la brevedad e inocuidad de ese coito mercenario conseguían descargar la tensión que la escritura acumulaba en Simenon. Había de ser cada vez una prostituta nueva, si es que quería alcanzar la liberación en su grado máximo.

Aunque no siempre los artistas cedían a la tentación alegremente. El atormentado Tolstoi reconocía con tristeza: «Cuanto más nos contenemos, más fuerza toma el deseo. Las causas de la pasión son dos: el cuerpo y la imaginación. Es fácil refrenar el cuerpo; pero, cuando la imaginación actúa sobre él, es casi imposible.» En medio de una de aquellas crisis entró en un lupanar. «Le he hecho una señal a algo rosa que desde lejos me parecía encantador. Ella se me ha acercado. Ya no puedo verla, es desagradable, enojosa; la odio porque por su culpa he infringido mis reglas.»

Muchos no dejaban de experimentar un sentimiento de culpa. El bellísimo Alphonse Daudet confesaba que el vino le arrastraba irresistiblemente a los burdeles, por mucho que se sintiera culpable frente a su mujer, quien, por otra parte, habitualmente lo perdonaba. El día de su aniversario de bodas se detuvo a las puertas de una miserable casa de citas para aspirar a pleno pulmón, «como un

perro en celo», el olor acre de la prostitución.

«La satisfacción del deseo –decía Kafka– me parece en el fondo algo inocente, y no me deja casi ningún remordimiento.» Cuando antes de contraer matrimonio Graham Greene iba a un burdel, sentía algo parecido a un reflejo condicionado: «Me tengo que confesar.» Creía «haber cedido al primer vagido de su cuerpo lúbrico», y experimentaba «el terror de vivir, de seguir ensuciándose, de arrepentirse después para luego ensuciarse de nuevo».

Para Drieu, lo hermoso de las prostitutas radicaba en que «son frívolas y no hacen perder tiempo al arte. Las demás pretenden ser felices, terrenalmente felices. Para las prostitutas el sexo es fuente de dinero, no de felicidad».

Un día, Louis Aragon se encontraba esperando para elegir entre las candidatas en un sórdido cuarto, ocupado casi por completo por una cama larga y baja. Después se abrió la puerta, dejando entrar a una muchacha vestida solo con unas medias. Al verlo allí, desnudo y excitado, se echó a reír. Pero no había olvidado los pasos a seguir: «Ven, cariño, te lavaré. Perdona que haya solo agua fría. Aquí las cosas son así.» Después, anticipándose a cualquier petición, señaló las ingles del poeta y le preguntó qué es lo que prefería «él».

La franqueza de la relación mercenaria confería seguridad a la clientela. «Aquí no hay nada que hacer, solo está el burdel y nada más. Yo pago, horrible palabra, pero lo que busco es tranquilidad, y la obtengo justo a este precio», confesaba en 1885 a su amigo Émile Zola el pintor Paul Cézanne, por aquel entonces en Aix-en- Provence. Las borracheras del bisexual Paul Verlaine estaban destinadas por norma a «acabar en un prostíbulo para apagarse en oleadas de voluptuosidad… a tanto la hora». De manera análoga, John Steinbeck aspiraba a «un buen burdel, donde uno pueda ir a emborracharse y desfogarse al mismo tiempo y sin complicaciones».

Cuanto más minaba el alcoholismo la salud de Toulouse- Lautrec, más subían las prostitutas su precio. Walter Benjamin se acordaba perfectamente de unos cojines bordados con el lema «solo un cuarto de hora». No faltó Pierre Drieu La Rochelle, un adolescente hermosísimo, a su regular cita con el prostíbulo el día de fin de año. Embriagado por los perfumes y los olores, escogió a una chica rubia, de pelo rizado y flaca, quien, sin embargo, al intuir la falta de dinero de su cliente, se encargó de echarlo de allí. «Negar que se ha pagado a una mujer no es sino una debilidad pequeño- burguesa», mantenía Roger Vailland.

Las casas de citas resolvían además los problemas de quien era reacio a comprometerse sentimentalmente. Cierto día, Joris Karl Huysmans, cortejado hasta el agobio por una condesa enloquecida por sus escritos, no tuvo más remedio que refugiarse en las balas de paja de la rue Mazarine, entre los brazos de la «experta Isabelle»: «¡Qué fácil es todo!»

Desde luego, no siempre los atractivos de las prostitutas tenían solo efectos sedantes. En otra ocasión, Huysmans padeció una suerte de obsesión erótica por cierta adolescente «extraordinariamente viciosa». Pero un rico americano de Cincinnati se la llevó al otro lado del océano, dejándolo a él en la más absoluta de las desesperaciones.

También los homosexuales frecuentaban las casas de tolerancia. Jean Lorrain, un habitual de los prostíbulos, escribió sobre ellos en su La Maison Philibert que «el amor tiene algo de animal, que relaja y excita al mismo tiempo la mente de un intelectual».

Hallándose cierto día en un prostíbulo, Oscar Wilde había seguido a una mujer hasta su cuarto, para después salir de él disgustado y comparar el sabor de la experiencia con el de la roca de un glaciar.

Ni siquiera a Proust le daba miedo ir a las casas de placer, en las que pasaba largo tiempo charlando con quienes eran para él depositarias de tantos y tantos interesantes secretos. El contacto tenía lugar siguiendo un ritual preciso. El chófer del escritor iba a llamar a la dueña del local, quien se dirigía hasta el coche y se quedaba quieta ante el portón. Proust le pedía siempre al menos dos o tres pupilas a las que hacía sentarse junto a él. Después, saboreando con ellas un poco de leche, se enfrascaba durante horas en charlas de temas como el amor o la muerte. Verlaine, el compañero de Rimabaud, gozó ya en el ocaso de su turbulenta vida de una pequeña temporada de ardiente relación erótica con prostitutas fascinadas por su gloria e indulgentes con su desaliño, a cambio de sus últimas monedas.

Henri Muger, tras consumir más de un vaso intentando consolarse tras haber malvendido su libro a un astuto editor, convencía a alguien de que le prestara diez francos para ir al burdel. «El de la plaza Louvois es caro, pero es el que prefiero. Todos los lectores de la Biblioteca Nacional nos reencontramos allí.»

A un periodista que le preguntaba sobre cuál era el ambiente más adecuado para

escribir, William Faulkner respondió: «El mejor lugar que me han ofrecido jamás es el salón de un prostíbulo.»

En ese clima casi doméstico, la amada doncella de Marguerite Yourcenar llevaba por la tarde a la niña a un burdel para hacerla recitar ante los clientes y las chicas casi desnudas un poema aprendido de su padre, Noche de mayo, de Musset: «Poeta, dame un beso y toma tu laúd.»

Había también quien enmascaraba la continuada regularidad de sus relaciones mercenarias con la excusa del estudio estadístico. Entre 1892 y 1907, Pierre Louÿs, refinado erotómano, registró todos y cada uno de sus encuentros de pago. El tema dominante en sus cuadernos era el de un cierto placer que solo un siglo antes podía acarrear pena de muerte: la sodomía, un camino poco ortodoxo, que ya gozó de la predilección del marqués de Sade. En sus escrupulosas anotaciones, además de las reacciones de las prostitutas y de la suyas propias, Louÿs describía en pocas palabras a sus compañeras de aventura. Iba desde la «vieja y fea, pero alta, y que debía haber sido bella», a la «morena llena de pasión», que había consentido solo bajo la condición de ser a su vez masturbada por él.

Incluso la intachable Simone Weil se infiltró en un burdel travestida de obrero para estudiar la prostitución. Por otra parte, también sus habitantes valoraban el interés de las gentes de la cultura por su oficio. «Nos gustaría ver… en fin, es solo una ojeada, por cuestiones del cine; soy De Sica», se excusaba en 1947 el famoso actor y director. «Mire, por suspuesto», respondió con respeto la casera del prostíbulo de la via Panico que le había hecho detenerse. La mujer se dirigió a los que allí esperaban en tono imperativo: «Todo el mundo en pie.»

Había sido, explicó, una famosa imitadora en un espectáculo de variedades. Ahora regentaba una casa limpia y tranquila; sus «niñitas» estaban todas casadas. «¿Desea ver alguna habitación?» «Sí –le respondía–, es una cuestión de estudio, estudio de la especie humana.» En la enfermería descansaba una de ellas, que estaba «malita» y era atendida por su marido. Después tocó a una puerta: «Ana, abre un momento.» «Estoy ocupada.» «Levántate, tápate.» Después la señora entró, seguida por De Sica y su gente, mientras el cliente se refugiaba bajo el cobertor. El cineasta observó a su alrededor satisfecho: «Bien, muy bien.» Al otro lado de la puerta siguiente De Sica se encontró a un conocido, con quien intercambió cordiales saludos. Ya estaba satisfecho. «Usted», sentenció la casera escoltándolo hasta la salida, «es aquí el que manda.

Venga cuando quiera; aquí podrá estudiar cuanto necesite».

Solo el amor desdichado era refractario al burdel. Es demasiado grande la miseria de un cuerpo sin historia si se compara con la nostalgia de un cuerpo anhelado. Stendhal, atormentado por sus infortunios amorosos, se abandonó a su dolor desertando de los burdeles durante años.

Por el contrario, un enamoramiento apasionado no agotaba la libido de Victor Hugo, que alternaba amantes célebres, como Sarah Bernhardt, con esas chicas que encontraba en los prostíbulos o en las esquinas de las calles. Escrupulosamente, tomaba nota en clave de los favores obtenidos. Una «n» significaba que la jovencita se había desnudado por completo. Para esquivar la vigilancia de su compañera habitual, Juliette Drouet, llamaba «ayudas» a las cantidades pagadas.

Los hombres iban a aquellos lugares también solo por el placer de hablar, con los ojos puestos en el tableau vivant de las prostitutas en espera. A algunos les bastaba solo con admirarlo. Guillaume Apollinaire acompañaba allí con frecuencia a un Remy de Gourmont desfigurado por un lupus. Gourmont ignoraba que su amigo había rogado con antelación a las chicas que fueran amables con el gran autor. Acomplejado por su malformación, se contentaba pasando alguna horas en compañía de aquellas bellezas desnudas. Las miraba fumando, sin hacer más nada, mientras Apollinaire les hacía hablar de sus vidas y amores.

A Salvador Dalí le bastaba contemplar. Se enclaustraba durante horas en el más renombrado de los burdeles parisinos, Le Chabanais, para «coleccionar ideas».

A Cardarelli le gustaba frecuentar los prostíbulos de lujo acompañado de amigos y admiradores. Entraba en ellos con una habitual solemnidad. Allí podía, acariciando el brazo de una belleza morena intimidada por su fama, citarle a Baudelaire. Llamarla «Juana la mulata», en alusión a Jeanne Duval, la musa de Las flores del mal, para después explicar a todos que la Duval «debía de tener la piel así…».

En realidad, las exigencias, todas «mentales», de Cardarelli, se contentaban con «entrar en el ambiente», deleitarse con la desnudez apenas velada y las miradas lascivas. Tanto las muchachas como las dueñas sabían que no tenía medios para ir más allá, pero les subyugaba aquella cara pálida con rasgos nobles y su

conversación. Y sabían también que sus admiradores, una vez presentados, volverían más tarde o más temprano al lugar del delito.

Aunque Ungaretti no pertenecía a ese grupo de celebridades conocidas en los lupanares, sus inquilinas apreciaban la dulzura de su rostro y su risa «viva y contagiosa». Por lo demás, en el Metrocubo de Trieste, uno podía encontrarse con célebres «mirones»*, como Joyce o Svevo.

En París, Joyce, después de haber trabajado durante todo el día en la amplitud de su obra maestra, pasaba largas horas en el Gipsy Bar, en el Barrio Latino, conversando con las jóvenes prostitutas que paraban en el local. Poco a poco el alcohol lo empujaba a recitar largos pasajes de su libro, o poesías de Verlaine. El dueño del bar le había tomado cariño, y lo llamaba «el poeta».

Quien intentaba redimir a las muchachas, evitando, por tanto, los contactos íntimos, era conocido por sus víctimas como «cicerón» o «monseñor». La prostituta, recuerda Giancarlo Fusco, una vez oído el sermón, «fabricaba toda una historia patética, llena de seductores despiadados y madres paralíticas». O, tal vez, al finalizar su tiempo, interrumpía su predicación y lo despedía susurrando: «¡Basta!, ¡cállate, por favor!, ¡me haces daño!»

Aquellos cuartos de persianas cerradas ocultaban insospechados oasis culturales; no solo en el sentido de que en ellos, como ha escrito Dino Buzzati, se transmitía un arte erótico destinado a desaparecer al mismo tiempo que su ejecución. También allí podía encontrar su lugar una verdadera cultura de vanguardia. El antropólogo, y surrealista, Michel Leiris pensó incluso en fundar una revista en un destartalado burdel parisino e invitar a varias prostitutas a que colaboraran en ella. Por otra parte, un sueño de Baudelaire nos revela, nos da las claves, del estrecho vínculo entre las inquilinas y la cultura: «Era para mí una obligación ofrecer a la dueña de un famoso prostíbulo un libro mío apenas publicado. Al mirar el libro que tenía en las manos, me daba cuenta de que era obsceno, lo cual explicaba la necesidad de ofrecer el libro a aquella mujer. Además, en mi mente, ese deber era en el fondo un pretexto, una ocasión de acostarme con una de las mujeres de la casa, lo que implica que sin esa necesidad de ofrecer el libro no me habría atrevido a ir a un burdel de aquella categoría.»

Durante la Primera Guerra Mundial, el vitalista Tommaso Marinetti percibió en un prostíbulo la diferencia entre militares, sucios y zafios, y esas «mujeres todas bellísimas, delicadas, tan frágiles». Se retiró con una muchacha de piel oscura y

rizos negros a una pequeña habitación saturada de perfume barato, «Contesa Azzurra». Cuando la prostituta supo quién era, dejó plantado al cliente siguiente y violando todas las reglas fue a darle a Marinetti un beso en la boca. «Si hubiera sabido que tú eras el célebre futurista, te habría besado más delicadamente.» «¿Que por qué?» «Porque he leído todos tus libros.» En América uno podía encontrarse con la habitación de una prostituta toda llena de libros y la última obra de James Baldwin adornada con una dedicatoria, para intimidar así a los clientes más intelectuales.

Para ese tipo de clientes era muy importante la aprobación de «aquellas mujeres». Paul Morand había acompañado a Charles Chaplin a una casa de citas en Niza, para ver allí juntos unas películas pornográficas. «En Hollywood –comentó Chaplin– las hacen mejor. Las chicas tienen más gracia, y el amor, a pesar de lo artificioso de las posturas, sigue siendo bello.» Mientras tanto se había corrido la voz de que el célebre cómico estaba allí: «¡Es Charlot!» Súbitamente, el cineasta se veía rodeado de una masa entusiasmada de admiradoras semidesnudas. Después llegaban también algunos clientes a protestar, cansados de esperarlas. Chaplin se mostraba enormemente satisfecho con todo aquello.

No era solo Toulouse-Lautrec quien obtenía inspiración gracias a su costumbre de visitar a las prostitutas. Mino Maccari escondía entre ellas las modelos para sus –grotescos, desde luego– dibujos. Como nos lo recuerda Soldati, muchas de ellas se habían convertido en protagonistas de sus cuentos; y también él conoció a la mujer que había inspirado La romana de Alberto Moravia. «Ella sabía que era la protagonista del libro de Moravia, pero lo contaba sin vanagloriarse de ello y sin alterarse, sin la más mínima afectación de voz que amenazase con descomponer su plácida y dulce humanidad.»

Notas al pie

* En el original italiano, «flanellisti». «Fare la flanella» («ir de franela» sería su traducción literal al español) es acudir a un prostíbulo solo para mirar. (N. del T.)

III

Inconvenientes

Si el dinero invertido en un lupanar era como arrojar una bolita en la incierta ruleta del placer, las enfermedades venéreas eran la total ruina. «En el burdel y en la sala de juego reina la misma alegría pecaminosa: capturar el destino en el placer», explica Walter Benjamin. También lo sabía Benjamin Costant, jugador empedernido, que presumía de seguir una regla: gastar en los prostíbulos de la zona del Palais-Royal todo lo que ganaba. Pero a veces eran ellas quienes directamente se hacían cargo de las ganancias. Una tarde, Constant, recién salido de una casa de juego con el sombrero repleto de monedas de oro, se vio rodeado por un grupo de paseantes*. Cuando el gorro, desfondado por el peso de las ganancias, se rompió, el escritor fue sumergido en miles de dulces besos que tendían a posarse, sobre todo, en sus ojos. En cuanto volvió a abrirlos se dio cuenta de que todo el dinero había desaparecido. No mostró enfado alguno: en el fondo todo formaba parte del juego mismo.

Quizá por esa razón, Michel Leiris, después de tantos años, continuaba emocionándose cada vez que entraba en un prostíbulo, «como si estuviera lanzando los dados y pasando el Rubicón». Incluso el retraído Drieu La Rochelle se dejaba excitar con el mero hecho de entrar en uno de aquellos lugares tan llenos de promesas. «He pasado junto el burdel como quien pasa junto a la casa de la persona amada». En tono idílico, D'Annunzio cantaba: «¡Oh, qué dulzura, desde el umbral del lupanar, mirar las estrellas!»

Byron, a pesar de vivir continuamente acosado por sus admiradoras, jamás renunció a las casas de placer y acabó contrayendo la gonorrea. Stendhal sugería como medida de precaución evitar el coito después de la comida. Flaubert, que llamaba a las chicas «querido serafín», se preguntaba si la responsable de una enfermedad venérea había sido «una pequeña turca» o una maronita. La mujer de De Amicis le achacaba una enfermedad «vergonzosa contraída por culpa de su vida disoluta». Las siempre apresuradas prostitutas de Dublín contagiaron al joven Joyce. Dashiell Hammett lo fue a la edad de veinte años. Drieu La Rochelle cogió la blenorragia a los dieciocho. Con la vergüenza vino también «el sentimiento de pecado», lo cual no le impidió contraerla en una segunda ocasión.

Después le llegaron también las ladillas. Giacometti cogió la blenorrea en un reputado burdel parisino, el Sphinx.

Sin duda, había temor a las enfermedades venéreas; pero, cuando se veían afectados por ellas, aquellos hombres se mostraban extrañamente orgullosos de su infección, como si se tratara de un tatuaje que les destacaba por encima de la masa gris que se resignaba a copular únicamente con fines reproductivos.

Otro tipo de sentimiento provocaba en los clientes una enfermedad antiguamente mortal y siempre al acecho, siempre emboscada: la sífilis. Contra esa enfermedad ni siquiera el lujo constituía una garantía. Los refinadísimos hermanos Jules y Edmond de Goncourt tenían predilección por el reservado número siete de la Maison D'or. Gustaban de cenar con las prostitutas entre el dorado de las paredes y el terciopelo escarlata de los sofás, y después, tras emborracharlas, se arrojaban en sus brazos. Fue probablemente allí donde el más joven, Jules, contrajo una sífilis de la cual moriría.

El «mal francés», como con frecuencia era conocido, mató también a un gran cliente de las casas de placer, Niccolò Tommaseo. Cierto día, Alessandro Manzoni, irritado por las alabanzas que en ellas tributaban a su colega, no pudo reprimirse: «¡Ya está bien del Tommaseo este, que tiene un pie en la sacristía y otro en el burdel!»*.

En 1877, Guy de Maupassant consideraba esa enfermedad venérea como un signo de distinción, el cual, precisamente, acabaría al final por llevarle a la locura: «¡Tengo la sífilis!, ¡por fin! La gloriosa sífilis… ¡Tengo la sífilis y me siento orgulloso de ello, por todos los diablos! Y desprecio enormemente a todos esos burgueses. ¡Aleluya, tengo la sífilis, así que ya no tengo miedo de cogerla.»

Mucho antes que él, Charles Baudelaire ya había escrito: «El día en que el joven escritor corrige sus primeras pruebas está orgulloso, como un estudiante que ha contraído la sífilis por vez primera.»

También la sífilis de Oscar Wilde tenía su origen, según parece, en una prostituta. Alphonse Daudet, operado hacía poco tiempo a consecuencia de una antigua sífilis, se arrojó en los brazos de una meretriz: «Ha sido mi modo de decir mierda a las penas que me esperan»…

Una opulenta belleza de nombre Zozo (de noche) y Hortensia (de día) fue quien contagió la sífilis a Henri Murger, autor de las románticas Escenas de la vida

bohemia. «¡Qué hermosa putrefacción se siente bajo el esmalte de la apariencia, en los abismos de las arrugas! Adoro su aire de apestada y de virgen negra envuelta en raso… Es Notre Dame de las Siete Lujurias», se congratulaba Jean Lorrain, también él sifilítico, aunque en esta ocasión caído en el campo de la prostitución masculina.

También se contagiaron de ella Hoffmann, Stendhal, Heine, Flaubert, Donizetti, Paganini, Klimt, van Gogh, Gauguin, Manet, Lenin, Verlaine, Musil, Drieu La Rochelle y tantos otros eminentes personajes.

Notas al pie

* En el original «passeggiatrici», palabra que designa en italiano a las prostitutas que hacen su trabajo en la calle. La traducción española podría ser «callejeras», pero nos ha parecido despectivo. Por ello adoptamos el calco «paseantes», aun corriendo el riesgo de ser tildados de jugar con eufemismos. Vid. cap. X y ss., infra. (Aunque todas las decisiones que afectan a la traducción de este libro son de nuestra exclusiva responsabilidad, cabe aquí reconocer el agradecimiento que debemos al Colectivo de Ayuda a las Trabajadoras del Sexo, CATS, por su asesoramiento.) (N. del T.)

* En el original en dialecto milanés: «L'è ora de finilla con sto Tommaseo, ch'el gha on pe' in sagrestia e vun in casin!» (con nuestro agradecimiento a la Prof.ssa. Giuseppina Mascali). (N. del T.)

IV

Servicios especiales

En aquellos lugares, las conocidas como «perversiones» se practicaban sin mayor problema. André Malraux asistió en cierta ocasión a una escena al menos curiosa: un grupo de clientes azotaban tímidamente las nalgas de una mujer con las faldas subidas y atada a un caballete.

Desde luego, los servicios especiales tenían su precio extra. Iban, recuerda Giancarlo Fusco, desde aquellos que se contentaban con escuchar bajo la cama los desahogos de una pareja, a quienes deseaban verla a través de una mirilla e incluso hasta quienes ansiaban presenciar abiertamente el acto sexual ajeno. Los masoquistas «eran raros aunque fáciles de contentar»: les bastaban un par de patadas simbólicas y una ligera azotaina. Igualmente, los sádicos se limitaban a una agresividad verbal que se traducía en «un par de golpes con la toalla en el trasero, algún tirón de los cabellos, alguna bofetada muy bien pagada». Pero había exigencias más excéntricas. Un amigo de Ennio Flaiano quería que las chicas anduviesen desnudas de un lado a otro del cuarto, con un ramo de flores entre sus brazos, mientras él imitaba el vuelo de un pájaro. Otros, como rememora Stefan Zweig, solicitaban «los más extraños disfraces, desde el hábito de una monja hasta la faldita de una bailarina».

En lo que se refiere a las fantasías pedófilas, normalmente la dueña de la casa las resolvía haciendo que una prostituta bajita, de aspecto infantil, se vistiera de niña. Desde luego, y a pesar de la falta de prejuicios de la época, eran muchos quienes mostraban sus preferencias por las más jóvenes. A Huysmans, el perverso orfebre de A contrapelo, biblia del Decadentismo, le gustaba hacerse llamar «tío» por las jóvenes prostitutas de un burdel cercano a su casa. Descubrió entre ellas a una bellísima, cuya piel, perfumada de incienso y benjuí, le hacía soñar con los serrallos orientales. Empleando un exquisito tacto, con ella se limitaba a las relaciones verbales. En el caso de una pequeña gitana húngara, intérprete del xilófono, dejaba solo que lo masturbara: «No puedo hacer nada más con ella; dañaría el honor de su familia.»

¿Fue casta la relación entre Rainer Maria Rilke y Marthe, la prostituta de diecisiete años a la que aquel encontrara en la plaza de la Madeleine? La

adolescente vagaba sola y muerta de hambre. «Parecía vivir en el límite, caminar por el borde de un precipicio, en el cual hubiera caído inevitablemente si nadie se hubiera hecho cargo de ella.» A Rilke le encantaba ver su fascinación ante un jacinto en flor, pero confesaba a su amada Lou von Salomé que nunca hacía explícitos sus sentimientos, por muy decididos que fueran. «¡Dulce perturbadora!/ Con una mano te aparto;/ con la otra, cara Marthe/ te ansío complaciente y cercana.»

Louÿs se divertía fotografiando prostitutas casi adolescentes: desnudas y enjoyadas, las piernas delicadamente abiertas dejando ver su sexo, la mirada inquieta de quien ignora la razón de la fijación del fotógrafo por ese lugar de su cuerpo.

Denyse Ouimet, quien sería la segunda esposa de Simenon, se hizo rápidamente amiga de todas las chicas de un burdel mejicano, y una tarde incitó a su futuro marido a acostarse con una joven de trece años de enormes ojos negros. Simenon obedeció, pero no estaba del todo convencido: sobre la blanca cal de la habitación destacaban un crucifijo y una imagen de la Virgen. Rápidamente la muchacha se desnudó y le invitó a que él hiciera otro tanto. Para vencer su incertidumbre, cuenta Simenon, ella le cogió el pene con la mano. «Furioso conmigo mismo, no consigo evitar la erección.» Poco después pudo constatar, escribe, cómo ella exhibía los gestos propios de una mujer experimentada, incluido «una especie de orgasmo». Antes de salir le dejó un leve beso en los labios; después volvió orgullosa entre sus compañeras.

Visitar un burdel era con frecuencia una especie de excursión en compañía de los amigos. Auguste Renoir, que también padecía la sífilis, emprendía sus expediciones en compañía de Alphonse Daudet y Claude Monet. «¡Claude las excitaba, Alphonse las seducía y yo me aprovechaba de todo!»

En esa atmósfera tan goliarda no era extraño que se desencadenase un tipo de exhibicionismo en el que un psicoanalista habría podido ver con facilidad el germen de una homosexualidad latente. Una noche de 1831, cuenta Prosper Mérimée, Alfred de Musset, totalmente borracho, había convencido a sus amigos para que le acompañaran en su visita a un prostíbulo, jactándose de que poseería a una de las chicas delante de todos, a la luz de veinticinco velas. Sin embargo, justo cuando se disponía a cumplir su promesa, le empezó a salir sangre de la nariz e intentó alzarse, aunque en vano.

A pesar de todos los esfuerzos y la destreza de no una sino dos seductoras jovencitas, Musset no se recuperó de la debilidad y la torpeza propias de su estado. Sus acompañantes decidieron entonces poner a prueba su resistencia a la tentación haciendo que no una, ni dos, sino seis chicas realizaran desnudas una serie de ejercicios gimnásticos. Mientras todos hacían lo que podían para resistir, el pintor Eugène Delacroix, normalmente tan reservado, comenzó a jadear arrastrado por una oleada de deseo: «Me habría gustado – escribe Mérimée– ensartarlas a todas juntas, una tras otra.»

Flaubert no mostraba timidez alguna en confesar que en su juventud, y con el fin de exhibirse, escogía a la prostituta menos agraciada y la poseía delante de todos sin quitarse el puro de la boca: «No me divertía en absoluto, lo hacía para el público.»

En esa especie de escenario que constituían los burdeles, Maupassant, no por casualidad apodado «toro triste», se exhibía repetidamente ante una hilera de amigos con resultados muy superiores a los del pobre Musset. Llegó a triunfar, primero, con una mujer en seis ocasiones, después pasó a otra, con la que repitió otras tres. Pero su récord, del que se jactaba junto a Turgenev, fue el de diecinueve veces en tres días. «Me habría gustado tener dieciséis brazos, mil labios y mil… modos de ser distintos para poder penetrar a un tiempo a todo un ejército de estos personajes seductores y sin importancia.»

También el introvertido Federigo Tozzi fue de estudiante protagonista de una visita a un prostíbulo. Estas actividades eróticas no siempre tenían un carácter lúdico. Allá por los años veinte, y en el caso de Drieu La Rochelle, adoptaron tintes angustiosos. Un día, Drieu, quien se lamentaba por excitarse siempre sin poder alcanzar el orgasmo, había ido, como de costumbre, a un burdel con su amigo Louis Aragon. Apenas se separaron, Aragon oyó a su amigo que le llamaba desde un cuarto cercano. Cuando llegó allí, lo vio aferrado a una mujer desnuda, que se agitaba quejándose de su falta de virilidad, mientras Drieu gritaba desesperado: «¡Louis, Louis, mira, soy impotente!»

Por supuesto, no hay que pensar que los clientes se fijaban solo en las generosas porciones de piel que se ofrecían a sus ojos. Próspero Mérimée era especialmente sensible al vestuario de aquellas mujeres: en Nevers llevaban unas horribles medias de lana azul; en Marsella las calzas eran amarillas y demasiado gruesas. «Pero –concedía– todas estas aberraciones estéticas favorecen la excitación.»

Incluso ese tipo de defectos, que vistos en las mujeres «honestas» causaban disgusto, llegaban a ser, en tales lugares y ocasiones, no solo aceptables, sino también atrayentes. Quizá porque, confesaba La Rochelle, no se sentía obligado a soportar «su sentimentalismo y su aliento».

Aragon hacía sonar con frecuencia la campanilla del local de Madame Jehane en el Passage de l'Opéra. Una vez atravesaba el pequeño recibidor, comenzaba a sentir un tremendo vocerío. «¡Arriba, arriba, caballero!», le conminaba la propietaria, de rostro arrugado. Louis escogió una rubia con el pelo corto y un diente de oro. Años antes Kafka eligió a una de cuya boca faltaba un gran número de piezas.

Allí también la obesidad descubría su poder de fascinación. «Pesaba ciento veinte kilos», recordaba Blaise Cendrars, aquella mujer-elefante entronizada en un sillón bien acolchado, fabricado aposta para soportar su peso. Su modo de ejercer la profesión era legendario: inmóvil, tras un biombo desplegado al máximo, se ofrecía a las acrobacias que el cliente se veía obligado a realizar.

Para muchos parroquianos, la gordura acentuaba la dimensión lúdica de la prostitución. Constantin Guys y Félicien Rops fotografiaron jocosamente, bajo la supervisión de Baudelaire, a las gruesas prostitutas de los bajos fondos de Rydeack en Amberes.

Por su parte, el insaciable Daudet tenía en alta estima a una prostituta enana, a la que recompensaba espléndidamente. Y no se permitía prescindir de otras excentricidades. Para excitarse necesitaba dos mujeres, «la primera para apretarla mientras la segunda le come el trasero». Además agradecía que se empleara un lenguaje impúdico, sucio. Muchos años después Patrick Modiano recordaba aún a la «liliputiense», una minúscula prostituta del renombrado One-Two-One .

También el exotismo era uno de los ingredientes más requeridos. Si en 1910, recién llegado a París, D'Annunzio se precipitó poseso en brazos de una virgen negra en Montparnasse, por su parte, en 1895, Pierre Louÿs describía en términos extasiados a «Violette, una negra sutil y cimbreña, de grácil figura, de fuertes y carnosas nalgas, la piel negrísima, los cabellos cortos y ondulados dispuestos como hierbas cortadas, como los tienen las africanas de pura raza». En Tolón, en 1907, el propio Louÿs adoró a una criolla argentina «muy morena de piel y de pelo, bastante gruesa; buena curva de trasero».

La edad, que el mundo de ahí fuera marginaba de la vida sexual, dentro de aquellas hospitalarias casas no suponía una tara. A mediados de siglo Jules y Edmond Goncourt decidieron documentarse para escribir una novela sobre los burdeles más sórdidos, La ramera Elisa, publicado con la rúbrica del segundo. Y descubrieron uno que, significativamente, tenía el nombre de Les Parques, habitado por lascivas ancianas esqueléticas, sentadas en un banco sujeto a una pared. «Ninguna de estas mujeres tiene menos de sesenta años.» Todas estaban encogidas y dobladas, con las manos cruzadas como cadáveres. Después de probar su aguardiente, pésimo, como todos los de aquellos lugares, los hermanos Goncourt miraron a su alrededor. En la escalera algunos chicos se hacían masturbar por unas pocas monedas: la mayor parte de la clientela, tal y como les dijeron, estaba formada por jóvenes tímidos.

Con toda probabilidad a causa de un impulso edípico, Kafka prefería mujeres maduras y entradas en carnes, de vestuario ajeno a la moda. Igualmente, Drieu La Rochelle las prefería un tanto envejecidas y fofas. Cardarelli no se limitaba a los burdeles suntuosos, sino que frecuentaba también uno miserable y sucio a espaldas de la Plaza Navona. Allí la edad de las «señoritas» era notablemente avanzada, y la dueña, para evitar pérdidas de tiempo, se aseguraba personalmente de que el cliente fuera capaz de satisfacer sus deseos.

Aislado fuera del mundo, el prostíbulo podía convertirse en un oasis secreto. Así lo era para el dolido corazón de Alfred de Musset, quien pasaba en él largos períodos recluido, dedicado a beber y escribir. En otros casos se trataba de concentrar en una unidad de espacio y tiempo un deber amado y un placer insustituible. Alejandro Dumas se enclaustraba durante un día entero en una habitación con dos tareas: cinco prostitutas que manejar y cinco actos teatrales que escribir. Inútil decir que resolvía siempre ambas.

Pero también el teatro podía asumir las funciones de un prostíbulo: «¡Mi teatro es un burdel!», confesaba a los Goncourt el director de uno de ellos. El funcionamiento era sencillo, pues bastaba con pagar algo más a las actrices. Después, cuando venían a pedirle un aumento de sueldo, él las invitaba a buscarse clientes en la platea. Era toda una empresa, cuya viabilidad nacía de una serie de señales establecidas. Quien estaba interesado sostenía el programa de mano abierto bien a la vista, manifestando así su deseo de una acompañante. Para conocer el precio eran suficientes los dedos enguantados de sus manos.

Otros veían cómo en aquellos lugares se pasaban por alto ciertas deformidades

que, fuera de allí, les marginaban del mundo. En los burdeles, la cabeza gigantesca, desproporcionada respecto a su minúsculo cuerpo, de Henri de Toulouse-Lautrec era bien conocida. Como también lo era la desproporción existente entre su estatura y su órgano sexual. Le gustaba vivir en ellos, gozar de la ausencia de pudor, escuchar las confidencias eróticas de aquellas «funcionarias del amor». Pero solo mostraba sus cuadros prostibularios a sus íntimos. «Podría pensarse que quiero provocar el escándalo», se justificaba.

Quien, como el fascinante manco Blaise Cedars, conseguía una habitación gratis en un miserable lupanar de Amberes, por lo general debía conformarse con dormir solo. «Las putas tienen sus principios, y se necesita ser Tolstoi para creer lo contrario.» Pero poco después también él fue seducido con alegre timidez por una de ellas.

V

Visitas guiadas

Con el pretexto de salir a tomar una cerveza, el marido de Peggy Guggenheim acabó por llevarla a un burdel. Allí se encontraron con quince muchachas completamente desnudas que les invitaron a elegir entre ellas. Peggy escogió a la más fea; hicieron amistad y aquella le dio su dirección. Cuando un buen día la prostituta se presentó en su mansión, en un primer momento, comoquiera que iba vestida, no la reconoció; después la invitó a pasar y tomar el té, pero quedó defraudada por su conversación: solo hablaba de precios.

Hacerse acompañar de la mujer o la amante a un prostíbulo siempre fue algo especial. George Bataille compartió durante largo tiempo prostitutas con su mítica compañera Laure. Lo mismo hizo con su mujer Roger Vailland, el dandi rojo. André Malraux y esposa sentían veneración por las tranquilas prostitutas de Amberes. Sin embargo, fue Anaïs Nin quien hizo que Henry Miller la llevara a un burdel.

Una tarde, Mérimée y sus amigos llevaron a un grupo de señoras de la alta sociedad a una casa de tolerancia. Allí fueron provocadas furiosamente por las prostitutas; pero a la salida, las damas confesaron haberse sentido tremendamente excitadas por la experiencia.

En las grandes ocasiones, el pintor Moïse Kisling iba al prostíbulo acompañado de su modelo favorita, Kiki de Montparnasse, aunque a veces también de Marlene Dietrich. Cuando, en 1928, Henry Miller, quien en un futuro acabaría ganando consumiciones gratis por llevar a numerosos turistas al renombrado Sphynx , llegó a París, tuvo una sorprendente conversación con su mujer. Ella: «No tengo más remedio que llevarte a un burdel.» Él: «¿Cómo dices?» Ella: «Sí, a un burdel. También van las mujeres, ¿sabes? Igual que los hombres… La gente se sienta a beber… no tienes por qué irte con las chicas, si no te apetece.» Él: «Preferiría ir solo. Me parece absurdo aparecer por allí con mi mujer.» Ella. «¡Si es divertido!, ¡van todos!» También fue Simone de Beauvoir, quien lo encontró muy poético y, desde entonces, en cada uno de sus viajes, los visitaba puntualmente. Concretamente en Marsella, le fascinaba uno de la sospechosa rue Bouterie: «Miraba a esas mujeres mal arregladas, y, a través de la puerta

entrecerrada, los grandes anuncios coloreados sobre las camas de hierro: aquello era aún más poético que los mosaicos del Sphynx». También en Marsella, Jean Lorrain llevó a la joven Colette a un pobre prostíbulo, donde fueron acogidos por una gobernanta vestida de negro y cubierta de joyas de oro. En las paredes de un banal saloncito había cuatro imágenes idénticas de rosadas bañistas. Bajo sus largas túnicas de tarlatana, las mujeres estaban totalmente desnudas. Las únicas notas alegres las ponían los lazos en su pelo, tricolores, como las ligas, en homenaje a la bandera nacional. Mostrando su indiferencia a las que la saludaron con cortesía, Colette se sintió atraída por la única que no lo hizo y se había distanciado ostentosamente, una muchacha de cabellera vaporosa y cara asustada. Finalmente, y mientras sorbía de un vaso de menta, supo quién era ella: una chica salvaje, destinada a los clientes africanos.

Una pintora surrealista, Leonor Fini, encontraba «maravillosos, verdaderos paraísos» los prostíbulos de Le Havre. «Las putas tienen una hermosa apariencia horrible, tan esenciales que parecen magníficas. Me cabrea pensar en esos cretinos que sentencian: 'Jamás me he acostado con una puta' y pierden su tiempo con estúpidas rameras de buena familia.»

Pero también puede uno acabar en un burdel por casualidad, como les sucedió en París a Scott y Zelda Fitzgerald. El escritor pensó en esta aventura como modo de escandalizar a una colega muy recta, Edith Wharton; pero ella, después de escucharlo con atención, se limitó a preguntarle: «Vale, ¿y qué hacían?»

En Cuba, George Simenon fue con Denyse a una de las mejores casas de citas de la isla. Después de haber contemplado sin rubor la desnudez estatuaria de una bellísima muchacha negra, Denysse le dijo: «¿Por qué no subes con ella a su cuarto?» «Sí, ¿por qué no?» Para sorpresa de aquel, ella lo siguió y compartió la chica. Fue algo que repitieron en numerosas ocasiones. En una ocasión eligieron no una, sino dos prostitutas, una joven criolla de aire lascivo y una luminosa chica rubia. Después de brindar con ellas, permanecieron en la habitación un par de horas. Fue el inicio de una larga serie de visitas, que culminaron con el regalo, por parte de la joven rubia, de una fotografía suya desnuda y dedicada a ambos.

Cuando quedó inmovilizada a causa de un accidente, Denyse se divertía haciendo que Simenon le contara los detalles de sus encuentros de pago. «Y bien, ¿has ido?, ¿no te han preguntado por qué yo no te acompañaba?» «Descuida, les he contado lo que te pasaba. Se han puesto muy contentas al

saber que no era nada grave.» «¿Lo has hecho con dos?» «Sí.» «¿Quiénes?» Y mientras él le hablaba de una muchacha con unos magníficos senos, la mano de ella desaparecía bajo las sábanas.

No obstante, las mujeres, en su mayor parte, no se comportaban como Denyse. En 1959, a Graham Greene, gran visitador de prostíbulos, se le ocurrió la extravagante idea de llevar a una casa de tolerancia de la sucia calle de Douaï a su novia Yvonne Cloetta, y además junto a una examante. En el interior, en un pobre recibidor oscuro con un bar inmenso, les esperaba una caricatura de dueña, esperpéntica, de cabello rojo. «¡Ah, señor Greene!, ¡cuánto tiempo sin vernos!, ¿cómo está?» Las dos acompañantes quedaron aterrorizadas. Habían visto en una esquina a un chino con aspecto de drogadicto que les miraba fijamente y que después, como en una pesadilla, se acercó y tocó a Yvonne, que escapó de aquel lugar corriendo. La ex de su novio la siguió.

Greene consiguió alcanzarlas: «De acuerdo, volveremos dentro de tres cuartos de hora. Todo está preparado; solo falta que la policía acabe su ronda. ¿Queréis que vayamos a beber algo mientras tanto?» Tardó solo un instante en darse cuenta de que Yvonne estaba llorando. No sabía que el escritor se hacía acompañar por su gran amor, Catherine, travestida de hombre, a los burdeles de Nápoles.

En Greene el sentimiento de culpa podía traducirse también en un sadismo inconsciente, como cuando envió a otra de sus amantes la lista de las cuarenta y siete prostitutas con las que se había acostado.

A veces, el escenario del prostíbulo servía a los hombres para restablecer la distancia, y por tanto el deseo, respecto a su amada. En Chez Aristèle cada habitación era visible desde un trastero contiguo. Allí, a Louis-Ferdinand Céline le gustaba contemplar, tras un espejo secreto, cómo su pelirroja amante, Elizabeth Craig, era objeto de las atenciones de los desconocidos.

Baudelaire se hacía acompañar al Louvre de la timorata Louise, quien, ante la desnudez presente en estatuas y cuadros inmortales, se preguntaba cómo podían exponerse al público semejantes indecencias. Otro dandi, el escritor Jean de Tinan, era capaz de divertirse llevando a misa de medianoche en Notre-Dame a las jóvenes prostitutas del Barrio Latino.

Pero aquellas pequeñas distracciones podían ser también una manera de acentuar

el dominio del hombre sobre la mujer, o para dar rienda suelta a un sadismo latente. La gloria no había calmado las contradicciones de Alfred de Musset, quien procuraba ejercer siempre un dominio absoluto sobre aquellas mujeres. Un objetivo, por otra parte, fácil de alcanzar, al menos en apariencia, hasta que se encontró con Céleste Vénard, destinada a convertirse, bajo el seudónimo de Mogador, en una gran cortesana y novelista de éxito.

Desde el principio la relación entre ambos no fue fácil, sino más bien hostil: «En esta casa todas me obedecen y tú harás como las demás.» «Quizá.» Cuando él la amenazó con pegarle si no compartía su ajenjo, ella arrojó el vaso en la chimenea. Un rechazo posterior a que él le contara su historia no hizo sino aumentar su atractivo erótico. «No eres como las otras. Todas están locas por mí, o al menos eso dicen. ¿Pero tú qué quieres? Mira, la atracción no es algo que se elige y no lo puedo soportar. Tú me pareces algo extraño y me gustas. ¡Toma este dinero!, ¡no te lo has ganado! Te lo doy, pero ¡déjame!, ¡fuera de mi vista!»

Una tarde la invitó a salir con él. Sentados en la mesa del restaurante, Musset iba a servirle un vaso de agua de seltz, cuando le vino la tentación y le apuntó con el sifón, mojándola por completo. Céleste, crispada, estalló en un violento llanto: cuanto más lloraba ella, más gozaba él.

Céline no era el único a quien satisfacía el espectáculo de los goces ajenos. Francis Picabia, nos cuenta el surrealista André Breton, «me llevó a su burdel favorito, donde había una especie de estancia preparada solo para observar. La propietaria, conocida suya, nos había asignado una pequeña sala desde la cual, encaramado en un escabel como un viejo papagayo gris en su jaula, observaba a través de una mirilla a clientes y prostitutas. Me propuso a mí también que echara un vistazo… Me contó la de horas felices que había pasado en aquel cuartito».

No hay que confundir el papel de las modelos de un desnudo, muy apreciadas por Picabia, con el de las prostitutas. Ni la patente accesibilidad de aquellas, ni su belleza o desenvoltura, eran suficientes para mantener a los pintores lejos de los prostíbulos. Todos iban allí, desde el tímido Cézanne al exuberante Picasso, del inagotable Klimt hasta el huraño Degas, quien llegó a pintar La fiesta de la patrona. Telemaco Signorini no dudó en provocar el escándalo pintando El aseo de la mañana, el momento en el que las chicas se preparaban cansadas para acostarse después de una noche de trabajo. También el arisco Van Gogh dedicó un lienzo al Lupanar de Arles. Cuando, después de una pelea con Gauguin, se

cortó una oreja, la llevó a una prostituta diciéndole: «Consérvala con cuidado, así te acordarás de mí.»

«Boldini», dijo Georges Goursat, conocido como Sem, su amigo caricaturista, «ha sido el pintor de su época: pintaba a las mujeres con los nervios destrozados, cansadas de esta atormentada vida. Sus prostitutas flirteando, atrapadas en fajas de seda con adornos fosforescentes, con corsés floreados, tienen las piernas enloquecidas, epilépticas, unos brazos alargados, que acaban en dedos adornados, como racimos de uva».

Las prostitutas que con crueldad caracterizara Kees van Dongen fueron el preludio de las Demoiselles d’Avignon, de Picasso. Este verdadero manifiesto del cubismo retrataba en realidad a las inquilinas de un prostíbulo de Barcelona. Avignon fue la irónica traducción al francés del nombre de la calle donde se encontraba el local, en catalán carrer d’Avinyó; y el primer título del cuadro, posteriormente desechado por demasiado escandaloso, fue El burdel filosófico.

VI

Las buenas maneras

Beppe Fenoglio contaba con admiración que durante la época de la Resistencia las ocho profesionales de los dos prostíbulos de Alba «hicieron cosas dignas de la medalla al valor». A pesar de todo, sus dueñas fueron las únicas que presentaron religiosamente las sucesivas y correspondientes cuentas a los partisanos, habituados como estaban a recibirlo todo a manera de homenaje. Porque las prostitutas no pueden dejar de exigir su pago, como no lo hacen los psicoanalistas: de otra manera la relación cambia, se convierte en otra cosa, no importa si en algo mejor o peor.

Por otra parte, las madames, como solían ser conocidas, no se limitaban a «gobernar» a las prostitutas, a vigilar su salud y a alimentarlas. Con frecuencia en los prostíbulos se podía también comer. En un establecimiento muy popular, los Goncourt cenaron en una ocasión en abundancia: «Carne roja, muy nutritiva, cuatro inmensas fuentes repletas de ensalada bien condimentada; con su pimienta.»

Las dueñas de las casas gozaban de una gran consideración. Hablando de una de ellas, Joyce decía: «Una verdadera duquesa no habría recibido mayor respeto y atención.» Por lo demás, él fue siempre un gran amante de aquellos ambientes. Cuando era joven, el futuro autor del Ulises componía en un latín macarrónico retratos personalizados de aquellas a las que visitaba, para luego mandarlos a sus amigos.

Proust definía al propietario de un local solo para hombres, conocido en el ambiente como «el templo de la impudicia», como su «Gotha viviente», detentador de la ciencia de Pico de la Mirandola y del espíritu de Madame de Deffand. Con frecuencia le consultaba sobre la vida disoluta de la aristocracia, sobre sus vicios y sobre cuestiones relacionadas con genealogía y etiqueta. Por esta razón le había ayudado a comprar la casa, en el número 11 de la calle de l’Arcade, donde el propio Proust fue sorprendido en una redada mientras «bebía champagne con dos señores con aspecto de pederastas». Por supuesto, los agentes no podían saber que algunos muebles, entre ellos una chaise-longue verde, habían sido donados por el propio escritor.

En general los dueños de estos lugares vestían de manera muy sobria y comprobaban con frecuencia la limpieza de las dependencias. Siempre con su sombrero de fieltro, negro como el abrigo, la propietaria del Suzy, nos recuerda Michel Déon, controlaba rigurosamente uñas, pelo, depilación e higiene íntima de sus empleadas. Cuentan los Goncourt que en un prostíbulo para militares, lleno de mujeres en traje de terciopelo, la dueña, al darse cuenta de que una de las chicas no llevaba sujetador, la castigó con severidad: «Azélie, querida, tiene usted multa de veinte sueldos.» Protectoras pero rigurosas, tranquilizadoras pero severas, adoptaban a veces el papel de madre. Montanelli dedicó su «¡Adiós, Wanda! », su manifiesto en defensa de los prostíbulos, precisamente a Wanda, «una dueña modélica por estilo y sabiduría, con quien siempre he mantenido una estrecha amistad».

Edith Piaf creció en un burdel, al cuidado de su abuela paterna, dueña del mismo. Sus buenas prostitutas, conmovidas por la enfermedad de sus ojos, no solo le enseñaron a tocar el piano, sino que tampoco dudaron en acompañarla a Lisieux para rogarle a santa Teresita que le devolviera la vista. Un milagro que no tardó en producirse. Quizá por ello, Edith Piaf continuó frecuentando durante toda su vida estos lugares de placer, como el más renombrado de los prostíbulos parisinos, el One-two-two . Por allí pasaban con sumo gusto personajes como Colette, Jean Gabin, Sacha Guitry, Marlene Dietrich o Mistinguett. En 1943, durante la ocupación alemana, cantó sin problemas en otro burdel, el Étoile de Kléber, local favorito de la Gestapo y la Wehrmacht.

En un lugar en el que el instinto sexual primario se veía rápidamente satisfecho, el horizonte del deseo se desplazaba en ocasiones más allá. Drieu La Rochelle intentaba siempre conseguir algo más de las chicas. Pretendía que alcanzaran el orgasmo entre sus brazos, cosa que sucedía rara vez, ya que, entre otras cosas, y como él mismo admitía, ellas no tenían tiempo que perder.

Cuando el servicio iba más allá de lo regulado, el cliente quedaba sinceramente agradecido. «He visto salir de una casa de placer a cuatro hombres que para manifestar su gratitud han entonado una canción con voz emocionada», recordaba Paul Klee.

Pero a veces eran los propios clientes quienes superaban los invisibles límites de aquellas breves relaciones. Incluso los pintores más malditos sentían por las muchachas un instinto de solidaridad, que se expresaba en desacostumbrados detalles. Amedeo Modigliani enseñó a un amigo, el pintor japonés Foujita, a

lavarse los dientes antes de entrar en la casa: una advertencia muy agradecida por las residentes en ella.

VII

Amor a la patria y amor profano

Con sumo tacto, la política casi siempre solía dejarse en la puerta del prostíbulo, como una prenda de vestir demasiado pesada. Otto Dix acostumbraba a decir: «Dejadme en paz con esas tonterías de política, prefiero ir al burdel.»

La conmoción causada por el ascenso nazi tras el incendio del Reichstag no impidió a Jacques Prévert y sus amigos del Grupo Octubre buscar durante largo tiempo, y finalmente encontrar, uno de los más renombrados prostíbulos de Hamburgo, donde estos intelectuales franceses se vieron sorprendidos con la actuación de amazonas con el pecho desnudo sueltas por su pista interna.

También podía suceder que la política hiciera su aparición en el momento más inoportuno. En Londres, Mérimée tuvo que luchar para conseguir vencer el pudor de una bellísima prostituta. Su estupor creció cuando, mientras la acariciaba con atrevimiento, ella comenzó una encendida discusión política. Durante toda la noche el escritor liberal y la ultraconservadora se amaron y debatieron sin fatiga.

Pero a veces, en aquella tan feliz atmósfera, la política podía convertirse también en motivo de chanza. Durante la guerra, Brancati visitaba con frecuencia los prostíbulos romanos de las calles Laurina, Della Fontanella o Capo le Case. Las había hecho mejorar con un extraño juego. Y es que se divertía al provocar a los clientes fingiendo ser un fascista fanático, para después en cualquier momento enseñar una serie de ridículas fotografías de Mussolini en traje de baño o vestido de minero, por ejemplo. Había quien rompía a reír y quien conseguía contenerse a duras penas. Pero un día, la propietaria le señaló unos de los carteles situados sobre la caja: «Rigurosamente prohibido hablar de política.» Entonces el provocador Brancati, abochornado, se escaqueó alejándose de allí con dos prostitutas. Poco después, ya en la calle, confesó a un amigo que había llegado el momento de dejarse de bromas: el ambiente había cambiado y existía el riesgo de acabar siendo víctima de una paliza.

También en las barricadas de 1848 en París estaban las prostitutas. Hugo fue testigo de una escena desgarradora. Con el fin de detener el avance de las tropas

se situó en primera línea «una mujer joven, hermosa, desgreñada, feroz». Se había levantado la falda dejando el vientre desnudo mientras invitaba a los soldados, en la jerga del prostíbulo, a que le «dispararan». Batida por una descarga de fusileros, cayó hacia atrás con un grito. Se abrió un intenso silencio, pero entonces apareció otra, más joven y bella que la anterior si cabe. No debía tener más de diecisiete años. También ella comenzó a desafiar a la Guardia Nacional levantándose la falda y gritando: «¡Disparad, sinvergüenzas!» Entonces el silencio se rompió, y los soldados volvieron a abrir fuego.

«Con frecuencia, las prostitutas son, después de las monjas, las más grandes patriotas», apuntaba Morand. Nadie lo sabía mejor que Maupassant, quien dedicó a su heroísmo el célebre relato Bola de sebo, donde contraponía la hipocresía de la gente de orden con la generosidad de una prostituta. Antes de él ya lo había intuido la princesa de Belgioioso, quien durante el asedio a Roma de 1849 formó, nutriéndolo de prostitutas, el primer cuerpo de enfermeras de la historia de Italia. Después no tuvo más remedio que disolverlo, presionada por la Iglesia. Uno de los hermanos de Tolstoi, Dimitri, quien había abandonado la vida disipada para abrazar la religión, murió de tuberculosis a los veintiún años, entre los brazos de una muchacha a la que había conocido en un prostíbulo y rescatado del mismo.

Un anciano Anatole France corrió el riesgo de verse desbordado por el patriotismo de una impetuosa joven: «Todo marchaba bien, me sentía en el paraíso», hasta que ella se enteró de que su cliente formaba parte de la pomposa Académie Française. Turbada por el honor de tener relaciones con un personaje de semejante talla, la chica comenzó a actuar con un desmedido entusiasmo. Deleitado por semejante exceso de celo, llegó, no obstante, el momento en que France no tuvo más remedio que decirle: «Es magnífico, amor mío: no dejas de esforzarte, te alteras, sudas. Yo me voy a volver loco. Vamos más despacio, querida, y no confundamos la voluptuosidad con el atletismo.»

Eran muchos los que soñaban con encontrar en la vida real el erotismo del prostíbulo; pero pocos se atrevían a confesarlo y aún menos lo conseguían. Es un caso raro el del escritor americano Stephen Crane, quien convivió felizmente y durante toda su vida con la propietaria de un burdel: fuera del aura de aquellas casas las prostitutas perdían su fuerza.

George Gissing, escritor frustrado, atrapado en el lado más comercial de la industria editorial, vivía con Nell, la exprostituta alcohólica con quien se había

casado. Para rescatarla, robó dinero en el guardarropa de los estudiantes, lo que le costó el final precipitado de una prometedora y brillante carrera académica y un mes de cárcel. El matrimonio se aislaba socialmente cada vez más, y Nell lo perjudicaba recayendo en la prostitución de cuando en cuando. Ni siquiera la separación, sino solo la muerte de la mujer consiguió poner fin a aquella tormentosa relación. Solo la enérgica reacción de su familia consiguió impedir al joven Robert Louis Stevenson que culminara el caballeresco gesto de casarse con la prostituta de Edimburgo que le traía loco.

Menos afortunado resultó el intento de André Breton, que se había enamorado locamente de la irresistible Suzanne, comprometida desde hacía poco con un amigo, y a la quien, a su vez, había encontrado en un burdel de la rue de l’Arcade. Aquella mujer menuda, de mirada lasciva, estaba, hay que reconocerlo, «completamente loca» y lo arrastró a una dolorosa aventura pasional. Por su parte, Mario Soldati siempre estaba lleno de esperanza: «Siempre subía aquella pequeña escalera con la ilusión de encontrar a la mujer de mi vida.»

En los años treinta, Greene tuvo una larga aventura amorosa con Annette.

La huésped de un prostíbulo, enamorada de Drieu La Rochelle, lo esperó durante un largo tiempo en un café. No sabía que Drieu, asustado, había intentado verla desde el exterior para descubrir cómo iba vestida. Pero lo que realmente acabó por disuadirle fue su aspecto enfermizo. «Ella me vio, pero yo hui rápidamente.» Una renuencia que se repitió cuando una joven modista, enamorada de él, fue a recogerlo a la salida del cuartel. Una vez más, el escritor se dio a la fuga para ir a refugiarse en un burdel. Una vía de escape ya recorrida muchos años atrás por Flaubert, cuando la mujer a la que siempre había amado en vano dio signos de querer rendirse a él.

VIII

>Esplendor y caída

Por el refinamiento de los placeres que ofrecía, París se convirtió no solo en la capital del siglo XIX, como explica Walter Benjamin, sino también en la capital de la prostitución; y una considerable, aunque inconfesada, parte del mito de París consistió durante largo tiempo en la alta calidad de la prostitución radicada en la capital francesa. En los burdeles de lujo, en los que todos los demás se inspiraban, el portón se abría para después cerrarse rápidamente tras el paso de las carrozas de los señores, salvaguardando así el incógnito. Las muchachas atendían a los clientes en suntuosos salones relucientes de espejos. En las habitaciones de paredes acolchadas, ricos cortinajes colgaban del baldaquino de las camas, mientras que todos los útiles destinados a la higiene eran de plata. Las prostitutas pasaban la mañana charlando, en espera del peluquero. La mayor parte, sin embargo, llegaba tarde, entre las once y las doce. Entre ellos se colaban los mirones, fastidiosos, que se limitaban a observar la desnudez a la vista, provocando a aquellas bellezas para hacerlas enfadar. El joven Hugo, aún virgen, acompañaba a sus amigos al prostíbulo, pero se negaba a subir a los cuartos. La sensualidad fue para él un descubrimiento tan tardío, que lo prolongó manteniéndolo vivo durante su vejez.

Cuando un amigo llevó a William Thackeray a un burdel de poca categoría, el escritor, disgustado por el «bajo perfil» de la casa, no hizo sino sentir náuseas, «al ver a un hombre bueno y lleno de talento degradarse de tal modo».

Zola no se equivocó al acusar al libertino Napoleón III de haber convertido París en «el burdel de Europa». A finales de siglo, entre los tres millones de habitantes se podían contar al menos cien mil profesionales. En 1911, Kafka quiso experimentar aquella gloria y no pudo hacer menos que admirar la tan racional organización y la limpieza de los locales parisinos. La luz eléctrica desvelaba con mayor detalle que la de petróleo los cuerpos de las chicas en espera. La dueña, al verlo tan intimidado, lo animó. Con el tiempo, se acordaría solo de una muchacha delgada con el cabello enmarañado, los ojos grandes y boca ancha. Koetsler se sorprendía de la eficiencia y delicadeza de un modesto burdel parisino, pero puntualizaba: «Allí el sexo quedaba realmente reducido al mínimo

común denominador, al equivalente erótico de una sopa del Ejército de Salvación.» En ese local, más patético que repugnante, los clientes «sabían que no serían engañados, que su deseo sería satisfecho».

Curiosamente no fue una burguesa inexperta quien propuso la abolición de los prostíbulos. Marthe Richard, la promotora de la ley de 1946, era conocida gracias a Antoine Blondin con un sobrenombre nacido de un juego de palabras con la célebre marca de champagne Veuve Clicquot, la «Veuve qui clot», es decir, «la viuda que cierra», ya que había experimentado personalmente los gozos y sinsabores de la profesión. A los catorce años ya constaba como prostituta en Nancy, donde contrajo, según se decía, la sífilis. Después pasó a formar parte del personal de un burdel de París, donde encontró a su primer y rico marido. Pero sus idas y venidas fueron continuas. En 1913 fue una de las primeras mujeres en pilotar un aeroplano. Durante la Primera Guerra Mundial se dedicó al espionaje. Después se convirtió en amante del presidente del gobierno y recibió la Legión de Honor por los servicios prestados a Francia. Mientras tanto, en los años veinte se casó con otro acaudalado mecenas, quien murió dos años más tarde dejándole una considerable herencia. Se dice que durante la Segunda Guerra flirteó con algunos miembros de la Gestapo, lo cual no le impidió ser proclamada heroína de la resistencia e intentar vender a alto precio sus influyentes contactos a colaboracionistas ahora bajo acusación. Estalló el escándalo, pero, una vez más, fue hábilmente sofocado. Salvada por su leyenda y saliendo indemne de otras acusaciones de connivencia con el hampa, esta versátil mujer no tuvo otra ocupación que dedicarse a la supresión de los prostíbulos. Desde entonces tuvo tiempo de crear un premio de literatura erótica, el Prix Tabou, y además de divertirse en el teatro haciendo ella misma el papel de dueña de unas casas que ella misma ordenó cerrar. Por supuesto, sus memorias, más o menos fieles a la realidad, tuvieron un notable éxito, convirtiéndose incluso en película.

En la Italia de 1958, los artistas vivieron la clausura de aquellas casas con una profunda melancolía. Soldati estaba inconsolable: «¡Es el fin!», profetizaba. Quien cediendo a la nostalgia peregrinaba a ellas volvía, como Fusco, deprimido. «La desolación y el frío hacían aquellas estancias aún más viejas que las de los prostíbulos de Pompeya. De todas las habitaciones manaba la desolación, como si en cada cama desecha hubiera muerto alguien; aquella casa estaba realmente muerta, con toda su historia, con toda la voluptuosidad otrora en ella consumada; muerta sin la posibilidad de revivir.»

En Treviso, Giovanni Comisso, acompañado de un famoso fotógrafo, inmortalizó el ya inservible lupanar Dozzo, de la via Marzolo. El propietario había enlucido la perfección de los baños, los cuadros eróticos y el álbum en el que venían recogidas las imágenes de aquellas meretrices de profesión, y de esas otras ocasionales, que habían realizado su trabajo sobre camas de hierro entre aquellas paredes. En la lista podían leerse los nombres de batalla: Wanda, Sonia y Maruska, como las heroínas de los cuentos populares rusos tan conocidos en las trincheras de la Gran Guerra. Más tarde, ya bajo el fascismo, Moschettiera, Negretta, Beduina y La Negus. La guerra siguiente había traído numerosas Frida y Lili Marlene; inmediatamente después de la liberación las sucedieron hileras de Miss y de Mary.

En las cartas de presentación, además de la exaltación de sus habilidades, a menudo se añadía humildemente una descripción por partes de su físico: se iba desde el «tipo triestino» al de «potra en la cama».

A pesar de todo, la ley Marthe Richard no cerró las casas de tolerancia y no rompió la vinculación de las mismas con los artistas. De hecho, la noche de fin de año de 1985, los festejos organizados por la célebre y refinada Madame Claude fueron bruscamente interrumpidos por la policía, que arrestó a la dueña. Entre sus amigos presentes aquella noche se encontraba Françoise Sagan. Como dijo una famosa actriz, Arletty, en el momento de la clausura de las «casas cerradas»: «Más que un delito, es un pleonasmo.»

IX

Exotismos

A comienzos del siglo XIX, la serie de las guerras napoleónicas había interrumpido el tradicional viaje a Italia. En cuanto fue posible volver a recorrer los antiguos itinerarios, a muchos, la península, atravesada por las transformaciones impuestas por los conflictos, les parecía haber perdido parte de esa fascinación que exhibiera en otras épocas. El malestar congénito a la modernidad, el sucederse de regímenes y los afanes de la sociedad de masas derivaron a los nuevos viajeros –ahora no solo diplomáticos y militares, sino también burgueses y artistas– hacia la tranquilizadora inmovilidad de Oriente, donde, bajo la perezosa y cruel tutela del Imperio Otomano, el tiempo parecía haberse detenido.

En sus mochilas, los peregrinos llevaban los delirios lujuriosos de las fantasías orientalizadoras de Antoine Watteau y François Boucher y los harenes susurrantes del Montesquieu de las Cartas persas. De sus crónicas de aquellas expediciones, oportunamente sublimadas, nacieron algunos lugares comunes sobre Oriente, un área geográfica indeterminada y fabulosa que se extendía desde África a Asia, y que sigue aún hoy presente en la producción literaria y cinematográfica y en el turismo sexual tan celebrado por Michel Houllebecq.

Encontrarse de pronto fuera de los confines de su país y lejos de las calles habituales provocaba en el viajero el impulso de gozar despreocupadamente de experiencias normalmente impensables. Así Rimbaud compró una esbelta abisinia de piel clara, la trató siempre con gentileza y la mandó al colegio. Cuando tuvo que partir, la devolvió a su casa.

Por lo que se refiere a la pedofilia, vía libre; aunque debía tenerse en cuenta el retraso en cuestión de higiene. Lawrence Durrell visitó los burdeles de Alejandría (Egipto), infestados por los piojos de las niñas prostitutas. Sin embargo, Flaubert quedó tremendamente impresionado ante el espectáculo de una negrita de diez años llorando entre las manos de sus amos sirios, que la lavaban con arena hasta hacerla sangrar.

También los olores debían de influir en los contactos íntimos entre aquellas

culturas tan diferentes. A Flaubert le bastaba solo un toque de perfume para ampliar sus sensaciones, como el de una ramita de jazmín entre el cabello ensortijado de una mujer acomodada, que se prostituía más por curiosidad que por dinero. «Mientras eyaculaba dentro de ella, me pareció que emanaba un rico perfume, uno de esos que llegan al corazón. Seguramente aquella mañana no había tenido tiempo de lavarse.»

Por el contrario, y en Estambul, Corrado Alvaro tuvo una experiencia muy poco agradable. «Un grupo de pequeñas prostitutas en un callejón de Beyoğlu me rodea por todas partes, me estrujan, y una de ellas, para convencerme, me estampa con agresividad un beso entre los labios. Es un labio que quema, que sabe como a pimienta. Corro al hotel a lavarme, con la sospecha de haber contraído una enfermedad. Quizá este sabor sea una droga.»

No obstante, la renuncia podía tener también un sabor placentero. En los inicios de su largo viaje, Flaubert, todavía paralizado por un desengaño amoroso, seguía casto, con la escusa de conservar intacto el recuerdo de la melancólica belleza del barrio de los burdeles egipcios de Qena: «Nada más hermoso que aquellas mujeres que nos llamaban. Si hubiera echado un polvo, lamentablemente otra imagen se habría superpuesto a aquella, atenuando su esplendor.»

Era como si la palpable diversidad de aquellas tierras hiciera más fáciles las transgresiones. En un baño turco de El Cairo, Flaubert probó la sodomía con un joven con la cara marcada por la viruela y un inmenso turbante. Era uno de los masajistas que lo frotaban y secaban mientras fumaba plácidamente su pipa de agua. «Me ha hecho reír, eso es todo», fue su único comentario.

Cuando su marido la llevó a un burdel de Canton, Elizabeth de Gramont hizo por vez primera el amor con una joven, una atractiva prostituta china, al son de una triste melopea. Una experiencia repetida por su pareja en la misma ciudad, donde las muchachas lo rodearon diciéndole cosas que no entendía, tocándole los vestidos y admirando sus joyas, para depués ofrecerle, entusiasmadas, las flores que adornaban sus cabellos.

Todavía en los años cincuenta, en La Habana, a Graham Greene, le ofrecieron en la puerta de su hotel, además de diversas drogas, diferentes combinaciones eróticas, desde el trío de dos chicas con un chico, al trío inverso. Confesó haber experimentado «la mayor parte de aquellos placeres».

No siempre la belleza tenía el poder de ocultar el sabor a miseria de las prostitutas. En Siros, una de las Cícladas, una anciana alcahueta intentó, en vano, arrastrar a Nerval a un prostíbulo para homosexuales. Después, sin abandonar su presa, se dirigió a la fuente donde las mujeres recogían agua en enormes jarras de cobre. Bastó un silbido para hacer que una se acercara. La vieja le levantó el velo para dejarla ver. Bajo las enormes trenzas negras, la cara pálida, dominada por sus ojos salvajes, tenía unos rasgos regulares. En aquella joven asustada, que no paraba de girarse gimiendo «¡Mi marido!», no había signo alguno de las heteras soñadas por Nerval.

Cuando él la dejó libre, dándole en la mano algunas monedas, la mujer le dio a su vez, en signo de gratitud, un amuleto, un gastado fragmento arqueológico con un genio montado en un carro alado.

También le dejó pasmado el mercado de esclavas. Las negras se sentaban sobre unas esterillas y fumaban riendo. Sus harapos azules dejaban generosamente ver sus cuerpos perfectos. Los mercaderes las hacían desnudarse, les abrían las bocas y evidenciaban la firmeza de sus pechos, pero Nerval no se sintió atraído por sus rostros.

El exceso de expectativas podía también causar muchas desilusiones. En Argel, las prostitutas no le parecían a Maupassant sino madonnas, con sus echarpes estrechos y el vestido drapeado sobre amplios pantalones cerrados en los tobillos. La sombra de ojos unía los arcos azulados de las cejas, extendiéndolas hasta las sienes.

Acurrucadas en una capilla musulmana, parecían gruesos copos de lino blanco, interrumpido solo por el negro de sus miradas. Pero fue la cantante de un burdel, con su belleza propia de las mil y una noches, la única que impactó verdaderamente a Maupassant: las inmensas pupilas negras brillaban bajo la cinta dorada que sujetaba sus cabellos; en su óvalo perfecto, bajo una nariz de diosa, solo su boquita infantil se movía, rítmicamente.

Inciertas entre la ingenuidad de su estado salvaje y la sumisión de la esclavitud, obligadas por las diferencias lingüísticas a expresarse con su cuerpo, aquellas conquistas satisfacían a unos europeos hartos del peso de las convenciones. No obstante, a veces la ausencia de comunicación y lo diferente de sus cuerpos podía alterar la serenidad propia del gozo. Una mujer turca vestida de seda con una túnica ricamente bordada en oro, después de insinuar una danza y lavarse

ligeramente, no se desnudó por entero, explicando con gestos a Flaubert que estaba enferma del pecho. Después ahuyentó de su cama, con una patada, a una camada de gatos. A pesar de la perfección de sus nalgas y de su piel firme como el bronce, Flaubert no quedó satisfecho. «Extraño coito este, en el que se mira sin poder hablar. El mirar se prolonga por la curiosidad y la sorpresa. Por lo demás he gozado poco, estaba demasiado excitado. Las vaginas rasuradas causan cierto extraño efecto.»

Después intentó superar su desazón con gestos provocativos, como cuando escandalizó a las meretrices turcas con su cinismo: se lavó el pene delante de todos.

En aquellos ambientes extremadamente dulces, lo maravilloso y lo monstruoso tendían a confundirse. El flechazo de un Jack Kerouac excitado a causa de la marihuana por una prostituta de tez oscura no le libró de una rara sensación: una repugnancia que rozaba el miedo a poseer a tan extraño ser.

En un menos problemático México, Simenon visitó en cierta ocasión un prostíbulo lleno de muchachas que «piaban» en extrañas lenguas. Los clientes saboreaban tranquilos tequila o cerveza del país. De vez en cuando, uno de ellos se levantaba y desaparecía en un cuarto con una señorita. «El ambiente era relajado y no había nada de escabroso, como si en aquella tierra, a pesar de ser una de las más católicas del mundo, no existieran ni el pecado ni la vergüenza.»

Sin embargo, el contacto con la cultura occidental estaba transformando los lupanares orientales en vulgares imitaciones de los burdeles más celebrados del mundo: los franceses. Cuando Evelyn Waugh desembarcó en Port Said, las prostitutas locales, caracterizadas grotescamente a la europea, le parecieron muy diferentes de aquellas misteriosas meretrices egipcias que en las historias de Flaubert se recostaban inmóviles, con su cuello envuelto en una larguísima cadena de oro, y te hacían «experimentar placeres infinitos». Además –siempre según Waugh– , predominaban las feas y gordas. En uno de ellos, la Maisón dorée, las chicas le empezaron a gritar: «¡Casa de oro!, ¡muy bella!, ¡muy limpia!» La reacción de tan estricto inglés fue justamente la previsible: «No me pareció ni bella ni limpia.»

No sucedía siempre, pero la suciedad conseguía frenar el deseo. Durante su viaje a Grecia, d’Annunzio había sorprendido a sus compañeros de crucero por la avidez, en contraste con su escaso interés por lo antiguo y las antigüedades, con

la que, apenas desembarcado, se precipitó en busca de un «inmundo» burdel, sin tener en cuenta la escasa higiene de aquella clase de entretenimientos.

Pero también había sorpresas. El mejor prostíbulo de Aden, tal y como lo describió Norman Lewis, se componía de una serie de pequeños chalés, ideados por un exsacerdote. Del jazmín sobre las paredes emanaba un intenso perfume. La propietaria, Dulce, invitaba a consumar gratis a quien le recitase un bello poema.

En esas atmósferas saturadas de perfume, un prostíbulo podía parecer un espejismo. En Río de Janeiro, Ernst Jünger divisó desde lejos a unas prostitutas vestidas de seda transparente descansando en la terraza de una gran villa, custodiada no solo por una poderosa verja, sino también por gigantescos hombres negros con librea: «Aquel triunfo del placer como poderosa fuerza vital», contrastando con la barriada miserable que le servía de fondo.

En aquellos lares la prostitución parecía algo extrañamente inocente. Tras haber fotografiado a una bellísima somalí, Norman Lewis, impresionado por su serenidad, no pudo sino constatar: «En Europa la habrían considerado nada más que una prostituta, aquí la llamaban sencillamente la Afortunada.»

La interpretación que daba Flaubert era menos optimista. Después de tantas y tantas experiencias, el escritor no albergaba la menor duda sobre la verdadera personalidad de aquellas exóticas prostitutas: «La mujer oriental es una máquina, nada más. No ve diferencia alguna entre un hombre y otro. Fumar, ir al baño [turco], sombrear sus párpados y beber café: estas son las ocupaciones en torno a las que gira su existencia. Por lo que se refiere al placer físico, debe ser mínimo, porque muy pronto les cortan el clítoris.»

En estos burdeles exóticos había quienes, como preámbulo al acto amoroso, ofrecían, además del masaje, el consumo de drogas, principalmente el opio. Esas pipas que Green fumara por vez primera en un prostíbulo de Saigón ya jamás le abandonarían, como modo de controlar sus frecuentes depresiones.

La muerte podía ocultarse como una serpiente en aquellas lujuriosas tierras. Quizá fuese solo una sensación. En el Congo, Graham Greene notó que «en los labios de las africanas el lápiz de labios adquiere tonos malva, y la piel bajo el maquillaje parece gris como si estuviera cubierta de esa arcilla que aquí se ponen en la cara como señal de luto».

Pero podía también convertirse en una desconcertante realidad. En 1938, Colette siguió como enviada el clamoroso proceso contra una propietaria de un burdel de Fez, Oum-el-Hassen, acusada de haber torturado y asesinado a algunas de sus pupilas. La imputada tenía tras de sí una gloriosa carrera. Después de jurar entregarse solo a militares franceses, los había seguido en las misiones más complicadas, consolándolos con sus cantos, sus bailes y su belleza.

Todos apreciaban el fastuoso burdel que había abierto, las espléndidas y marmóreas bailarinas bereberes, las pasivas, enigmáticas chleuhs. En distintas revueltas, aquella mujer había salvado la vida a no pocos oficiales franceses, llegando a protegerlos, como escudo, con su cuerpo. Precozmente envejecida, se había refugiado en el limbo del hachís. Pero sus delirios no se habían limitado a los paraísos artificiales. En su morada, la policía encontró el cadáver hecho pedazos de una prostituta, y cuatro muchachas, más otra de quince años, emparedadas vivas. En la corte donde se desarrollaba el juicio, la escritora pudo percibir, en aquel rostro impasible, derrotado por los años, la crueldad de su boca sutil. Una de las víctimas supervivientes, llamada a testimoniar, montó en cólera e intentó huir de la sala. Otras, a todo aquel que les preguntaba por qué no habían intentado nunca escapar, le respondían simplemente: «No lo pensado.»

Oum-el-Hassem solo tuvo un momento de debilidad, cuando los retirados franceses, por ella adorados, aquellos mismos que en sus tiempos heroicos habían pedido, en vano, para ella la legión de Honor, rechazaron declarar en su favor. Solo las imponentes dueñas de los demás burdeles, envueltas en una constelación de joyas de oro, dieron testimonio de que Oum-el-Hassen era una persona de bien. Una condena a quince años de trabajos forzados cerró aquel sangriento y cruel episodio.

Aunque quien volvía a casa cautivo de la nostalgia podía gozar de numerosas ofertas sustitutorias en el prostíbulo. La prostitución hacía reales no solo las fantasías eróticas, sino también las exóticas: las bellezas negras y criollas cantadas por Baudelaire y saboreadas por Mérimée. Cuando se sentía embrutecido, aseguraba Merimée, gran viajero, no había nada mejor que «atravesar una mulata».

Delacroix, quien, a pesar de sus afirmaciones, no había conseguido entrar en un burdel durante su viaje por África, tomó como modelo para pintar sus famosas Mujeres de Argel –según el testimonio de Philippe Jullian–, a las prostitutas de un burdel español, oportunamente disfrazadas a tal efecto. El prostíbulo

evidenciaba así su esencia democrática de harén público. En aquella atmósfera, el pintor trabajó «presa de una exaltación que producía un estado febril apenas sofocada por unos hielos».

Las odaliscas de los harenes soñadas por los viajeros a Oriente eran, por desgracia, inalcanzables, pero esa «bella judía» de la que hablaron tantos escritores decimonónicos, era omnipresente y tan solicitada, que se le apodaba con tal nombre a cualquier muchacha de pelo oscuro y rizado. A ellas se les añadía alguna africana, alguna china, pioneras de una prostitución exótica globalizada, nacida con el colonialismo, en el que la conquista sexual era reflejo de una voluntad de dominio al tiempo que exorcizaba el temor a lo extraño, a lo extranjero.

X

Paseantes

*

Dos años antes de la toma de la Bastilla, el 22 de noviembre de 1787, un teniente de dieciocho años, Napoleón Bonaparte, perdía su virginidad en los jardines del Palais-Royal. Caminaba a toda prisa a causa del frío, cuando se percató de la presencia de una joven mujer. Las circunstancias no dejaban lugar a dudas: era una paseante.

Aquel militar la miró con insistencia. Ella se detuvo cohibida. Superando el miedo y el disgusto que experimentaba por otras colegas de su profesión, el hombre le dirigió la palabra: «Tendréis sin duda frío, ¿cómo podéis ser tan valiente de venir a estas calles?» «Ay, señor mío. Es la esperanza lo que me da fuerzas. No tengo más remedio que completar la noche.» La tranquila indiferencia de su respuesta convenció al oficial para que la siguiera. «Me parece que vuestra constitución es demasiado débil. Me sorprende que no os sintáis cansada de este oficio.» «Bueno, señor, ¡en algo hay que trabajar!» «Quizá sí, ¿pero no hay ningún otro oficio más apropiado para vuestra salud?» «No, señor, y hay que vivir.» El jovencito se quedó fascinado por aquellas palabras. Años después, al evocar aquella experiencia, Napoleón escribiría: «Ella al menos me respondía; y este era un éxito que no había conseguido en mis intentos con las demás.»

Durante la Revolución Francesa, el Palais-Royal y su encantadora fauna de ninfas sentaron las bases de la gran fama que París adquiriría en lo que respecta a este inconfesable mundo. Bajo los mismos pórticos que habían visto pasear a un Diderot absorto en sus elucubraciones y, también, en la contemplación de las prostitutas, normalmente perseguidas por un séquito de jovencitos, los cafés se alternaban con los garitos de juego y los restaurantes; tras los ventanales de los locales se exponían cuadros y estampas, con frecuencia de tema erótico. En medio de la tremenda convulsión en marcha y la activa presencia de círculos revolucionarios, el Palais-Royal parecía destinado a permanecer como una especie de isla separada del resto de la metrópoli, como una insidiosa Citera, en la que los placeres prohibidos tenían su libre desahogo.

Solo un fino cristal protegía a la bella Zulima de la concupiscencia de los mirones. Tendida desnuda sobre un canapé, la figura era de un tenue color carne. Sus cabellos ondeantes caían sobre sus senos cubriéndolos apenas. Un retal de tela le protegía el pubis. Incluso esta última defensa podía caer si se pagaba. Un cartel avisaba al público de que la mujer había muerto dos años antes, cuando un tal Mignot había realizado su estatua, calco perfecto de su cuerpo. Un campesino, tras posar su mano callosa en un lugar que la decencia prohibía nombrar, rompió a reír, gritando: «¡A fe mía, es como nosotros, es la misma cosa!» En un local contiguo podían contemplarse dos sedicentes salvajes, Algonquino y Algonquina, en traje de Adán: pagando un suplemento a la entrada se les podía admirar durante el coito.

Mientras tanto, Venus muy reales paseaban graciosamente entre el jaleo de los curiosos. En su Histoire des filles du Palais-Royal, Restif de la Bretonne hizo de ellas un exhaustivo censo. Para facilitar la elección, en 1790 circulaba bajo mano por París una guía, Tarifas de las prostitutas del Palais-Royal, que extendía su elenco a zonas limítrofes y otros barrios de París, con nombres y direcciones, virtudes y peculiaridades de todas las paseantes. Para despertar la curiosidad de los clientes, el apreciado volumen se vendía en cajitas de madera cerradas con llave. Su autor precisaba con sumo cuidado su intención de llevar a cabo con su obra un acto de patriotismo, ante el gran número de extranjeros atraídos a la capital por su amor a la libertad.

El abanico de precios era bastante amplio: se iba, entre las de mayor fama, desde la módica Victorine, accesible por solo seis liras, con una taza de punch de regalo, a la Paysanne, graciosa pero somnolienta, o hasta la muy señorial Madame Duperin, disponible, junto a cuatro seductoras amigas, por veinticinco. Una de las más ambicionadas era Baccante, retratada por los pintores de moda, con su mirada fogosa bajo la melena abundante y su cuerpo ágil y bien moldeado. En homenaje a su nombre artístico, se ofrecía a los jóvenes a seis liras y al doble a los ancianos. Quizá fuera mejor Carline, «para comérsela con los ojos. Una sinvergonzona demasiado conocida para hablar de ella, que inocula el placer con una rapidez extrema. 12 luises», o «Saint-Aubin: deliciosa rubita fogosísima, lista para abandonarse a la voluntad de un amigo o amiga. 100 escudos». Era difícil decidir, pero existía también otra valiosa guía, el Almanaque de las señoritas de París, seguido de un diccionario de las ninfas del Palais-Royal, lleno de excitantes novedades. El anuario de las prostitutas de París del tiempo de la Revolución ofrecía también a una estrella del teatro, Mademoiselle Dugazon, «actriz divina en todo lugar, nacida para el placer de los

seres humanos», a 15 luises.

Según los informes de la policía, la mayor parte de las prostitutas tenía entre catorce y veinticuatro años. El veinte por ciento estaba entre veinticinco y veintinueve, mientras solo el trece tenía entre treinta y cincuenta. Por lo general, las visitantes del Palais-Royal, rebautizado oficialmente como «Palais-Egalité», como su dueño, el exduque de Orléans, se ofrecían por sumas modestas, entre tres sueldos y seis liras. En un solo caso, una embaucadora sorprendida in fraganti se ofreció por veinticinco sueldos a dos hombres al mismo tiempo.

Con frecuencia, la meretrices más pobres atendían a los hombres bajo la luz incierta de los cafés, para ocultar así a las miradas extrañas el precario estado de los otrora suntuosos vestidos. Junto a ellas, las alcahuetas, viejas supervivientes de la profesión, hacían por acercar a los clientes indicándoles quiénes eran las presas más fáciles. Una serie de pactos regulaban las relaciones entre las prostitutas, por un lado, y los vendedores ambulantes y dueños de los cafés, por otro. Los ramos de flores recibidos como regalo volvían pronto a las manos del vendedor a cambio de una pequeña suma de dinero. Las más acomodadas, en cambio, hacían ostentación sobre sus lujosos vestidos de gruesas cadenas de oro, vistosos pendientes y coquetos impertinentes a través de los cuales echaban una ojeada a los posibles admiradores. Sonrientes y llenas de vida, entraban y salían sin descanso de los locales públicos o del teatro, atrayendo sobre ellas la atención de los paseantes. Hacia 1790, la estrella era Venus, una delicada morena que acostumbraba a dejarse ver por los jardines del Palais-Royal cubierta de una muselina transparente, de la que afloraba la gracia infinita de sus formas.

Restif de la Bretonne, conocido irónicamente como el «Rousseau des ruisseaux», el «Rosseau de los arroyos» o como el «Voltaire de las camareras», por sus pretensiones de filósofo, gustaba asimismo de la compañía de aquellos efímeros amores. A veces confesaba: «¡Desde luego, si en mi juventud estas mujeres hubieran sido así de provocativas, yo habría estado perdido!» La incontinencia que le empujaba hacia las paseantes era la misma que le hacía encuadernar directamente sus libros en la imprenta. Pero ni siquiera aquello le bastaba, y cada tarde grababa sobre el pretil de la Ile-Saint-Louis nombres y fechas significativas desde el punto de vista erótico. En este calendrier particular llegó a dar cuenta de trescientas sesenta y cinco conquistas, añadiéndole orgullosamente cerca de dos mil prostitutas.

Padre incestuoso, consideraba a aquellas, con una más que turbia ternura, como

otras hijas más, y quizá la realidad parecía convencerlo de esa ilusión. Un buen día el escritor quedó prendado de la ingenua belleza de una virgen. La celestina le explicó que su madre, una anciana prostituta, acababa de venderla. Empujado por un oscuro instinto, Restif quiso tener un encuentro con ella. En cuanto lo vio, la desnaturalizada madre le advirtió que el padre de aquella atractiva chiquilla de trece años era él. Caída en la miseria tras la muerte de su último amante, la madre se había estado vendiendo hasta que no tuvo más fuerzas, y entonces, muy a su pesar, se había decidido a confiar la adolescente a la alcahueta. Restif, impresionado por la revelación, llevó a la muchacha a casa de una vieja amiga, una benefactora que la rescató de la vieja y además socorrió a la madre.

Su gran antagonista, también él gran frecuentador de prostitutas, el marqués de Sade, no dudaba en afirmar: «Si tenéis una hermana, una sobrina, una hija, aconsejadle hacerse puta. Desafío a cualquiera a que encuentre un oficio mejor. Porque, en efecto, ¿qué hay mejor para una muchacha que una profesión en la que, además de encontrar el lujo, la comodidad y la constante alegría propios del vicio, se verá ayudada y protegida como la más honesta de las burguesas?»

En realidad, su propia historia desmentía por completo ese panorama tan optimista. Basta con pensar en el incidente de Marsella en 1771, cuando el marqués y su criado organizaron una orgía sadomasoquista con cuatro prostitutas de los callejones cercanos al puerto. Aunque lo que más hirió a aquellas mujeres no fueron las exigencias de sodomía, castigada severamente por la ley, sino el carácter masoquista de la experiencia. Sin duda, Sade debió esforzarse mucho para lograr que le fustigaran con un martinete reforzado con alfileres curvados. Finalmente llegó a un acuerdo: sería pegado, pero no con aquel impresionante arnés, sino con una banal escoba, instrumento que pasó después a manos del marqués, quien hizo un enérgico uso de la misma con las prostitutas. Pero mientras el criado también participaba, emparejándose ya fuera con las mujeres o con su amo, las chicas empezaron a sentirse enfermas, víctimas de un fuerte dolor de estómago, debido a los efectos indeseados de un afrodisiaco, la cantaridina, que habían ingerido escondida en los dulces de anís que el aristócrata les había ofrecido con insistencia. Un ingrediente que vuelve a aparecer en el sucesivo encuentro con otra desdichada, destinada a convertirse en su acusadora ante la corte. Lo que parecía haber acabado entre llantos, amenazas y promesas de una generosa propina, desembocó finalmente en una condena a muerte en rebeldía por sodomía y envenenamiento y una ulterior detención.

Pero volvamos al agitado mundo de la Revolución. En la creciente atmósfera de

sospecha que acabaría desembocando en el Termidor, nuestras ninfas, acusadas de connivencia con los exiliados y con reaccionarios de todo género, sufrieron una severa represión.

Cuenta Jules Michelet que en plena ofensiva contra el vicio aparecieron en el Palais-Royal «cuatro rubias colosales, enormes, auténticos atlantes de la prostitución». Paseaban en pleno y duro invierno haciendo ostentación de sus imponentes senos desnudos, como las espaldas; parecían más altas aún debido a unos penachos de flores que sobresalían de sus cabellos: nadie se atrevió a detenerlas. Como gigantescos mascarones de la proa de un barco, destacando entre la muchedumbre de admiradores, atravesaron imperturbables los golpes de mar del Terror, para esfumarse, engullidas por el tiempo, después del Consulado.

De cualquier modo, los años felices del Palais-Royal no habían acabado. «Se andaba despacio, como en una procesión o en un baile de disfraces», recordaba con nostalgia Balzac. «Aquella lentitud no molestaba a nadie: servía para examinar con calma. Las mujeres tenían un modo de vestir ya desaparecido.» Los abismales escotes por delante y por detrás impresionaban menos que los extravagantes peinados escogidos para hacerse notar. No se sabe por qué clase de misterio la longitud de las faldas no impedía dejar asomar las piernas. Entre los discretos atuendos de las paseantes «brillaba la carne espléndida de las espaldas y los senos», mientras la mezcla de las voces construía una melodía de fondo interrumpida solo por las risas de las muchachas. Ante un espectáculo semejante, confesaba Balzac, incluso los hombres más insensibles quedaban turbados.

Durante largo tiempo, y mucho antes que en París, Venecia ya había gozado de una gran fama como escenario de perdición. El origen de la bien conocida tolerancia de la Serenissima Repubblica bien podría remontarse a una imprecisa crisis en el pasado, cuando el alejamiento de las meretrices provocó una cadena de estupros en perjuicio de las mujeres honradas y un aumento preocupante de la homosexualidad. Desde entonces las salvadoras de la decencia pública hacían gala de sus virtudes desde los ventanales, y en verano se las podía ver con el seno desnudo en las logias y balcones de algunas zonas de la ciudad.

Allí fue donde el ideólogo de la Ilustración, Jean-Jacques Rousseau, mantuvo una controvertida relación con una meretriz del lugar, la bellísima Zulietta. Una relación que era perfecto reflejo de todas las ambigüedades propias del Siglo de las Luces. Después de haberlo embaucado con sus encantos, la prostituta lo

atrajo hasta su habitación, donde lo acogió semidesnuda bajo un salto de cama «más que refinado». Allí el joven francés, que tanto había insistido en subir a su estancia, primero se acobardó al ver las pistolas que ella guardaba bien a la vista para defenderse de posibles agresiones; después, inesperadamente, rompió a llorar. Zulietta no podía saber que aquel extraño cliente lloraba a causa de la tragedia que le suponía que aquel cuerpo perfecto se viera obligado a venderse. No obstante, estaba muy excitado. La joven consiguió calmarlo con alguna caricia, pero, mientras tanto, a Rousseau le asaltó otro bizarro pensamiento: si aquella belleza perfecta había sido maltratada por el destino, debería ocultar alguna horrible imperfección. Comenzó entonces a explorar febrilmente cada uno de aquellos miembros que tanto había deseado, hasta encontrar lo que tanto había estado buscando: uno de los magníficos senos de Zulietta carecía de pezón. Paralizado por el horror –«¡Lo que tenía entre los brazos era solo una especie de monstruo, un despojo de la naturaleza!»– Rousseau cedió a la debilidad de hablarle de ello a la chica, quien le respondió fríamente: «¡Olvídate de las mujeres y estudia matemáticas!»

La represión sexual del XIX, no por azar reino de la burguesía, había dado lugar, a pesar de la proliferación de los prostíbulos, a un aumento extraordinario de las paseantes. «Los jóvenes de hoy no pueden hacerse una idea del enorme desarrollo que alcanzó la prostitución en Europa hasta la Primera Guerra Mundial», apunta Stefan Zweig. Si, prosigue, hoy se nos hace tan raro encontrarnos con una como ver un carro de caballos, «entonces las aceras estaban tan pobladas de ellas que era imposible evitarlas». Sacerdotes y moralistas de todo tipo, a menudo entregados también ellos a los mismos placeres que condenaban, se dedicaban a poner continuamente al pueblo en guardia contra aquella tentación perenne bajo la amenaza espectral del pecado y, sobre todo, de las enfermedades venéreas.

En la distinción entre la prostitución autorizada y la ilegal se escondía una apariencia de legalidad. La autorización implicaba la inscripción en el registro de la policía y una visita médica periódica, para prevenir eventuales enfermedades venéreas. No se trataba de una auténtica legalización, puesto que no era posible llevar a juicio a posibles clientes insolventes. La medida era obligatoria, obviamente, solo para las que se ofrecían a los niveles más bajos, por lo general confinadas en las zonas con peor reputación de la ciudad. Pero no se aplicaba a aquellas que eran lo suficientemente ricas y bien vestidas como para mimetizarse entre la gente elegante que frecuentaba los lugares de diversión. La gran multitud que practicaba la prostitución ocasional se movía en una incierta zona

gris, desde las trabajadoras a las camareras, e incluso las actrices. En los informes de la policía de la época se da cuenta de la costumbre de la mejor intérprete de la época, Sarah Bernhardt, consistente en bajar a la calle para reunir algo de dinero en las frecuentes ocasiones en las que sus enormes gastos le dejaban sin nada. Igualmente, Mata Hari, cortesana de altos vuelos, convertida en celebridad gracias a su condición de exótica bailarina «de Java», no dudaba, en la mismas circunstancias, en vender su cuerpo en los prostíbulos.

Los moralistas que despotricaban contra quienes, como aquellas mujeres, destruían las familias, quizá no conocieran su bondad. En 1802, Thomas de Quincey, recién llegado y pobre en Londres, visitó a una prostituta. Ann contaba solo con dieciséis años, uno menos que él, pero estaba sola y era generosa. Siempre dispuesta a protegerlo frente a los abusos de la policía y los malhechores, cuando él, debilitado por el hambre, se desmayó perdiendo el sentido en los escalones de una casa en el Soho, ella lo socorrió con un vaso de oporto especiado, pagado con las últimas monedas que le quedaban. Muchos años después, ya lejos de aquellas ligerezas de juventud, él no podía pasar nunca por allí sin conmoverse y dar las gracias en su interior a aquella desventurada.

No siempre la imaginación propia de los artistas exaltaba también su sensualidad. La de Stendhal fue puesta a prueba en 1812. En aquel año el escritor estaba aquejado de una depresión. Su Waterloo sentimental había tenido lugar en su tan querida Milán, donde acabó destrozado por la indiferencia de su amadísima Matilde Dembowski. Ni siquiera la muerte de la mujer le había liberado de su sufrimiento, que le habían hecho bordear más de una vez el suicidio. Para intentar aliviarle de la melancolía, sus amigos le prepararon una noche excitante. Alexandrine, una soberbia mujer de dieciocho años, con la misma mirada oscura que la Venus de Urbino, de Tiziano, lo impresionó con su aire alegre. Cuando se quedaron solos, ella le habló durante algunos minutos, después sus ojos se llenaron de una loca sensualidad. Aunque la encontraba adorable, Stendhal no consiguió excitarse. El recuerdo de Matilde presidía aquel cuarto, y, tras algunos intentos, la hermosa prostituta desistió. «El amor me regaló una virtud muy ridícula, la castidad.»

Poco después, el amigo que le sucedió apareció con Alexandrine, radiante y desnuda, del brazo. Explicó a los demás la tragedia de Stendhal, provocando con ello una hilaridad que duró veinte minutos sin con ello atenuar el estupor de la chica: jamás nadie había fallado con ella. Mientras sus compañeros le tomaban el pelo, el escritor los escuchaba protegido por la coraza de su dolor. «En

resumidas cuentas, durante diez años no fui de mujeres ni siquiera tres veces.»

La sensibilidad de Stendhal ya había sido puesta a prueba. En el mismo año, 1821, vivió una embarazosa situación en el, por aquel entonces, siniestro barrio londinense de Westminster Road, donde vivían sus posibles «presas». Sin embargo, se quedó muy gratamente sorprendido al ver a tres muchachitas pálidas y educadas, de bellos cabellos castaños. La casa era humilde, los muebles pequeños y el suelo crujía a cada paso. El amigo que acompañaba a Stendhal le dijo: «Paguemos y vámonos de aquí.» Pero él replicó: «¡No, por favor, así se sentirían humilladas!»

Cuando se separaron para seguir a sus parejas, el otro le gritó: «¡Si te asesinan, llámame!». Una vez llegados a la habitación, el escritor colocó a su alcance su pistola y su puñal, asustando con ello a la muchacha, quien se opuso con tozudez a mantener la luz encendida. La pobreza de las prostitutas inglesas era tal, que aquella con la que Stendhal pasó la noche le hizo una promesa: si la llevaba a Francia, le seguiría gratis, alimentándose solo de miel.

No era siempre la belleza el origen de la predilección por una u otra prostituta. Fue el caso de Sara, la paseante judía a la que Charles Baudelaire dio el sobrenombre de «Louchette», o sea, «la pequeña bizca». «Si la encontráis bizarramente vestida/ mientras se adentra en un callejón oscuro/ con la cabeza y los ojos bajos como un palomo herido,/ arrastrando por los riachuelos sus talones descalzos,/ señores, no vomitéis ofensas u obscenidades/ sobre su rostro maquillado de esa pobre impura/ pues la diosa Carestía, en una tarde de invierno,/ le ha obligado a levantar su falda.» Irritado por la blenorragia que le había contagiado, el poeta despotricaba contra ella, manteniendo que había sido el único que la había encontrado hermosa. Y es que se había quedado calva y llevaba la peluca sobre una frente más pelada que la de un leproso, pero tenía unas pestañas más largas que las de un ángel. Sin duda, no tenía más que veinte años y los senos ya descolgados, pero, y el poeta lo admitía, continuaban fascinándolo.

Hay muchos modos de convertir a una paseante en musa. Pedir ayuda es uno de los más eficaces. En el invierno de 1841, París estaba sumergida bajo la nieve. Victor Hugo vio cómo un elegante jovencito arrojaba una bola de nieve en el escote de una joven prostituta. La víctima reaccionó desesperada atacando a su agresor. Atraída por el griterío, la policía los separó y, siguiendo una consolidada costumbre, arrestaron solo a la chica. «No he hecho nada malo, os lo juro. Ha

sido él quien me ha molestado. ¡No he hecho nada malo!», protestaba ella. «¡Vamos, camina, te esperan seis meses!», dijeron los agentes por toda repuesta. Sin tener muy claro lo que hacer, Hugo les siguió hasta la comisaría. Temía la malicia de los periódicos, que ya se habían ensañado con él especulando sobre sus aventuras extramatrimoniales. Finalmente, al ver que la chica se desesperaba mesándose los cabellos, se acercó ofreciendo su versión de lo sucedido. El agente replicó con dureza que su testimonio no valía nada, pero entonces el escritor descubrió su identidad. Su fama era enorme y pronto la chica, loca de gratitud, fue dejada libre. Había nacido la impetuosa Fantine de Los miserables, la adolescente seducida por un estudiante que se había visto obligada a bajar a las aceras para mantener a su hija Cosetta. Es inútil añadir que el salvador se aprovechó bien pronto del reconocimiento de la pobre muchacha. Muchos años después, el escritor americano Stephen Crane sí levantaría, por el contrario, un gran escándalo por su testimonio a favor de una presunta prostituta.

Una musa puede nacer de un flechazo. De los ojos excesivamente pintados de Leona, la Nadia de André Breton, emanaba una expresión al mismo tiempo desesperada y orgullosa. «Jamás había visto unos ojos como aquellos». A pesar de la pobreza de su vestuario caminaba con la cabeza muy alta, sin preocuparse del desorden de sus cabellos color avena. Era «tan frágil que apenas parecía apoyarse sobre el suelo». Vivía prostituyéndose y traficando con cocaína. Fascinado por su aire misterioso y su imperceptible sonrisa, Breton se unió a ella por un breve período denso en experiencias. Se justificó ante su mujer, a la que nunca ocultaba nada: «No la amo, pero es capaz de poner en cuestión todo lo que amo y mi propio modo de amar.» Antes de desaparecer de su vida, encerrada en un manicomio, le dijo al famoso surrealista: «Si quieres, para ti no seré nada, o solo una huella.»

Transformar una prostituta en alguien capaz de proporcionar inspiración no es solo tarea y privilegio del amor: también el dinero puede obrar el milagro. En Chicago, Alberto Moravia se encontró con una paseante negra a la que pagó para que le contara sus vivencias. Lo mismo había sucedido con la majestuosa prostituta a la que conoció en un bar de piazza Barberini, en Roma, destinada a inspirar La romana.

Aun siendo siempre pobres, los artistas no podían hacer menos que compadecerse de la miseria de aquellas mujeres. En 1902, Jack London, explorando los bajos fondos de Londres disfrazado de marinero, vio en Piccadilly a unas paseantes elegantemente vestidas yendo y viniendo por la acera

«ansiosas de encontrar un caballero galante». A eso de las tres de la mañana, cuando todas ya habían desaparecido, London sintió curiosidad por una de ellas, ya anciana. «Su estado de degradación era tan grande, que ni siquiera tenía la presencia de ánimo necesaria para resguardarse al menos de la lluvia», quizá, pensaba el autor, vagara maquinalmente, recordando su «ardiente» juventud. La policía la había acosado, empujándola hacia las rejas de Green Park, donde se había quedado profundamente dormida bajo el diluvio incesante.

Aunque el rápido deterioro que sufren las prostitutas es algo sobradamente conocido, Flaubert no dejaba de sentirse impresionado por ello. «Te he contado que hace poco me he encontrado por la calle con Léontine, nuestra hermosa Léontine. Ahora está flaca, fea y con la tez amarillenta; entre su pelo negro ya hay grandes mechas blancas: ¡qué desilusión!, ¡quién iba a decir que de aquella criatura quedaría solo el recuerdo de algún buen polvo!, ¿no es absurdo? La belleza debería ser como el sol, inmutable e inmortal.»

Cuando era joven, Colette veía con frecuencia a una misteriosa prostituta que trabajaba en el Barrio Latino. También su belleza era extraña, pero innegable, desde su gruesa boca púrpura a unos ojos de un azul «furibundo», a las orgullosas ondas de su pelo. Un día supo que aquella mujer «que callaba con tal terquedad y misterio» había caído presa de una horrible sífilis. La cama de la moribunda estaba rodeada de ramos de violetas enviadas por un gran número de escritores. Rara vez, reflexionó Colette, habían oído el sonido «ronco y fatigado de su voz».

Pero aquellos rápidos encuentros podían ser también inolvidables. El sensual Delacroix anotó en su diario haberse cruzado con un magnífico ejemplar de paseante toda vestida de raso y terciopelo negro que, bajando del carruaje «con la soltura de una diosa», le dejó ver hasta el ombligo.

Al joven Flaubert, todavía virgen, le gustaba observar a las prostitutas. Pasaba y volvía a pasar por los lugares donde ellas lo hacían; a veces se acercaba, las tocaba y hablaba con ellas para ponerse a prueba. «Como yo era descarado, creía estar tranquilo, sentía el corazón vacío, pero ese corazón era un abismo.» Muchos años después no dudaba en confesar que era incapaz de ver a una pasente sin que el corazón comenzase a latir más fuerte.

Una noche Morand vio a Proust absorto en la contemplación de tres «princesas del amor». Una de ellas, una «excitante diablesa» hermosa como el perfil de una

medalla, se les había presentado junto a una segunda, a la que Morand desde su ventana veía con frecuencia desnuda; la tercera, mientras tanto, avanzaba envuelta en un curioso halo mezcla de cananga y cloaca. ¿Cuál de ellas, se preguntaba el escritor, se convertiría en la refinada Madame Swann de la Recherche?

En 1891, un Marcel Schwob atraído por los bajos fondos encontró a Louise, una obrera de veinte años que se vendía ocasionalmente. «Tengo como amante a una chica totalmente estúpida, pero de un modo delicioso.» Se inspiraría en ella para El libro de Monelle. Cuando la tisis de Louise se agravó, el escritor la cuidó amorosamente y sufrió durante mucho tiempo por su muerte.

La difícil condición propia de las prostitutas podía tener un efecto catártico. Una tarde, el espectáculo de una de ellas mirándose en un espejo convenció a Katherine Mansfield para entregarse a John Middleton Murry, que acabaría siendo su marido.

La sensación de cercanía entre el artista y la prostituta, entregados ambos a vender belleza a una sociedad avara y distraída, también podía inducir a acciones que la pusieran en evidencia. Una noche Jean Lorrain se presentó en el lujoso Chez Maxim's escoltado por un grupo de paseantes. «Son damas de la alta sociedad disfrazadas para dar una vuelta por París», explicó al portero. «Además, las anunciaré yo mismo.» Y comenzó a gritar sus nombres de batalla. Mientras los clientes habituales agradecieron sorprendidos la intrusión, las grandes cortesanas, enfurecidas por la intrusión de aquellas colegas más pobres, se marcharon no sin añadir un gesto de desdén.

No siempre el motivo era el sexo, a veces era la sensación de soledad. Kafka se excusaba: «Tengo tanta necesidad de buscar a alguien para tener siquiera un roce amable, que ayer estuve en un hotel con una prostituta. Era demasiado vieja para albergar todavía sentimientos de melancolía, pero le disgustaba, quizá le asombraba, que con tales mujeres no se pudiera ser educado como con una amante. No la consolé, porque tampoco ella me consoló a mí.»

Cuando la angustia vital era demasiado intensa no era suficiente siquiera con aquel consuelo pagado. En París, Kerouac, trastornado por quién sabe qué revelación interior, se adentró en un callejón donde le esperaban tres prostitutas. Parecía muy decidido: «¡Me llevo a esa hermosa morenita!», pero un instante después todo se volvió del revés: «No tengo ninguna gana de hacerlo.» Y se

alejó rápidamente.

Con frecuencia, las paseantes, faltas de hijos, las más de las veces apartados lejos de ellas, tenían un fuerte instinto maternal. El pequeño Paul Léautaud, abandonado por su madre e ignorado por el padre, era acurrucado por sus «amigas» prostitutas. «Era difícil tener una infancia como la mía sin amar luego, de mayor, a estas criaturas llenas de fascinación… estaban tan cerca de mi corazón por tantos y tantos recuerdos, y, en el fondo de mi corazón, ¡me parecía muchísimo a ellas! ¿Quizá no sean ellas, ya agotadas antes de ponerse al trabajo, las que cultivan el deseo sin probarlo, y las que del amor repiten solo sus gestos, justo como yo, que la mayor parte de las veces no hago sino repetir los movimientos cerebrales de la literatura?»

Una paseante podía convertirse también en toda una experiencia religiosa. Fue una de ellas quien enfrió con su acoso sexual la fe del joven Joyce. El tan católico como neurótico Léon Bloy adquirió su educación sexual en las casas de citas de París, donde gastaba el dinero que obtenía presentándose como «mendigo de Cristo». Cuando conoció a Anne Marie Roulé, toda una «rosa de fuego», muy apreciada en el Barrio Latino, no sabía todavía el importante papel que aquella desempeñaría en su vida. En principio ignoró sus tentativas de entablar conversación. «¿Queréis acostaros conmigo?» «Señora, no tenéis suerte, yo jamás me acuesto.» Se ablandó, sin embargo, cuando la vio maltrecha y temblando de frío bajo el recibidor de su casa. Una vez a cubierto, la mujer se arrojó a sus pies sollozando. «Te amo, estoy loca por ti… perdóname si te amo… si no valgo nada y no merezco tu atención. Déjame estar junto a ti… te serviré como una pobre criada… eres una persona religiosa, no puedes negarte a salvar a una desgraciada que desea arrepentirse.» Bloy dio varias versiones de su peripecia. La oficial nos dice que se trató de «la calumniada cohabitación de dos personas totalmente castas». Otra interpretación, siempre de Bloy, nos cuenta que antes de conducirla por el camino recto del espíritu se aprovechó de su total rendición para poseerla, o más bien para estuprarla. «Yo era un miserable esclavo de muchos demonios, y nuestras primeras relaciones fueron, como puede imaginarse, pecaminosas.» Su amigo Huysmans, antes de su propia conversión, ironizaba sobre la situación: «El hiperbólico sátiro se ha dejado robar por una puta miserable que le ha cogido todos los objetos de valor.» Tras varias vicisitudes, Anne-Marie acabó transformándose en una vidente atormentada por visiones apocalípticas. Finalmente, acabó hundida en el pozo de la locura.

Otra historia fue la sucedida a Arthur Schniltzer, quien, siendo adolescente,

había intentado redimir a una deliciosa muchacha rubia que formaba parte del grupo de las esculturales paseantes a las que el escritor y sus amigos bautizaron con los nombres de diosas clásicas: Juno, Venus, etc. Temiendo no estar a la altura en caso de una experiencia más material, Arthur decidió limitarse a una intervención moral. Para poner en marcha su plan acompañó a aquella a quien había dado en su cabeza el nombre de Venus al interior de su cuarto. Una vez allí, ella lo escuchó pacientemente, tendida desnuda sobre un diván, mientras él, en pie junto a una ventana y vestido por completo, le recitaba lecturas edificantes. Después de aquello la chica intentó convencer, con diferente y mayor habilidad, al virtuoso visitante, quien prefirió, no sin pagar la cuenta, batirse en retirada. Fue la primera de una serie de ambiguas aventuras por aquel arriesgado territorio, llamadas a acabar con una severa riña del padre, quien, a su vez, había leído la narración de todo lo sucedido en el imprudente diario del chico.

No siempre se consumaba el encuentro. Théophile Gautier tuvo varias experiencias «contemplativas» durante su viaje por Italia. Una prostituta se le mostró desnuda «como una fuente de plata, como el muro de una iglesia». Como es obvio, la tarifa aumentaba en caso de que se decidera pasar de la mera contemplación a la «acción». Exhibir parcialmente la propia desnudez podía parecer menos comprometido que la prostitución propiamente dicha. Pobre, muerta de hambre, Kiki de Montparnase, futuro icono de los locos años veinte, conseguía sacar algún dinero mostrando, bajo pago, su seno a los transeúntes.

Quizá la importancia del coito fuera mínima respecto a otras posibles exigencias de los clientes. En el Vittoriale, en los últimos años de vida de Gabriele d’Annunzio, las comparsas de las «series de orgías» para «las noches de goce desenfrenado, de descuido carnal», eran reclutadas por los rufianes no solo en las zonas cercanas, sino también en las grandes ciudades. Les esperaba un estresante ritual. En vez de consumar rápidamente la relación, eran cortejadas como las damas de la alta sociedad. Tras un parsimonioso té y alguna caricia sobre el diván, debían escuchar con aire extasiado y durante largas horas los monólogos del Vate. Una vez todo se había desarrollado según el ceremonial, las prostitutas, agotadas, podían finalmente llevar a cabo su tarea. Como recompensa a toda aquella representación, al día siguiente recibían no solo un pago a la altura de lo soportado, sino también, y al igual que otras admiradoras de clase superior, delicados ramos de flores y lacrimógenas dedicatorias en los libros del poeta.

También había quien para poder gozar completamente de un encuentro sexual

necesitaba la presencia de un testigo. A pesar de su dulzura y de estar enamorado de ella, cuando Paul Éluard llegaba a casa en compañía de una prostituta, obligaba a su compañera, la bellísima Nush, a que lo esperara en una mesa del café situado frente a casa.

No era solo la pobreza lo que empujaba a las muchachas al mundo de la prostitución. Algunas se sumergían en su suntuoso torbellino fascinadas por la elegancia que vislumbraban en él. A comienzos del siglo veinte, una jovencita rubia confesó a Louÿs sentirse impresionada desde muy pequeña por los hermosos saltos de cama de seda de las chicas de un prostíbulo. Aquella vida alegre y frívola le parecía la mejor de las posibles. Un día oyó cómo una la llamaba: «¡Lea!, ¡Lea!» Y añadía riendo: «¡Aquel me pareció un nombre precioso, así que me he hecho llamar Lea y me he convertido en puta!»

En ese ambiente gris de la muchedumbre ciudadana, la prostituta era una isla de color. Moravia escribió: «Me fijé en la paseante: cabellos amarillos-paja, camiseta verde-bandera, falda rojo-llama, zapatos negros… era como si por primera vez me diera cuenta de que las cosas tenían color.» A su vez, Henry Miller contaba: «En los días grises, cuando se helaba todo excepto los grandes cafés, esperaba con impaciencia poder pasar una hora o dos en el Wepler, antes de ir a cenar. El rojo resplandor que envolvía el local emanaba del grupo de rameras que como de costumbre se concentraba cerca de la entrada. Cuando poco a poco se iban distribuyendo entre las mesitas, el local se volvía no solo cálido y rosáceo, sino también lleno de aroma. Fluctuaban en la luz tenue como luciérnagas perfumadas. Aquellas que no tenían la suerte de encontrar cliente salían fuera, pausadamente, a dar un pequeño paseo por la calle, para volver al poco tiempo y ocupar su lugar acostumbrado. Otras entraban con porte insolente, parecían frescas y listas para su trabajo nocturno. La esquina donde solían concentrarse era como una bolsa, el mercado del sexo, con sus alzas y descensos, como en cualquier otro tipo de comercio. Por regla general, un día de lluvia era una provechosa jornada, o así me lo parecía. Según reza el dicho popular, en un día de lluvia solo hay dos cosas que hacer, y, desde luego, las putas no perdían el tiempo jugando a las cartas.»

A veces las apariencias engañan, tanto a expertos como a inexpertos. Apenas llegado de provincias al Barrio Latino, Octave Mirabeau se quedó prendado del azul cielo de los ojos de la atractiva Herminie. Resultó menos fácil su segunda conquista de pago; de hecho, la lasciva Judith le hizo perder la cabeza y vaciar su cartera, mezclando hábilmente dulzura y crueldad.

Jean de Tinan, tan adorado por las mujeres, se dejó conmover por una muchachita, Blanche, dotada de un generoso seno y de manos siempre sucias. Como si de una novela se tratase, vivía en una minúscula buhardilla y cantaba canciones de moda. Era «tan ingenuamente puta» que todos mostraban interés por ella. Pero Blanche, satisfecha, se limitaba a aumentar las tarifas. Tras haber reunido una considerable cantidad de dinero con el propósito de dejar la acera, desapareció, dejándole a Tinan, como único recuerdo, una enfermedad venérea.

Por aquel entonces, frecuentar a las paseantes podía conllevar también otros riesgos. Para Beckett, aquellas a las que llamaba «señoras de la noche», significaban tanto como cualquier otra mujer. «Esta cosa llamada amor no es nada; solo existe el polvo. Todo se queda ahí, en echar un polvo». Una noche, en la avenida de Orléans, un delincuente se le había acercado acuchillándolo sin motivo alguno y consiguiendo casi asesinarlo. Beckett se divertía mucho contando aquel absurdo episodio, tan en sintonía –por otra parte– con sus obras.

La oscuridad podía llevar a equívocos, como aquel en que incurrió el mayor crítico literario de la época, Charles Agustin de Sainte-Beuve, quien solo después de haber realizado su elección se dio cuenta de que la paseante era en realidad un travestido.

A la puesta del sol, Rémy de Gourmont caminaba por un jardín público llevando entre las manos un pedazo de papel. Una a una, las paseantes florecían de las sombras para mirar mejor, y después se echaban atrás. Un día, Apollinaire, que lo había seguido con suma discreción, pidió a las mujeres que le explicaran el porqué de aquella extraña escena. El trozo de papel, le explicaron, era un billete de cien francos que Gourmont mostraba en su vana tentativa de hacer olvidar la tremenda fealdad de su cara desfigurada por un lupus.

Una buena prostituta debía saber intuir la tensión sexual de un potencial cliente. En Viena, en 1928, Henry Miller no consiguió sustraerse al acoso de una atractiva paseante. Pensó poder librarse de ella invitándola a beber algo en el hotel más lujoso de la ciudad. Charlaron durante largo tiempo; pero, cuando él pretendió excusarse alegando su impotencia, la mujer «lo masajeó hábilmente y con total discreción», por debajo la mesa; después, con una temeridad que le aterrorizó, le abrió los pantalones. Cuando, todavía asustado, llegó el momento de despedirla, le pagó; pero entonces ella le dijo: «La próxima vez que nos encontremos no te librarás tan fácilmente.» Un abrazo y un beso apasionado firmaron el adiós.

Como ya observó en su momento Walter Benjamin, existe una estrecha relación entre la prostituta y la ciudad. «París», destacaba Henry Miller, «es como una puta. De lejos parece encantadora, no ves el momento de cogerla entre tus brazos. Y cinco minutos después te sientes vacío, asqueado de ti mismo». David Lodge, por su parte, se quedó impresionado de la geométrica disposición que observaban en las esquinas de las calles las paseantes de Zúrich, «lindas e inmaculadas», como su patria. Céline, fijándose en dos paseantes a la espera en la esquina de una calle cercana a la plaza Clichy, apuntó: «Ocupan esas tan cansadas horas que separan el final del día con las primeras luces de la mañana. Gracias a ellas la vida continúa entre las sombras.»

Notas al pie

* Remitimos al lector a la N. del T. a comienzos del capítulo III (vid. supra), para una precisión sobre el uso de este término.

Esa clásica estampa de la mujer semidesnuda que se contempla maliciosamente en el espejo es una imagen recurrente en las sugerentes fotografías tomadas en los prostíbulos. Pero el espejo más intrigante de esta imagen, que aparece y vuelve a aparecer en las vidas y obras de tantos artistas, lo constituyen las palabras con las que se nos «cuenta» de ellas. El personaje de la prostituta, apenas presente en los diarios o en las memorias, asume en las obras literarias una complejidad mucho mayor. A través de su figura se filtra un discurso complejo y contradictorio sobre el amor meramente físico, sobre su posibilidad y su salubridad, sobre la redención y el pecado. Un discurso que traspasa las declaraciones explícitas de los autores, entre quienes un católico declarado como Graham Greene se revela más libre de prejuicios que otros tantos que, aun situados lejos de la religiosidad, no consiguen superar el sentimiento de pecado y degradación que históricamente viene ligado a la prostitución.

Incluso quien parece no pensar en ello, cuando describe a una prostituta deja al descubierto su opinión. ¿Estamos ante un ser redimible o no?, ¿vende su cuerpo por naturaleza o como consecuencia de una serie de circunstancias desafortunadas?, ¿toda mujer tiene oculto en lo más recóndito de sí algo de prostituta y, por tanto, puede acabar siéndolo? Pero entonces, ¿toda prostituta conserva, en el fondo de su degradación, el germen de una redención posible?

Quien la ve como un ser predestinado por su carácter ha de escoger entre dos modelos: ese seductor y peligroso de la sirena capaz de devorar a quien cede a su encanto; o ese otro, bondadoso y alegre de la meretriz por naturaleza, una suerte de gran muñeca, amoral pero generosa, lista para ceder a cualquier pulsión.

XI

Libertinaje

Irónico y desencantado, entregado a todos los placeres, el siglo XVIII no parece tener una imagen trágica del oficio más viejo del mundo.

Nacida en una cárcel de madre presa, Moll –Daniel Defoe, Moll Flanders, 1722– vive primero con unos gitanos para luego acabar en un orfanato. Posteriormente acogida y educada por una señora, seduce a sus dos hijos, al mayor voluntariamente y al menor sin querer hacerlo. Un rico matrimonio supone un oasis en su turbulenta carrera. Al quedar viuda, Moll pierde también sus bienes. Al primer marido le sustituye un segundo, quien, al igual que Flanders, descubre demasiado tarde que son hijos de la misma madre. Se suceden una tras otra una serie de aventuras que llevan a la bellísima, inteligente y sensual Moll a hacerse ladrona, prostituta y a acabar en prisión. Aun así el final es feliz.

Huérfana a los quince años, Fanny Hill –John Cleland, Fanny Hill, 1748-49– es una sencilla chica del campo, pero, encandilada por la elegancia de otra muchacha de su misma edad que se ha marchado a vivir a Londres, la sigue a la metrópolis. Su indudable belleza –«mis senos, si no es presuntuoso llamar así a dos pequeñas colinas duras, firmes, erguidas»–, y también su buena disposición, le abren de par en par las puertas del mundo de la prostitución. Fanny ama el placer, goza con el sexo. Comienza con unas relaciones sáficas, después pasa por una variada serie de experiencias. La más extraña es la que consuma con un cliente que se excita pasándole las manos entre los cabellos y mordiéndole los dedos. Cuando a los dieciocho años, y tras una fulgurante carrera, dirige personalmente un burdel, encuentra por casualidad a su primer amor, a quien creía desaparecido, y se casa con él.

Seducida por su confesor, la deliciosa Paquette –Voltaire, Cándido, 1759– es

expulsada por su señor, lo que le obliga a practicar «un oficio atroz, que a vosotros, hombres, os resulta placentero y para nosotras es solo un abismo de miserias». Su perspectiva de futuro no es otra que una horrible vejez en un no menos terrible asilo. De baja estatura, morena y dócil, le explica a Cándido, se ve condenada a contentar a los hombres más repugnantes y a sufrir el robo y la explotación. Cuando Cándido, impresionado por su historia, le pregunta cómo es posible que parezca tan feliz del brazo de su amante, un fraile teatino, le responde que se trata solo de una farsa, la de hacerse pasar por virgen para así seducir a un posible cliente.

Bien educada, distinguida y «hermosa como un ángel», Mademoiselle d'Aisnon –Denis Diderot, Jacques el fatalista, 1765- 78– es hija de una aristócrata de provincias arruinada por un pleito y obligada para mantenerse a dirigir un burdel. Desgraciadamente, la muchacha, a pesar de su innegable belleza, no tiene un carácter libertino y no sabe cómo excitar a los depravados que compran sus favores. La tristeza de esta prostituta involuntaria, que pasa todo el día despotricando contra su profesión, no consigue sino alejar a los clientes.

La situación da un inesperado vuelco gracias a Madame de La Pommeraye, una bella viuda que la usa para vengarse del marqués de Arcis, quien, después de haberle jurado amor eterno, se ha cansado de ella. Por orden de aquella, Mademoiselle d'Aisnon y su madre se trasladan a un modesto piso, donde llevan una vida muy retirada.

En un encuentro aparentemente casual con el marqués, Mademoiselle d'Aisnon se muestra de natural púdico y religioso, mientras la madre hace discreta referencia a las desgracias que las han empobrecido. Madame de La Pommeraye, por su parte, exalta las virtudes de la muchacha ante el ignorante Arcis, quien confiesa sentirse atraído por su «cabeza de virgen de Rafael» y la dulzura de su voz. La fascinación que ejerce la prostituta se conjuga con las dificultades que hábilmente interpone la marquesa para enamorar al marqués. «Esa criatura angelical me obsesiona», confiesa a su examante, quien obliga a las d'Ainson incluso a rechazar una considerable renta, ofrecida por el marqués a cambio de sus favores, todo ello con el fin de inducir a este al matrimonio. Ante tal situación, el pretendiente, después de haber intentado en vano olvidar a la amada, se decide poner fin a su carrera de libertino casándose con ella.

Al día siguiente de la boda, Madame de La Pommeraye revela al amante el pasado de su esposa, quien, atormentada por los remordimientos, invoca piedad no para sí, sino para su madre. Mientras el marqués, furibundo, se aleja, las dos mujeres discuten. La joven querría desaparecer, pero la anciana la obliga a quedarse. Al volver el marido, se arrastra temblorosa hasta sus pies pidiendo un castigo. Pero añade: «Tantas chicas honradas acaban siendo deshonestas que quizá yo sea el ejemplo contrario… no creáis que soy malvada… ¡Ay, si pudieseis leer en el fondo de mi corazón y ver hasta qué punto los errores del pasado me son ajenos! La corrupción me ha tocado, pero no me ha penetrado.» En ese instante el marqués, impresionado por la sinceridad de su sufrimiento, la perdona e inicia con ella una nueva y feliz existencia.

Bella y sin prejuicios, al contrario que su hermana, la pobre Justine, Juliette recibe de una abadesa con mucha vida a sus espaldas una enseñanza cargada de consecuencias: «Usad los poderes que os ha dado la naturaleza. Ella os manda solo que despreciéis las buenas costumbres y os prostituyáis a vuestro antojo. Vuestro cuerpo es el templo donde quiere ser adorada, y no el altar sobre el que un estúpido cura acaba de berrear su misa» –Donatien Alphonse François de Sade, Historia de Julieta o las prosperidades del vicio, 1801–. Esas prostitutas que deambulan por las calles son «criaturas divinas que satisfacen en las esquinas de las calles la sucia lascivia del primero que pasa». En el burdel, Juliette puede observar desde una tronera invisible a quince prostitutas a la espera de clientes. Entre ellas hay una duquesa a la que su marido no presta demasiada atención, una esposa enamorada de su marido, pero obligada a prostituirse dado su temperamento en exceso fogoso, una mujer que quiere hacer sufrir a su esposo, etc. Convencida definitivamente, gracias a aquellos ejemplos, Juliette se compromete con la dueña a venderse «por interés y por libertinaje» a cambio de una cifra adecuada. Estamos ante el inicio de una afortunada carrera.

XII

Romanticismo

La burguesía, nueva clase social que domina el siglo XIX, al proponerse imponer en la vida cotidiana la austeridad de una moral pública,muy diferente de la real, dramatiza el papel de la prostituta, en tanto enemiga de un pilar fundamental de la sociedad: el matrimonio.

La Ninetta del Verziere –Carlo Porta, La Nineta del Verzee, 1814– dialoga con un cliente sobre este mundo miserable en el que le ha tocado vivir; sobre su protector, alto y delgado, con el que está desde hace veinte años. Evoca la alegre insaciabilidad de su tía, vendedora de pescado, capaz de dejar sin fuerzas a dieciocho hombres al mismo tiempo prácticamente sin inmutarse. Y habla de su amor por el hijo del amante de su tía, Pepp, con quien tuvo, llora de la emoción al recordarlo, sus primeras experiencias sexuales. Cuando a la muerte de su pariente hereda el puesto en el mercado todos pretenden casarse con ella, que se resiste fiel a su primer amor. Pero, desgraciadamente, los vicios del jovencito, la bebida y el juego, la dejan sin nada. Para sobrevivir se lanza a la calle, pero su amante sigue apropiándose de todo cuanto gana. Furioso porque rechaza ser sodomizada por él, Pepp se venga haciendo correr la voz de que ella padece una horrible enfermedad venérea.

Beth y Nancy –Charles Dickens, Oliver Twist, 1837-39– son dos jovencísimas paseantes, algo descuidadas en su aspecto, de hermosos cabellos un poco despeinados: «Quizá no eran exactamente hermosas, pero tenían un bello color de cara y un aspecto fuerte y sano.» Camarera de día y prostituta de noche, Nancy tiene un gran encanto y no se deja intimidar por el perverso canalla con el que vive. Por ello no duda en intervenir a favor del pequeño Oliver, injustamente acusado de robo, y en intentar protegerlo de los manejos del hombre que la tiene obligada a robar desde la infancia. Ha sido él quien, acusa, la ha obligado a hacer la calle. «Las calles frías, húmedas y fangosas son mi casa, y vos sois el despreciable ser que me ha arrojado a ellas hace mucho tiempo y que en ellas me

obligará a permanecer, de la mañana a la noche, hasta el final.» Cuando Nancy, movida por un deseo de redención, intenta una vez más ayudar a Oliver, es castigada con la muerte.

Un mechón de negrísimo cabello, peinado con trenzas recogidas en la nuca, se escapa de un peine de oro. Marie, vestida de blanco, recibe sonriendo a un jovencito –Gustave Flaubert, Noviembre, 1842–. De su cuerpo abandonado al vicio emana un perfume delicioso. Es tarea imposible resistir la mirada ardiente de sus grandes ojos. Su perfil tiene la perfección de los antiguos camafeos, sobre todo en su nariz curvada. La inmensa melena negra, liberada del peine, cae sobre el invitado incitándolo a una pasión sensual.

Por la noche el cliente cubre con los pétalos de un ramo de violetas marchitas el cuerpo desnudo de la prostituta, que yace, despreocupada, mostrando las arrugas esculpidas por tantas y tantas experiencias. Pero su ardor atemoriza al joven, que se aleja para tomar aliento. A su vuelta ya no encontrará a Marie, a la que continuará buscando durante el resto de su vida.

Fantine no tiene siquiera apellido, no se sabe quién es su padre –Victor Hugo, Los miserables, 1862–. Llegada a París a los quince años, «permaneció pura durante todo el tiempo que le fue posible». A menudo, su hermoso cabello rubio se escapa del tocado para deslizarse sobre un rostro virginal. Sus largas pestañas siempre están listas para dejarse caer sobre unos ojos azul oscuro apenas siente algo que la turba. Dotada de una elegancia natural, no es consciente de su belleza; pero «sus labios color de rosa balbuceaban de un modo encantador» y su discreción y su pudor se convertían en un atractivo más. Se enamora de un poco conveniente vividor treintañero, quien la seduce y le da una hija antes de desaparecer. Desde entonces vive solo para su hija. La confía a una sospechosa pareja y para mantenerla vende primero su pelo y después sus incisivos a un dentista. Despedida de la fábrica en la que trabaja cae en la miseria más absoluta; buscando el sustento para su hija no tiene otra salida que la prostitución. Injustamente encarcelada, enferma y muere.





NOUVELLE LISTE

DES PLUS JOLIES

FEMMES PUBLIQUES

DE PARIS;

Leurs demeures, qualités et savoir faire;

DÉDIÉE AUX AMATEURS,

Par un connoisseur juré de l'académie des f***

A PARIS

AN IX. — (1801.)

RÉCLAMATION

DES

COURTISANES PARISIENNES

ADRESSÉE

A L'ASSEMBLÉE NATIONALE;

Concernant l'abolition des Titres déshonorans, tels que ***Garces***, ***Putains***, *Toupies*, ***Maquerelles***, *etc. etc. etc.*

La prostitución en la época de la Revolución Francesa: los soportales del Palais Royal.

Redada en La Roule, famosísima casa de placer parisina.

Catálogo de prostitutas: para los más fieles al placer.

Manifiesto de protesta de las cortesanas parisinas dirigido a la Asamblea Nacional.





Mata Hari vestida para la actuación. En momentos de penuria, la célebre bailarina no dudaba en prostituirse, siempre a cambio de un precio a su altura, en las casas de citas.

Las tarifas de Sarah Bernhardt eran muy elevadas: una «adoración» privada costaba desde los mil a mil quinientos francos. Además, la más grande de las actrices de la época sostenía que el amor se reduce «a un golpe de riñones y a un golpe de olvido».



En esta famosa foto con Man Ray, Kiki de Montparnasse se divierte posando como si fuera una prostituta de Villafranche. Antes de convertirse en icono de los años locos del París artista, no tuvo más remedio, para huir del hambre, que mostrar su seno desnudo por unos pocos francos. Pero siguió haciéndolo, como una desenfadada pícara, dispuesta a levantar su camisa o la falda a los presentes, al tiempo que decía: «¡Esto os va a costar un par de francos!»





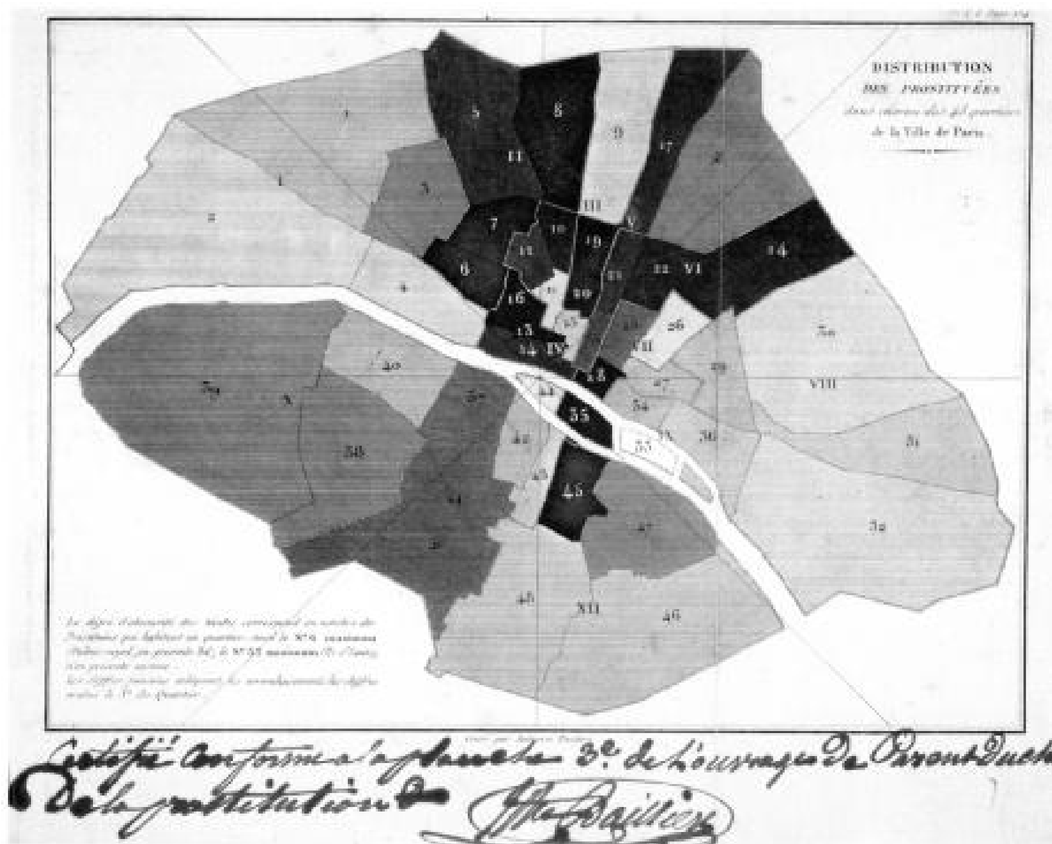

Postales de jovencitas posando artísticamente, anteriores al siglo veinte.


Corona
145






117





· ALLA CASA DEL PIACERE ·
SORA GEMMA

1932 | XV E.F.

ALLA BUONA	Lire 1,10
DOPPIETTA	£. 2
MEZZA ORA	£. 4,50
ORA INTERA	£. 6,30

Acqua e asciugamano di tela compreso

Saponetta normale - centesimi 5
Acqua di Colonia - centesimi 25

AGEVOLAZIONI PER IL GIOVANOTTO DI PRIMO PELO!

PREZZARIO
DELLA RINOMATA CASA DEL PIACERE

LO SCONTO SI FA SOLO AI GIOVANOTTI MILITARI

APPUNTAMENTO NORMALE	Lire 1,30
DOPPIO	£. 2,50
15 MINUTI	£. 3,05
MEZZ'ORA	£. 4,50
1 ORA	£. 7
DUE ORE	£. 10

LA CASA OFFRE SAPONETTA E ASCIUGAMANI

GIUGNO 1932 - XV E.F.

Distribución de las prostitutas en los 48 distritos de París. El número 6 se refiere al Palais Royal, donde se registraba la mayor concentración.

Cuadro de habitaciones libres y ocupadas.

Catálogo de servicios y precios de «casas de placer», 1932.




AURANT
MARCEL
RESTAU

Prostitutas y militares (hacia 1919).

Fachada del Sphinx, célebre burdel parisino.







Decorado en una versión art-déco del estilo egipcio, el Sphinx fue el más renombrado y sofisticado prostíbulo de París en el período de entreguerras, frecuentado por todas las celebridades de la capital.







Pareja en una casa de tolerancia (hacia 1925).




TARIFFA
L. 200=

Prostitutas y clientes se entretienen en el bar de una maison close, Francia (1930).

Recepción de una casa de citas.




1 ora L. 350
Cabine L. 75

Tras el servicio, una prostituta de un burdel romano de los cuarenta recibe de la madame el vale por el importe de su trabajo.

Cabina para voyeur ocupada por un cliente, Milán (1947).


USCITA



El pago a la salida, Milán (1947).

La policía irrumpe en un prostíbulo de Roma (1949).






Mon MOREAU
L'ACCÉS
DE cet Établissement
EST INTERDIT
a la
Clientèle Féminime

Marthe Richard, promotora en Francia del cierre gubernamental de los burdeles, sucedido en 1946 gracias a la ley que llevaba su nombre.

Lina Merlin, senadora socialista que promovió las leyes de abolición de los prostíbulos en Italia (1958).

Cartel que prohíbe la entrada a mujeres en un bar del París de los cincuenta.





Mujer de la calle a la espera junto a una farola.

Prostitutas dan conversación a un posible cliente en las afueras de Roma.


ALBERGO



Prostitutas ambulantes esperando a las puertas de un hotel en la via Castaldi, Milán (1964).

Unas pocas palabras y el negocio se cierra.

La popularidad de Los miserables fue inmensa. A la muerte de Victor Hugo, bien conocido por sus correrías sexuales, la multitud de prostitutas que habían adoptado como nombre de batalla el de la heroína de la novela, Fantine, llevaban en la ingle una cinta negra, y en ella escrito: «Vagina de luto.»

«Su cara emanaba ingenuidad, bondad, y al mismo tiempo una seriedad extraña… Esa expresión no debía beneficiarle mucho en la casa» de tolerancia donde Liza trabaja –Fiodor Dostoievski, Memorias del subsuelo, 1864–. Un joven fracasado y borracho hace creer a una pequeña prostituta que es un benefactor que quiere llevársela consigo. Liza, tras muchas vacilaciones, se decide a visitarlo; pero el hombre, «estúpido» y «confuso», la desilusiona bruscamente y la viola. Cuando acaba e intenta pagarle, la chica rechaza esa última humillación y se marcha sollozando.

Una paseante de veinticuatro años, Laurence –Émile Zola, La confesión de Claude, 1865–, es la única amistad de Claude, un solitario aspirante a escritor. Claude, aunque no la encuentra atractiva, la ayuda cuando sufre un ataque de nervios. Pero, durante la noche, un movimiento inconsciente de la chica le deja al descubierto un seno y Claude, a pesar de la repugnancia que siente por las mujeres del oficio, queda fascinado por ella. A partir de aquí se desencadena una controvertida relación, que oscila entre la sensualidad y el sentimiento, pero que se ve continuamente torturada por el sentimiento de culpa. «Amo a Laurence y exijo a mi corazón que me explique el porqué.» Cuando ella le pide que se le una, el joven, a pesar de sus dudas, acepta, con la esperanza de redimirla. Un sueño destinado a un rápido desvanecimiento, ya que Laurence no sabe amar y

ella sufre la influencia de una proxeneta que la empuja a traicionarlo con su amigo, poniendo con ello fin al intento.

Sonia –Fiodor Dostoievski, Crimen y castigo, 1866–, con esa carita amarillenta, delgada, angulosa e irregular, sus ojos azules mansos, que se animan solo cuando se trata de combatir el mal, no tiene nada de paseante. Se ha echado a la calle solo para socorrer a su familia, caída en la miseria. Tranquila y muy religiosa, es indulgente con los demás y severa consigo misma. «¡Dios no lo permitirá!», exclama siempre que algo terrible se cierne sobre las personas que ama.

Es ella quien redimirá a Raskolnikov, quien, convencido de ser un «superhombre», comete un doble homicidio. Este individuo, profundamente solo, se enamora de su pureza. Pero algo inconfesable, un vínculo violento y secreto, une al homicida con la mujer que ha sacrificado su vida por los demás: «Te has asesinado a ti misma, has destruido una vida… la tuya, pero es lo mismo.» Convencido por las lágrimas y las oraciones de su amada, quien lo seguirá hasta Siberia, Raskolnikov confiesa sus culpas y se convierte.

Una mujer pasa una y otra vez, contoneándose, ante un elegante café de París –Jules Amédée Barbey d'Aurevilly, Las diabólicas, 1874–. Camina orgullosa balanceándose, haciendo crujir con desafío los elegantes pliegues de su fastuoso vestido de raso color azafrán. Un suntuoso chal turco pone de relieve su vida refinada y la fortaleza de sus caderas. Desciende por su espalda la pluma rosada de un imponente sombrero de pésimo gusto. Mira con descaro al hombre que la ha seguido, deslumbrado por el bronce dorado de su cutis. Habla con la voz ronca propia de las prostitutas de la calle; lo conduce hasta un inquietante edificio en penumbra. En el segundo piso dos valiosos candelabros llenos de velas, un lujo desacostumbrado en esos ambientes, iluminan la puerta.

En el interior, un juego de espejos se prepara para reflejar los juegos sexuales, mientras muy diversos perfumes endulzan irresistiblemente el ambiente. Por una puerta entornada se entrevé el baño, «la misteriosa sacristía de estas sacerdotisas». Parece una versión fastuosa de la estancia habitual de una prostituta; no obstante, hay una extraña contradicción entre ese cuerpo voluptuoso y el aire orgulloso de sus rasgos, confirmada por la curva despreciativa que trazan sus labios.

Durante sus relaciones, en las que demuestra un ardor desacostumbrado, la mujer mira de vez en cuando el retrato de un medallón. Es el rostro de su marido, un duque español que, tras haber sorprendido a su mujer con un amante, hizo asesinar a su rival ante su infiel mujer, para después arrojar su corazón a los perros. Es la venganza lo que hace que la duquesa decida, en vez de asesinarlo a él también, hacerle daño en su punto más débil, el honor. Antes o después, explica, estallará el escándalo y todos sabrán de la deshonra de la mujer de un grande de España. Por esta razón rechaza cualquier suma superior a la tarifa de las paseantes más miserables. Algunos meses después muere de sífilis, dejando todas sus pertenencias a las compañeras de hospital.

Por mucho que beba para no ser consciente de ello, Marta no consigue habituarse al «odioso oficio» que la obliga, desde las ocho de la tarde hasta las tres de la mañana, a fingir alegría y a contentar a los clientes más despreciables –Joris-Karl Huysmans, Marta, historia de una prostituta, 1876–. Esa «espléndida rosa» sigue detestando «la abominable vida» del burdel, una jaula que no permite «la repugnancia o el cansancio». Con la mirada perdida se fija en las paredes tapizadas de raso rojo, en la cantidad de candelabros encendidos. No se reconoce en la imagen impúdica que refleja un espejo. Observa con estupor sus brazos empolvados, su cara maquillada, sus labios rojo sangre y su pecho al aire. Pero lo que la hace ruborizarse es la extraña expresión, infantil y lasciva, de su mirada. No obstante, ni siquiera fuera del prostíbulo Marta conseguirá huir de su destino.

«A pesar de la castidad del libro», Huysmans prefirió evitar los rigores de la censura, haciendo que se publicara en Bruselas. En cualquier caso, cuando decidió introducir unos cientos de ejemplares en París los aduaneros los confiscaron.

Hija de una colérica comadrona siempre dispuesta a pegarle, Elisa, seducida por un desconocido, se refugia en un prostíbulo –Edmond de Goncourt, Elisa la prostituta, 1877–. Pero en el fondo, explica Gouncourt, los verdaderos motivos de la fuga son su gran pereza y el fastidio que le causan las labores domésticas. Ciertamente, Elisa no es una chica sensual o una amante de las orgías pero, a fin de cuentas, la obesa propietaria es mejor que su madre. Sus rústicas colegas

conservan todavía un cierto sabor a campo o a la fábrica donde han estado trabajando: vestidas con una falda negra y una ligera camisa blanca, sus pies desnudos en las zapatillas, no demuestran la más mínima coquetería, el más ínfimo deseo de «impresionar, de provocar un deseo». «Ninguna atmósfera voluptuosa, ningún efluvio amoroso rodeaba a aquellos cuerpos sin gracia, a aquellos gestos desmañados.» Cuando desfilan en el salón ante los ojos de los parroquianos asemejan un rebaño tímido e inquietante.

Entre aquellas cuatro paredes, solo Elisa posee un toque de feminidad parisina. Elegante, con un porte agraciado, tiene las manos bien moldeadas y los pies menudos. Capaz de conversar con los clientes, jamás se muestra sumisa; por el contrario, reacciona a las groserías con una «independencia altiva y provocadora». Muy pronto su fama y su capacidad de escribir la han hecho destacar a los ojos de sus amos. Después, el hijo de la propietaria se enamora de ella, haciendo que le lleven a la mesa los mismos exquisitos alimentos reservados a la familia. Odiada por sus envidiosas compañeras, Elisa se refugia en la lectura, una costumbre que la separa cada vez más de su oficio. Los hombres se quejan de su distraída desatención. Cansada de aquel burdel y llena de fantasías románticas, Elisa sigue en sus viajes a un vendedor de quien cree firmemente estar enamorada. Por él continúa prostituyéndose. Es un paso más en una caída que la llevará incluso a asesinar a un soldado de quien ha quedado prendada y, finalmente, a pasar sus últimos días en la cárcel.

Dos burgueses de provincias en viaje de novios a la capital acaban en un peculiar hotel –Guy de Maupassant, El pétalo de rosa. Casa turca, comedia de un solo acto, 1877– lleno de muchachas muy ligeras de ropa. Les engaña un pérfido propietario, que las presenta como el harén del embajador de Turquía, cosa que les ayuda a interpretar como normales ciertas escenas a las que asisten. Se sucede una orgía tras otra, en las que los reacios provincianos se ven envueltos.

Al inicio de la representación, el propio Maupassant, como el resto de sus amigos actores, estaba travestido de mujer y tenía una enorme vulva abierta pintada sobre sus calzas. Los actores copiaban con desenvoltura los ejercicios eróticos, pero las piezas fuertes eran, en el comienzo, la de un seminarista concentrado en lavar unos preservativos, y, más adelante, un obsceno baile de danzarinas turcas en torno a un monumental falo, que culminaba con una masturbación colectiva. Incluso las prostitutas presentes entre el público

quedaban impresionadas por la obra, muy apreciada, por otra parte, por Flaubert.

Nana posee una magnífica belleza, enmarcada por sus largos cabellos rubios, realzada por unos enormes ojos azules, pero su inocencia se ve desmentida por la cruel sonrisa de su pequeña boca roja. Incapaz de amar a nadie, antes de convertirse en una famosa prostituta –Émile Zola, Nana, 1789–, había sido una entre las muchas paseantes que sobre las nueve bajaban al bulevar. Llegadas a su destino, se arreglaban los vestidos y recorrían la acera aminorando el paso conforme se acercaban a los cafés de lujo. Dispuestas a soltar una risotada seductora o a lanzar una profunda mirada cautivadora a quienes pasaban, se sentían allí como en su casa. El contraste entre la blancura de los rasgos maquillados, el rojo de los labios y el negro de los párpados, tenía toda la fascinación de un Oriente a bajo precio. Su buen humor se marchitaba con el paso del tiempo, cuando ni siquiera la hora de salida de los teatros les traía clientes. Entonces, irritadas por su fracaso, se dirigían a las calles de peor fama de Montmartre, donde los tratos se hacían en público, para luego acabar, agotadas, volviendo a casa.

A Nana, todavía llena de prejuicios, le sorprende la vida disipada de los burgueses y se pregunta ingenuamente si aún existe la virtud. Pero la relativa calma de su vida se verá en numerosas ocasiones turbada por las brutales redadas de la policía y el espectro de Saint-Lazare, la cárcel donde sus compañeras estaban antes o después destinadas a acabar.

Pequeña, gruesa, redonda –Guy de Maupassant, Bola de sebo, 1880–, con un pecho enorme y los dedos como salchichas, a esta prostituta le apodan Bola de Sebo en homenaje a sus generosas proporciones. Joven y atractiva, mira a sus compañeros con dos enormes ojos negros. La diligencia en la que viaja está repleta de personas «decentes» en fuga ante el avance del ejército prusiano. Aislada pronto por los demás, les mira de un modo tan provocativo que les hace bajar la cabeza. Sin embargo, cuando se empieza a sentir el hambre, los pasajeros no consiguen evitar fijarse en aquella incómoda compañera de viaje que, con su deliciosa, pequeña boca, perfecta para los besos, está devorando su bien provisto avituallamiento. Cuando, con humilde y dulce voz, les ofrece a los demás, aquellos que antes la miraban con desprecio ahora se aprovechan

hipócritamente de su comida. Durante una parada, un oficial prusiano amenaza con interrumpir el reparto si la muchacha no se acuesta con él, pero ella le responde con desdén: «No, hay momentos en los que esas cosas no se hacen; y, además, después resultaría embarazoso.» Y es entonces cuando los demás le ruegan que acepte el intercambio. Cuando Bola de Sebo, tras haberse sacrificado por el bien común, reaparece toda avergonzada. Ahora todos la ignoran asqueados. Al reanudarse el viaje, no se imaginan compartiendo la comida con ella. La muchacha desearía insultarlos, pero está tan enojada que no consigue ni hablar y, tras haber intentado en vano reprimirse, estalla en un llanto incontenible. «Miradla», comenta una de las damas, «llora de vergüenza».

Alta, pálida y carnosa, Madame Tellier es la sensata propietaria de un prostíbulo reservado a los burgueses de un pequeño pueblo –Guy de Maupassant, Casa Tellier, 1881–. Rafaela, una marsellesa delgada de pelo negro y nariz aguileña sobre una boca en la que destacan dos dientes nuevos de una inusitada blancura, personifica a la Bella Judía. Rosa la Roja, un cuerpo redondo sobre dos piernecitas minúsculas, parlotea o canta todo el día con voz ronca y deja de hablar solo para comer o para reír sonoramente con una cascada de gritos agudos. Luisa lleva siempre un fajín tricolor, como la Libertad, mientras Flora, conocida como la Columpio, porque cojea un poco, va vestida de española con pequeñas chapas de latón entre su cabello rojo zanahoria. Solo la sensatez de la dueña asegura que la paz reine entre ellas.

«El salón Júpiter, donde se reunían los burgueses del lugar, estaba tapizado de papel azul y adornado con un gran dibujo que representaba a Leda cubierta por un cisne… Madame había sabido dar a la casa un cierto aire de dignidad y era amable y educada con todos… Los clientes, que solían encontrarse mientras andaban por la localidad arreglando sus asuntos, se decían: ‘Esta noche donde siempre’, como quien hubiera dicho: ‘Nos vemos en el café, después de la cena.’»

Un placer suspendido para celebrar en un pueblecito la primera comunión de la sobrina de la dueña del local. Las chicas, que acompañan a Madame Tellier a la ceremonia, se conmueven y piensan en su pasado. Y los campesinos del lugar, convencidos de estar ante auténticas señoras, las tratan con todos los honores.

El leve ruido de una falda al plagarse anuncia la entrada en el café de una mujer –Joris-Karl Huysemans, A la deriva, 1882– que, a pesar de las muchas mesas libres, se dirige a sentarse junto al neurótico Folantin. «Parecía un pequeño simio, una margarita arrugada; la boca un poco larga bajo una nariz respingona, algo de vello sobre los labios.» Poco a poco su voz dulcísima desarma la huraña timidez del joven soltero. Después dice abiertamente: «Con este tiempo que hace es mejor no irse solo a la cama.» El hombre se resiste, declarando haber alcanzado la paz de los sentidos; pero el perfume que emana de su pequeño cuerpo lo aturde. Paga las dos consumiciones y está a punto de marcharse cuando la paseante lo toma del brazo: «¿Me lleva, señor?» Viendo su renuencia lo besa ante todos los que pasan y, aprovechándose de su confusión, lo lleva hasta su cuarto frío, pobre y desordenado. Una vez allí, tras una breve negociación, logra romper la sensualidad dormida del cliente, quien pierde la cabeza y se arroja sobre ella. Al cabo de un rato, viendo que pasa el tiempo, añade: «No te preocupes por mí… piensa en ti.»

Los ojos de Rachel –Guy de Maupassant, Mademoiselle Fifí, 1882–, una joven prostituta judía que ha sido requerida por los prusianos que ocupan un castillo francés para correrse una juerga, son negros como una mancha de tinta. Lozana y provocativa, como sus compañeras, se sienta en la misma mesa donde los invasores han preparado una elegante cena. El débil, afeminado y cruel marqués que le ha tocado en suerte le arroja el humo en la garganta con la excusa de besarla. Rachel tose y tose hasta llorar, pero no reacciona, se limita a mirar fijamente al sádico con una mirada llena de ira.

Inmediatamente, el marqués comienza a apretarla, a pellizcarla y a darle besos hasta sofocarla. Un instante después la muerde hasta el punto de hacer que la sangre se deslice por el corsé. La prostituta, mirándolo fijamente, comenta con frialdad: «Estas son cosas que se pagan.» «Pagaré.»

Pero en cuanto el oficial le coloca sobre sus rizos negros una copa de champagne y lanza un provocativo brindis («¡A nosotros todas la francesas!»), Rachel reacciona haciendo caer el vaso y, con una voz sofocada por la cólera, replica: «¡Eso no es cierto, no tendréis a las francesas!» A la réplica del hombre, responde: «¡Yo!, ¡yo! Yo no soy una mujer, soy una puta. Eso es lo que merecen los prusianos.» El hombre la abofetea; pero ella le hiere de muerte con un pequeño cuchillo de plata y huye por la ventana.

En las habitaciones rojas, amuebladas con camas, divanes y espejos, es la pacífica Madame Laure quien mantiene el orden. Mientras, Vanda, la Bella Judía –Joris-Karl Huysmans, Al revés, 1884–, imparte sabios consejos a un jovencito invitado por Des Esseintes al tiempo que deja vagar sus manos por el cuerpo del debutante. Su sincera sensualidad contrasta con las perversas intenciones del aristócrata decadente, quien quiere utilizarla para corromper al adolescente.

Madame Hettéma –Alphonse Daudet, Safo, 1884– es una exprostituta a la que quien habría de ser su futuro marido encontró en un prostíbulo. Sus compañeros de juerga habían obligado a ir a aquel tímido gigante a ese lugar para escoger una muchacha con la que perdiera su virginidad. Impresionado por el primer encuentro, el hombre vuelve más veces y finalmente se casa con ella por miedo a perderla. Siempre tranquila, Madame Hettéma tiene un aire materno, los ojos claros, una risa infantil y piensa solo en las delicias que preparar para su barbudo consorte.

Morena y bellísima, Juliette se gana la vida como prostituta en los bajos fondos de Nueva York –Octave Mirabeau, El Calvario, 1886–. El exceso de perfume contrarresta con la elegante sencillez de su vestuario. De vez en cuando se lleva a los labios, apena visibles bajo su velo, un pequeño pañuelo bordado. Hija de una madre libertina y de un médico alcohólico e incestuoso, es capaz de escribir con cierta elegancia y tiene incluso un criado. Ha leído y valorado positivamente el libro de su futura víctima, un escritor fracasado.

La aparente dulzura de sus ojos celeste claro se ve pronto desmentida por «una mezcla de inocencia y voluptuosidad, de astucia y estupidez, de bondad y maldad, que me desconcertaba». Su risa tiene un tono falso y su boca una expresión severa. Devorado por los celos y por su propia capacidad para rebelarse, Jean mata al perrito de su amada, en cuya sumisión no puede evitar reconocerse. Pero, en el fondo, lo sabe muy bien: un periodista como él, dispuesto a ensalzar o vituperar a cualquiera, se parece de modo inquietante a la meretriz que «ofrece su boca, su sexo y todo su cuerpo a los besos infames».

Véronique –Léon Bloy, Le désésperé, 1887– es una «espléndida paleta» de veinticinco años, aparentemente intacta tras diez años de prostitución. Esa «brava pelirroja que parecía llevar sobre la cabeza todos los incendios que provocaba en los riñones juveniles» es un típico personaje del bulevar Saint-Michel. Hija de prostituta y padre desconocido, fue violada a la edad de diez años. A los quince fue vendida por su madre y preparada para ejercer el oficio. A veces se convence de que ama locamente a alguien, o se ofrece a un vagabundo, pero la costumbre es que aquella «ávida guerrera» se dedique a depredar a los hombres. A pesar de todo, siempre está dispuesta a ayudar a sus colegas menos afortunadas o a invitar a cenar a algún mendigo.

Todo parece mediocre y vulgar a los ojos del estudiante arrastrado por los amigos al mundo de los burdeles –Anton Chejov, La crisis, 1889–. Para él ya no existe en ellos la más mínima huella de misterio, pecado o voluptuosidad. Le sorprende solo «el insoportable, quien sabe si consciente, mal gusto que se exhibía en los marcos, también presente en el polvo violeta difuminado apresuradamente sobre los rostros cansados e indiferentes de las muchachas. Por ello, pero también a causa del sentimiento de culpa que se cierne sobre él, intenta limitarse a conversar con una rubita vestida a la polaca. Pero cuando otra chica cercana se hace oír con una frase particularmente grosera se ve vencido por la repugnancia y la vergüenza. Una sensación que no hace sino aumentar de un prostíbulo a otro, ante aquella «torpe expresión de un tedio banal y de un escaso contento» de las mujeres. «Estúpidos ojos, vulgares, estúpidas voces, movimientos descarados y nada más.» El colmo parece llegar cuando un cliente violento es expulsado fuera y el estudiante, que se asoma a la habitación de la víctima, se da cuenta de que esta está borracha. Derrotado, sentencia: «Hay vicio, pero no conciencia de la culpa, ni esperanza de ninguna salvación.» Las prostitutas son solo «borregos, torpes e indiferentes».

Todo parece conjurarse contra la pobre Maggie, «flor nacida entre el fango» –Stephen Crane, Maggie, una chica de la calle, 1893– que intenta en vano huir de su destino, desde la hostilidad violenta de sus padres y su hermano o la de un supuesto admirador, cruel e inconstante, hasta la crítica de una mujer liberada, quien la tacha de «cosucha insignificante y apática», para después ensañarse más aún: «¿Te has dado cuenta alguna vez de la expresión con la que te mira? De ella

emana un olor de pan recién cocido, de virtud.» Rechazada por todos, se ve obligada a prostituirse y destinada a un final precoz. El único comentario de la madre a la noticia de su muerte es un sarcástico: «¡La perdonaré!»

Hace tiempo que la señora Warren dejó de dirigir un prostíbulo –George Bernard Shaw, La profesión de la señora Warren, 1893–, pero a la hora de contar su historia a su hija, crecida lejos de ella e ignorante de todo, su mente se ve asaltada por dudas y temores.

Nacida en una familia numerosa y pobre, vio a una de sus hermanas «honradas» morir envenenada por el plomo de la fábrica donde trabajaba, y a otra destrozada por un marido borracho. Exhausta tras una larga jornada de trabajo como camarera, recibe la visita de otra de sus hermanas, Lisetta, cubierta de pieles y con la cartera llena. «¿Qué haces aquí, tontina? ¡Estás arruinando tu salud y tu belleza en beneficio de otros!» Junto a ella, la señora Warren establece un burdel en Bruselas, una casa «sin lugar a dudas de primera categoría», salvándose así de una muerte precoz por agotamiento. «Dios sabe bien si este es o no un oficio que una mujer hace para divertirse, aunque muchos lo vean lleno de rosas.» Pero es la única solución para una muchacha en la mayor de las miserias, con tal de que sea sabia y no ceda a los caprichos. «El único modo en que una mujer puede mantenerse a sí misma decentemente es proporcionando placer a algún hombre generoso.» ¿Por qué avergonzarse –se pregunta– si el mundo no ha sido pensado para las mujeres?

Pero la hija, crecida en el bienestar gracias al inconfesable origen del dinero de la madre, la rechaza.

Virginie –François Coppée, Longues et brèves, 1893– es una joven menuda de dieciocho años de tez aceitunada. Contrariamente a muchas de sus colegas, no tiene nada de descarada y sus ojos siguen teniendo una mirada inocente. Huérfana de padre, un gendarme asesinado por los insurrectos de la Comuna, para vivir trabaja como obrera. Arrastrada por el ejemplo de sus compañeras, que se prostituyen ocasionalmente, tras haber pasado dos años con el mismo hombre que acaba abandonándola para casarse, comienza a prostituirse. La salva el encuentro casual con el hombre que mató a su padre y que, por justicia, decide

casarse con ella.

«He salido de la noche y volveré a ella, porque yo también soy una pequeña prostituta», sentencia la legendaria Monelle –Marcel Schwob, El libro de Monelle, 1894–. Las demás, explica, son unas diferente de las otras, dominadas por la libido o el egoísmo, por el orgullo o la crueldad. Todo desaparece, «porque todas las cosas huyen, pero Monelle es la más efímera de ellas».

Según Schwob, esas misericordiosas y pequeñas hadas aparecen solo en los momentos de auténtica desgracia del hombre, para después desaparecer, tras haberlos confortado. «Cuando nadie llora, no se atreven a mirar.» Solo debemos recordar el instante en que salen de las sombras para dar un «beso piadoso» bajo una farola. En ese momento son divinas. «Lo demás hay que olvidarlo.»

El escritor había dedicado Monelle a la heroica paseante de quince años que había salvado la vida a su coetáneo Quincey, extenuado por el ayuno. Durante una estancia en Londres, Schwob, impresionado por una delgadísima cantante de aire angelical, la esperó a la salida y le hizo enfadar comparándola con la salvadora de Quincey.

Florence, que acabó bajando a la acera tras una infancia incestuosa, tiene una limpia sonrisa de pícara y caderas estrechas propias de un garçonne –Joris Karl Huysmans, En camino, 1895–. Un sentimiento mezcla de atracción y repugnancia ha unido al convertido Durtal con la prostituta. «La dejaba, enfadado con ella y también con él. Se juraba no volver jamás, pero siempre lo hacía, al darse cuenta de que después de ella todas las demás resultarían aburridas.» Por ello, el recuerdo de los placeres saboreados sigue obsesionándolo incluso lejos de ella. Para no ceder a la tentación y disminuir su sentimiento de culpa, Durtal se dirige a otra prostituta, con el único resultado de poner aún de mayor relieve «la excelencia del vicio» de Florence. «Ninguna sabría hacer inmundicias tan deliciosas.»

La fascinación depravada de las prostitutas –Marcel Proust, El indiferente, 1896– acaba con el amor entre una bellísima dama de la alta sociedad y un

hombre poco expresivo que ama locamente «a las mujeres innobles que se amontonan en el fango», hasta el punto de pasar la noche en los barrios de mala reputación, corriendo el riesgo de ser agredido. «Su padre ya era así», lo excusan los amigos, evitando un juicio moral con el argumento de la herencia, tópico predilecto de la filosofía positivista de la época.

Katiuska –Leon Tolstoi, Resurección, 1899– es de mediana estatura, tiene cabellos negros ondulados, el pecho abundante, las manos pequeñas y largas y la piel blanca, dominada por la luz de unos ojos negrísimos levemente bizcos. Huérfana de madre, es seducida a los dieciocho años por un príncipe, sobrino de unas damas solteras que la han tomado a su servicio. Con la vergüenza de haberse quedado embarazada se hace despedir. Es el inicio de una cadena de abusos, despidos, abandonos, que culmina en un estupro que le empuja a la prostitución y al alcoholismo. Una hábil celestina la convence para entrar en un prostíbulo con el espejismo de poder disfrutar de todos los vestidos que deseara. Tras un largo sueño reparador de la fatigosa vida nocturna, Katiuska se asea para los clientes que están al llegar. Escoge el vestido apropiado, estudia sus posturas frente al espejo y come golosinas. Cuando se presenta, deslumbra a los que allí la contemplan con un vestido de seda clara «que deja entrever su cuerpo». Es el comienzo de un día de bailes, vino y humo, mientras se suceden los hombres de toda edad y profesión.

Erróneamente acusada de haber intentado envenenar a un cliente borracho que la maltrataba, Katiuska debe presentarse ante el juez. Pero entre los miembros del jurado se encuentra aquel príncipe que a pesar de su resistencia la sedujo siete años atrás. Cuando la reconoce, estupefacto, el hombre recuerda su idilio, el entusiasmo de la muchacha por los libros de Turgenev y Dostoievski que le daba a leer, y decide seguirla hasta Siberia para intentar reparar el daño infringido. Sin embargo, allí, Katiuska rechaza su propuesta de matrimonio prefiriendo a otro pretendiente que la ha elegido y en este caso no para saldar cuentas morales, sino por amor.

XIII

Humanización

El siglo veinte es la época de la humanización de la prostituta. Menos brutal o fatal, satisfecha o insatisfecha, buena o mala, se trata siempre de una mujer que, ya sea por voluntad propia o por una serie de circunstancias que le han podido tocar en suerte, hace su trabajo como podría hacer cualquier otro; más bien, con frecuencia más duro que cualquier otro. Una visión causada también por la emancipación de la mujer, quien, a pesar de todo, mira con desconfianza y desazón a esa imagen subdesarrollada de la feminidad.

Leocadia es una prostituta que ronda la treintena, y que se ofrece gratuitamente a un soldado que le gusta –Arthur Schnitzler, La ronda, 1900–. Pero tras un breve coito, la posibilidad de idilio desaparece en cuanto el militar, sin blanca, le confiesa que no tiene dinero siquiera para pagar la propina al portero de la casa que les espera. Después Leocadia conversa con un conde quien, tras una borrachera, se despierta en la cama con ella. Al observarla mejor, el aristócrata comprueba, con rubor, cuánto se parece a la persona que ama. Le besa la mano «como a una princesa» y murmura: «Es la misma cara, la misma cara.» Y, tras haberla besado en los párpados, continúa: «Los ojos…, son los mismos ojos…» De modo que le pregunta cómo es posible que hubiera escogido aquel oficio, pero la mujer defiende con orgullo su elección: ella, le explica, puede incluso rechazar a quien no le gusta.

«No te alteres –siéntete cómoda conmigo–, soy Walt Whitman,/ generoso y fuerte como la Naturaleza,/ y hasta que el sol no te evite, no seré yo quien te evite,/ hasta que las aguas no rehúsen brillar por ti, ni las hojas de crujir por ti,/ mis palabras no rehusarán brillar ni susurrar por ti» –Walt Whitman, A una simple prostituta, en Hojas de hierba, 1900.

«Los hombres, suspira Berthe con resignación»– Charles Louis Philippe, Bubu de Montaparnasse, 1901–, «abusan de nuestro cuerpo y lo arruinan para saciarse». La prostituta tiene una mirada tierna y alegre, largos cabellos negros y labios de natural rojo. Fue Bubu quien la empujó sin demasiados reparos a la acera; tras cortejarla con premura, la sedujo y la unió a él para siempre. Es el hombre que robó su virginidad, «su carne estaba impresa en la suya mucho más profundamente que todos los sentimientos o cualquier deseo». Él sabe que ella es débil y dulce, necesita verse reconocida; pero también sabe mostrarse autoritaria y exigente.

Por ello, tras haberse hecho ilusiones de comenzar una nueva vida con un tímido empleado, Berthe vuelve a su destino, con Bubu, quien, recién salido de la cárcel, la está esperando. «No es nada. Es una mujer que pasea por la acera y así gana la vida porque es muy difícil hacerlo de otro modo.»

Philibert –Jean Lorraine, La casa Philibert, 1904– dirige un establecimiento a la antigua y al que las muchachas vienen de París para provocar a los clientes de provincias. Se trata de una vida dura, iluminada por pequeñas alegrías, pero llena de angustias. La majestuosa Rebecca, la Bella Judía, se mira una y otra vez en el espejo sin descanso para vigilar cómo pasa el tiempo por su «rostro inmóvil de ídolo». Juliette tiene el aire fatal de una heroína romántica. Myrille, una graciosa pelirroja de febriles ojos verdes, enflaquece ante los ojos de todos, devorada por la tisis. Geraldine, la intelectual del grupo, es una rubia alta de aire reservado, que dedica mucho tiempo a la lectura de la prensa. Angelina «tiene verdadero azogue en las venas y ninguna malicia». La propietaria, esposa de Philibert, en medio de aquel grupo de muchachas en paños menores, parece una tía entre sus sobrinas.

Al comienzo, Bozena –Robert Musil, Las tribulaciones del estudiante Törless, 1906– es solo una voz en la oscuridad, envuelta en una pelea con un borracho. A pesar de su suavidad y buenas palabras, el desconocido reacciona violentamente, llamándola guarra y amenazando con pegarla. Recién llegada del campo, Bozena ya había trabajado de camarera. Sus señoras apreciaban su aspecto rústico, «su paso grande y seguro». Los señores, por su lado, agradecían su «olor a establo». Sin embargo, la chica pronto se despide «por capricho, quizá también por insatisfacción y una oscura ansia de pasión», y va saltando de un prostíbulo a otro. Pasa el tiempo fumando y leyendo novelas en su habitación sucia y

maltrecha.

No se ha estropeado con la edad, pero sus rasgos han perdido la gracia. Disfruta proclamando que todo le trae sin cuidado, incluso su propia persona: casi siempre lleva la camisa descolgada por la espalda y su falda es de un rojo vulgar y estridente. De ese modo se ha creado una aureola de maldita que la hace ser apreciada por los clientes de la ciudad de provincias en la que ha acabado. En ese respeto que ellos le profesan, Bozena encuentra «un residuo de orgullo y una justificación para su vida». Pero lo que prefiere es maltratar a los estudiantes de la academia militar, que acaban siempre arrastrándose a sus pies. Por su parte, los cadetes, a pesar de considerarla un ser inferior, entre sus brazos consiguen olvidar por un momento el ambiente sádico de la institución. Al más sensible, Törless, le confunden las continuas alusiones de la mujer a sus madres. «¡Vuestras madres –les dice provocándolos– me dan casi pena!» ¿Qué puede aproximar a Bozena, que representa para él solo «una maraña de libido», a la limpia serenidad, lejana de cualquier deseo, de su madre? Pero ella, tentadora, lo acosa: «Venga, no seas estúpido. Bésame. Incluso la gente que creemos distinta es de carne y hueso, ¿no?»

Grácil, blanca, bien formada, bajo sus lujuriosos cabellos negros –Frank Wedekind, La víctima, 1906– Marta no quiere contar su historia a un cliente del burdel en que trabaja: «No, te lo ruego, no me preguntes cómo he llegado hasta aquí. ¿Qué te interesa? Mañana te estarás riendo, lo estoy viendo. ¿Por qué quieres hacerme llorar? ¡Es mucho mejor para ti si soy alegre!» Pero el otro la acosa sádicamente. No ha sido el hambre, siempre ha tenido para comer, ni por la muerte de sus padres, que viven aún, ni porque no le gustara trabajar. Finalmente se sincera: «Quiero contarte por qué he llegado hasta aquí. Los demás hombres quieren que les cuente solo obscenidades… no le he hablado jamás de ello a nadie, pero noche y día no dejo de pensar en otra cosa. Lo que me consuela es que aquí se dura poco. Después todo se acaba, se olvida.» Comenzó a trabajar en una tienda, y un día que llevaba un vestido a casa de una señora se vio de repente toda empapada a causa de una tempestad de nieve. En ese momento corrió en su ayuda un hombre que después la cortejó con todo respeto, hablándole siempre de su anciana madre. Primero le dijo que lo amaba, después, cuando el hombre le obligó a demostrárselo, cedió. Huyó de casa para vivir con él, pero el sueño se acabó pronto, en Zurich. Allí, sola y abandonada, pensó primero en suicidarse, después rechazó la ayuda interesada de un elegante

señor. «Quería ir a ese lugar en el que no se ve ni se oye más nada… debía convertirme el alguien tan miserable como para no poder sentir jamás el dolor.» Por esa razón preguntó a un guardia dónde podía encontrar esas casas donde pegan hasta sangrar a las muchachas. Y así acabó en aquel burdel, en el que al principio la dueña desaprobaba su aire taciturno. Pero pronto cambió de opinión, al ver que jamás decía que no ni siquiera a los peores clientes. Cuando al amanecer el visitante se aleja, algo ha cambiado en su mente: «Había aprendido a creer en la inocencia allí donde menos lo habría podido esperar y, al pensar en Marta, sentía que lo único despreciable era precisamente él.»

Josefine –Felix Salten, Josefine Mutzenbacher, 1906– es una prostituta satisfecha, que inició bien joven una afortunada carrera. Aun siendo devota y creyente, no piensa en que deba hacer penitencia. Por supuesto, sabe que sin su bello cuerpo «deseoso», consagrado al sexo ya desde la infancia, acabaría mal, como tantas otras chicas de los suburbios. Y sabe también que si se ha hecho con una cierta cultura es porque ha sabido aprovecharse de la de sus clientes.

Annette –Victor Margueritte, Prostituta, 1907– parece «un pecio» en el mar de la muchedumbre parisina. No ve, no mira, camina mecánicamente, apretando contra sí una cartera raída. Rubia, esbelta, de cuerpo fuerte, tiene grandes ojos azules tiernos y vivos y el óvalo de la cara de color ámbar. Huérfana de padre y después de madre, a los diecisiete trabajó en una sastrería a cambio de un sueldo irrisorio. Allí sus compañeras se vendían cuando les venía en gana. «¡También tenían que comer!... en cinco minutos se ganaban los tres francos del salario de una jornada. Si eran cariñosas y la fortuna les acompañaba, en un solo día reunían la paga de un mes!» Detenida por equivocación por la policía junto a un grupo de paseantes, Anette las mira con repugnancia. Virgen e ignorante de todo, tiene un horror instintivo por ese trasiego equívoco. Pero la miseria y los perversos mecanismos de la sociedad la empujan inexorablemente hacia la perdición y la sífilis.

Las dulces y dóciles chicas de un burdel vienés –Peter Altenberg, Märchen des Leben, 1908– observan perplejas al extraño personaje que no quiere gozar de sus

encantos. Se trata de un naturista que vive en una isla del Danubio y teme que el coito lo debilite. La aparente originalidad de aquel hombre se desvanece en cuanto le dirige a una de las muchachas la flagelante pregunta: «¿Cómo es que se ha entregado a esta vida?»; obtiene la previsible respuesta: «Fui seducida.» Mientras el fallido cliente acusa de su caída primero al amor y luego a la sensualidad, la prostituta le explica sencillamente que fue emborrachada y luego desvirgada. Entonces, finalmente, el visitante se aleja invitando a las chicas a respetar a la naturaleza. «Adieu, mujeres perdidas.»

Rozsa es una paseante de aire exótico –Thomas Mann, Las confesiones del estafador Felix Krull, 1910-54–. Los cabellos cortos caen sobre sus mejillas hundidas. Su gran boca está maquillada, al igual que sus ojos oblicuos y brillantes. Vestida de rojo y amarillo, seduce a los hombres jugando sensualmente con el labio inferior.

Inquilina voluntaria de un burdel «por una fortísima propensión a una cortesía ilimitada», tras una serie de experiencias llega a las aceras de Frankfurt. Es ella quien hace al joven Felix gestos para que la siga. Comienza de este modo una educación sexual tierna y brutal, suministrada con «la más rígida y oscura seriedad», primero en un coche y luego en la lujosa cama con baldaquino rodeada de espejos de su cuarto.

«Ha pasado la Rusa. La herida de sus labios ardía en su pálido rostro. Llega trayendo consigo la flor y la herida de sus labios. Con paso elegante, demasiado sencillo, demasiado consciente, ha pasado». Dino Campana, Cantos órficos, 1914.

Al ver a aquel joven perdido entre las paseantes que recorren el callejón con llamativos vestidos –James Joyce, Retrato del artista adolescente, 1916–, una joven prostituta le mete una mano bajo el brazo y, mirándolo, le dice con alegría: «¡Buenas noches, tesoro!» En la habitación tibia y luminosa, una enorme muñeca se ha enseñoreado con sus grandes piernas de un sillón junto a la cama. La prostituta comienza a despojarse de su largo vestido rosa, después se le acerca y lo abraza «alegre y solemne». Su calma preocupada y el contacto con

sus senos calman la angustia del debutante. «Dame un beso», le invita, mientras le acaricia los cabellos con la mano tintineante de collares. Después, al verlo paralizado por la emoción y por su rígida educación, le inclina la cabeza y le besa con dulzura. «La presión misteriosa de aquellos labios blandos que se entreabrían… le oprimían el cerebro, más allá de la boca… y entre ellos sintió una pasión desconocida y tímida, más tenebrosa que la tristeza propia del pecado, más suave que un sonido o un olor.»

Bella hasta el punto que puede llegar a intimidar, Ghisola – Federigo Tozzi, Con los ojos cerrados, 1919– luce una cinta roja entre un pelo negrísimo «alisado con aceite». Mira las torpes tentativas de cortejo de Pietro con dos ojos tan negros que parecen aceitunas. Al comienzo es solo una chica de campo llena de vida; después, seducida primero por un viudo y a continuación por un campesino, se escapa a la ciudad, donde, de peldaño en peldaño, baja hasta llegar al oficio de prostituta.

Pietro, ignorante de todo, sigue amándola y, empujado por la lectura de una carta anónima, la busca en el burdel donde trabaja. En la escalera oscura y sucia se percibe un pesado olor a polvos de tocador y sudor. Mientras pasa junto a las prostitutas que lo examinan con ironía, Pietro se pregunta: «¿Es posible que Ghisola esté entre esta gente?» Ella empalidece al verlo, casi se desmaya, pero acaba rehaciéndose. Pietro la sigue hasta la habitación donde ella, quitándose una mugrienta chaqueta, se sienta para así disimular su preñez. Los dos se miran cara a cara, atónitos, y la tensión es tal, que a Ghisola le asalta la tentación de arrojarse por la ventana. Pero es demasiado tarde, y Pietro, a pesar de su renuencia, finalmente comprende y pierde el conocimiento. Cuando vuelve en sí, su amor por Ghisola se ha esfumado.

La actriz Rachel tiene un rostro delgado y delicado bajo los rizos negros. No es especialmente bella, por el contrario, según sus competidoras, tiene los pies demasiado grandes, vello sobre el labio y un modo de vestir poco cuidado – Marcel Proust, En busca del tiempo perdido. El mundo de Guermantes, 1920.

El Narrador, cuando Saint-Loup le presenta a su amante, se acuerda de haberla visto en una casa de placer donde se la habían ofrecido por una modesta suma de

dinero, sin que la encontrase lo bastante atractiva como para elegirla. Allí se fijó en cómo sus rasgos delicados cobraban vida en una expresión inédita hasta entonces para él; y es que intenta provocar a los clientes pasándose continuamente la lengua por los labios.

Pero Rachel es inteligente, y el aristocrático Saint-Loup está demasiado poseído de su arrogancia como para prestar atención a sus amigas, pobres paseantes con el cuello de falsa nutria, que la saludan alegremente al encontrarlos por la calle. Ahora, aquella mujer que otrora pedía a su proxeneta «mira, mañana por la tarde, si me necesitas para alguien, dímelo» ha desaparecido, y Rachel se encuentra en los inicios de un sorprendente ascenso social.

De los viajeros que esperan en la estación –Ernest Hemingway, La luz del mundo, en Los cuarenta y nueve primeros cuentos, 1921- 38– hay tres «putas». Dos, aunque de aspecto imponente, son «como todas las demás, rubias oxigenadas». Pero Alice, la vestida de seda tornasolada, siempre lista para estallar en una estrepitosa risotada, es gigantesca. A pesar de sus dimensiones resulta agradable, tiene una cara simpática, una linda piel y es «muy educada, realmente simpática y amable»; y reacciona riendo a los comentarios malévolos de uno de los presentes. Sin embargo, cuando una de sus colegas cuenta que ha tenido una larga y desinteresada historia con un célebre boxeador desaparecido, «el cliente más distinguido y generoso que haya existido», ella reacciona. Con su hermosa voz profunda la tacha de mentirosa y reivindica para sí ese honor. Después puntualiza: «Yo soy limpia… gusto a los hombres aunque sea gorda… y jamás miento.»

Florry, rubia y entrada en carnes, está tendida sobre el diván, con un párpado hinchado por un orzuelo. Se dejó desvirgar, explica, por embriaguez –James Joyce, Ulises, 1922–. Kitty le echa la culpa a un fontanero; Zoe, por su parte, a la curiosidad de «ver qué gusto daba». Kitty se alisa las cejas frente al espejo. Zoe, desnuda por encima de las ligas, pregunta: «¿Ves el lunar que tengo en el culo?» Después se les añade, sudorosa, la propietaria, Bella Cohen, imponente con su vestido marfil, haciéndose aire con un abanico de cuerno negro. Junto a ellas pulula un coro de personajes, mezclando pasado y presente, delirio e ironía.

Sadie –William Somerset Maugham, Lluvia, 1923– es una chica de veintisiete años de cierta belleza y regordeta, toda vestida de blanco, desde el enorme sombrero hasta las medias de algodón y las botas de tacón alto. Habla con voz ronca y con sus maneras avergüenza a un grupo de ingleses que viaja en el mismo barco. Cuando desde su habitación, en el hotel de una perdida isla del Pacífico, comienzan a oírse las voces de un coro grosero, un misionero, indignado, se apresura a llamar a la puerta. Por toda respuesta, los marineros, que están de fiesta con Sadie, le arrojan encima cerveza y lo echan fuera. Al día siguiente nadie responde a los amables saludos de la chica, pero el misionero se le acerca, como último intento –se justifica– de salvarla. Una hora después sale: «He hecho todo lo posible. La he animado a arrepentirse; pero ha sido inútil. Es una mala mujer.»

Cuando el gobernador, presionado por los viajeros escandalizados, les conmina a marcharse en el primer vapor que parta hacia San Francisco, Sadie pide ver de nuevo al misionero. Al día siguiente el cura está eufórico, mientras Sadie está triste y abatida. Su halo coqueto ha desaparecido. Amarillenta, malvestida y despeinada, llora y reza. Ahora parece solo «una vieja furcia». Sin embargo, una noche el misionero se suicida, y a la mañana siguiente Sadie parece haber renacido. Maquilladísima, vestida con elegancia, responde a quien intenta apagar su gramófono para no molestar a la viuda: «¡Hombres!, ¡Guarros, cerdos, eso es lo único que sois!, ¡Todos iguales, todos!, ¡Cerdos!, ¡Cerdos!»

Manon –Antoine de Saint-Exupéry, Manon la bailarina, 1924– es una paseante melancólica que se siente fea y acabada, como si cada día que pasara se fuera consumiendo irremediablemente. Para rehacer y olvidar la arruga que le entristece la boca se maquilla, se peina y escoge un ridículo vestido rosa escotado. «Es una caja de dulces con una cinta.» Manon sueña solo con poder huir de esas largas noches de espera. No consigue entender los gustos de los hombres. «Sin darte cuenta, puedes dejar en sus rostros la huella del dolor, del placer, incluso del odio. No sabes qué oscura imagen esconden, cómo hacer para ayudarlos… Los hombres están locos.» Entrevé un rayo de esperanza cuando un cuarentón triste, en busca de un nuevo sentido para su vida, la envuelve con un amor protector. Quizá fuera cierto, era solo una bailarina sin trabajo, pero el encantamiento se rompe cuando su amante llega a enterarse de sus vicisitudes.

Es el inicio de un vaivén sentimental de rupturas y reconciliaciones, hasta que Manon, para acabar con todo se arroja bajo un camión, salvándose, pero quedando coja para siempre.

En 1925 George Orwell escribió Romance, unos versos irónicos que tienen como centro a una prostituta birmana. «Cuando era joven y alocado/ en la lejana Mandalay/ entregué mi corazón a una muchacha birmana/ bella como el sol./ Tenía la piel dorada, los cabellos negros, / los dientes de marfil./ Le dije: 'Por veinte monedas,/ muchacha, te acuestas conmigo.'/ Ella me miró, tan pura y triste, / la cosa más adorable del mundo,/ y con su lengua torpe y virginal/ me pidió veinticinco.»

Mientras no abra su boca, enseñando unos dientes arruinados, Georgette –Ernest Hemingway, Fiesta, 1926– es muy bonita. Forma parte del grupo de paseantes que recorren las aceras solas o en parejas para ganarse la cena. El protagonista, un hombre profundamente herido, también en lo físico, en la guerra, rechaza su acoso amoroso y la invita a cenar, sin tener en cuenta lo melancólico que puede resultar pasar la tarde con una prostituta. Un grupo de amigos les alcanza y Georgette, que se ha empolvado levemente la cara y se ha vuelto a pasar el lápiz de labios, es presentada como la novia oficial del superviviente. A quien le pregunta si ama París, le responde: «No me gusta, es demasiado cara y sucia.» Todo se desarrolla con normalidad hasta que alguien que se suma a ellos, percatándose de la identidad de Georgette, la descubre a los demás y la invita a bailar con aire embelesado para burlarse de ella. No sabiendo si intervenir o no, su acompañante se marcha, dejándole algo de dinero por si acaso preguntase por él.

En El campesino de París, de 1926, Louis Aragon se lanza a una apasionada apología de este tipo de placeres. «Me acusan con frecuencia de ensalzar la prostitución, lo cual implica la idea que yo en el fondo tendría del amor. Sea como sea, ¿no hay que tener por esa pasión por las prostitutas un respeto, un aprecio tal, que ni siquiera la más pequeña de las repugnancias pueda alejarme de sus más humildes y menos dignos altares?, ¿no significa ignorar su

naturaleza, creerla incompatible con una degradación semejante, con una semejante negación absoluta de la aventura, la cual, a pesar de que sigue siendo todavía una aventura del yo, del hombre que se entrega renunciando a todo enmascaramiento y que tiene, para quien ama de verdad, un sabor embriagador?» Después, Aragon ataca la insípida banalidad de las relaciones normales, usando su bagaje retórico de ilusiones de eternidad. «¿Son diferentes de lo que encuentro en el burdel cuando, tras haber paseado durante largo tiempo con una angustia creciente, empujo finalmente la puerta de la libertad?, ¿por qué las personas felices que no necesitan, como lo necesita él, de esa ‘atmósfera en la que me siento más joven’, lo acusan?, ¿qué me importa a mí que un hombre, orgulloso de haber conseguido acostumbrarse a un solo cuerpo, considere una especie de masturbación el placer que de vez en cuando encuentro aquí?... Mis masturbaciones valen tanto como las suyas.»

Nelly –Pierre Mac Orlan, El muelle de las brumas, 1927– tiene su cara pálida enjuta como consecuencia de las privaciones, del insomnio y de la colitis causada por tanta bebida y una dieta malsana. Pero es alta, bonita y tiene, bajo su pelo a la garçon rubio, dos ojos grises sonrientes o serios, según el momento. Ingenua y astuta, se aprovecha del poder seductor que ejerce sobre un pintor alemán para hacer que le preste de vez en cuando un dinero que no devuelve nunca.

«Se movía por la acera como un tren por sus raíles.» Cuando se cruza con un viandante canturrea para sí, después intenta seducirlo haciéndole un guiño. Tras haber capturado una presa y haberla saciado, se hace pagar con «el espléndido poder de una máquina para hacer el amor en serie».

Hábil y astuta, esa muchacha de diecinueve años se convierte, gracias a la protección de un nuevo amante, un repugnante delincuente, en «emperatriz de la calle». Sus colegas, demasiado delgadas o demasiado gruesas, forman en torno a ella una corte que avanza sin titubeos por la acera. Como tampoco titubea al hacer asesinar a su amante cuando se ha cansado de él. «Una mujer dispuesta a utilizarse a sí misma, alma y cuerpo, sin limitaciones, más allá de la moral convencional y sin misticismos, es una fuerza de la naturaleza semejante a la electricidad, cuyos caprichos controlamos sin penetrar mínimamente en su misterio original.»

«La veo un poco incómoda. Es su primera vez, ¿no? Ya lo verá, no es tan terrible», anuncia Madame Anaïs a Séverine, quien se presenta por primera vez en su casa de citas –Joseph Kessel, Bella de día, 1928–. Joven, rica y bellísima, amada por un marido devoto y atractivo, Séverine es frígida y no lleva con gusto las exigencias conyugales. Quizá la causa de todo sea una violación sufrida cuando tenía diez años.

«Bella de día» es el sobrenombre con el que la bautiza Anaïs, inspirada por el horario de la recién llegada: solo por las tardes, de dos a cinco. Asustada por la idea de tener que someterse al primero que llega, Séverine tiembla pensando en llevar a cabo sus fantasías. «Sonríe un poco. Hay que hacer creer que lo deseamos tanto como ellos», le aconseja amablemente Anaïs. Sin embargo, cuando llega el momento del primer encuentro y Séverine intenta escapar, la dueña le obliga a quedarse. Una orden destinada a apagar el masoquismo de la principiante, que obedece. Una vez en la habitación, su frialdad y su mirada altiva excitan a un grueso cliente. Pero la extraña voluptuosidad que ha experimentado al sentirse dominar desaparece cuando llega el momento de la acción. «La había poseído muerta.» Al volver a casa se lava minuciosamente, pero resiste a la tentación de quemar la ropa que llevaba, «como después de un delito».

Consigue durante una semana permanecer lejos de la casa de citas, después cede a la tentación y vuelve. Allí conoce a Charlotte y Mathilde, las otras dos chicas, que se acercan a saludarla completamente desnudas. «¿No tenéis miedo a coger frío?» «Una se acostumbra», responden las nuevas amigas, que se quedan sin aliento al contemplar la desnudez de Bella de día. «Aquel cuerpo alargado, sano y prieto resultaba demasiado virginal.»

Mathilde, que necesita estar siempre hablando, le confía que se prostituye por su marido enfermo. Charlotte, apunta a su vez, es una modelo que alcanza el orgasmo con cualquiera. Con el ansia de perderse, Séverine abraza a Mathilde y se va a la cama con ella. Pero ni con ella ni con un cliente anciano consigue superar su incomodidad. «¿Por qué prostituirse sin la más mínima alegría?» Solo cuando Anaïs le paga sus irrisorias ganancias o cuando la convoca para atender a un visitante nota un leve escalofrío de placer.

A pesar de todo, Séverine se ve irresistiblemente atraída por aquellas citas y cada

día que pasa no encuentra el momento de acudir a ellas. Con los consejos de las otras perfecciona su técnica amatoria. «La sensación de convertirse en una máquina impura le hizo sentir el ardor de una perversa humillación.» Pero sigue siendo insatisfecha: el miedo y la repugnancia, causa de su excitación, se ven pronto borrados por la costumbre; solo los hombres más brutales consiguen proporcionarle algún placer. Los acontecimientos se precipitan cuando un joven y temible delincuente, loco por ella, dispara al ignorante marido de Séverine.

Indiana –Jean Giraudoux, Aventures de Jérôme Bardini, 1930– se llama en realidad simplemente Germaine. Es rubia, tiene unos grandes ojos azules que no miran, una bella frente que no piensa, una blanquísima piel sin maquillaje, los labios rojos sin necesidad de usar el lápiz. Siente un «desprecio implacable por los hombres». Su mundo es exageradamente reducido: desde hace diez años no ha salido de la ciudad, jamás ha subido a un automóvil y tampoco ha entrado nunca en un teatro. Los bares donde seduce a sus clientes se encuentran todos en la misma calle donde vive.

Después de una accidentada vida familiar y un intento de suicidio, se entrega al alcohol, a la morfina y a la cocaína: una revancha contra los hombres que se los pagan. Su habitación impresiona por la ausencia de muebles mientras la ropa yace abandonada sobre el suelo, lo que lleva al protagonista a pensar en una nueva vida liberada de ataduras. Desde la cama, con la luz apagada, ve a la mujer moverse largo rato, desnuda, por la habitación; desmaquillarse, peinarse, probarse «el sombrero de mañana en el cuerpo de ayer». Pero «las caricias de una mujer son dulces… todas las caricias… ¡incluso las de Indiana!».

La americana Molly –Louis-Ferdinand Celine, Viaje al fin de la noche, 1932– es generosa, pero no una sentimental. Bardamu, quien la ha conocido en un prostíbulo, «el primer lugar americano donde he sido recibido sin brutalidad, con cariño», adora sus largas, rubias, ágiles piernas.

A Molly le gustaría que Bardamu, inmigrante de origen francés casado con su trabajo en diversas plantas de la Ford, volviera a experimentar el gusto por la vida. Proporciona, por aquel dinero extranjero y cansado, «amabilidad y sueño». Pero el hombre, a pesar de agradecérselo, finalmente acaba por alejarse.

«Dulce, maravillosa Molly, desearía, si aún pudiera leerme, desde un lugar que no conozco, que supiera que no han cambiado mis sentimientos por usted, que la amo ahora y siempre, a mi manera, que puede venir aquí cuando quiera a compartir mi pan y mi destino furtivo. Si ya no es hermosa, bien, ¡qué se le va a hacer!, ¡nos apañaremos! Tanta belleza suya conservo en mí, tan viva, tan cálida, que tengo de ella para los dos al menos para veinte años más, el tiempo de llegar al final.»

En la casa del Sofá, Zobeida –Elio Vittorini, El clavel rojo, 1933– está peinando «sus cabellos que inspiraban frescura como aire rubio», cortados en torno al cuello. La educación sexual y amorosa de un chico de dieciséis años, Alessio, enamorado en vano de una muchacha mayor que él, está en sus pequeñas manos limpias de anillos. La primera relación con esa «belleza demasiado prohibida», se consuma rápidamente; después, la relación se hace más estrecha. Alessio le regala, a petición de ella, el clavel burlonamente regalado por la otra. En esa inesperada intimidad, Zobeida confiesa: «¡Oh, me gustaría que todo fuera maravilloso! Las cosas feas están tan llenas de dolor…»

A pesar de la tierna ironía de sus ojos negros y de su «pudor salvaje», se entusiasma por un momento con la juventud de aquel inexperto cliente, pero es consciente de que para una prostituta el amor no pasa de ser un sentimiento absurdo.

Saraï viste mejor que las paseantes normales y corrientes – Marguerite Yourcenar, Un hombre oscuro, 1934–, tiene una voz melodiosa de acento judío y una bella cara «dorada como un melocotón». Trabaja en un burdel holandés del siglo XVII y narra sin el menor de los pudores las vicisitudes de su carrera en el mundo de la prostitución. Cuando, al escuchar una canción romántica, intenta simular tristeza, sus bellos ojos oscuros adoptan una extraña expresión. Un instante después la perfección de su óvalo se recompone como lo hace el agua después de que caiga en ella una piedra. Una ambigüedad que seduce al joven e ingenuo Nathanaël, en cuya casa Saraï se esconde perseguida por la justicia a causa de sus robos, consiguiendo después casarse con él. Siempre que mira a su hijo, Nathanaël se maravilla de que haya nacido fruto «de los placeres violentos gozados con Saraï, de las risas y de las lágrimas, de los abrazos y las debilidades

carnales». Pero la mujer continúa con sus correrías y traiciona al marido. La pena capital pondrá fin a la parábola.

Juana es una india mejicana –James M. Cain, Serenata, 1936–. Sus aires al andar tienen el balanceo de quien está acostumbrada desde pequeña a llevar carga en la cabeza. Es ágil, su piel es casi blanca, una voz dulce, un seno notable y las piernas suaves. En su rostro «chato, de india», destacan dos ojos oscuros, somnolientos y desvergonzados.

Se prostituye en una cabaña con el suelo de tierra batida, pero tiene un modo de hacer, de expresarse que quita la respiración. Selvática y llena de dignidad, se ve atraída por un tenor americano sin blanca que se ha enamorado de ella. Consigue separarlo de su lenta autodestrucción y se entrega con él a una nueva aventura, pero el destino está esperando.

El reflejo del sol sobre la pared del prostíbulo recuerda a la prostituta venida del campo –Cesare Pavese, La puta campesina, 1937– la luz del establo de su infancia, sus primeros juegos con los hombres, el olor del tabaco y del heno; las bestias que olisqueaban sus cabellos húmedos del sudor, la caricia del sol. Pero los hombres no querían solo jugar, buscaban su cuerpo aún infantil y la arrollaban como si fueran su padre, dejando un perfume a flores machacadas por las piedras.

La irlandesa Celia –Samuel Beckett, Murphy, 1938– tiene la cabeza «pequeña y redonda», los ojos verdes, el cabello «amarillo», mide 1,63 y pesa 55,9 kilos. Exprostituta, corre el peligro de tener que volver a las aceras, dada la pereza de su compañero, Murphy, paralizado por el sentimiento de fracaso. Para no perderla, encuentra finalmente trabajo en un manicomio, donde se refleja lo absurdo de la vida.

La turca –Alberto Savinio, Aquiles enamorado, 1938– es una prostituta de pequeño tamaño que se esconde para huir de los diferentes ejércitos que con el transcurrir de los años han invadido Macedonia; y es que, al quedarse sola, no es capaz de satisfacer una serie tan inagotable de peticiones. El narrador, también él

militar, la salva del asedio pero rechaza el ofrecimiento de su propio cuerpo que ella le hace. La lleva al cuartel para protegerla mejor. De camino, ella le cuenta en un pobre lenguaje, hecho más de sonidos que de palabras, sus desgracias, causadas por el acoso de la soldadesca borracha. Poco después, la mujer, a la que su salvador le ha cedido la cama, ronca tan fuerte que no hace sino mantenerlo despierto, impidiéndole incluso leer. Mientras fuma para pasar el tiempo, le vuelve a la mente el significado de las palabras de la pobre meretriz: «Bendito seas, hijo mío.»

La paseante que aborda a Arturo Bandini –John Fante, Pregúntale al viento, 1939– viste un viejo gabán verde, verde como el foulard que le enmarca el rostro menudo. «Hola, tesoro. ¿Qué me dices?, ¿te gustaría pasar un buen rato conmigo?» «No, gracias. Otra noche.» Pero después se cruzan de nuevo y el escritor la sigue. Su aliento tiene un olor rancio. La nariz está un poco torcida. Su dulzura se contradice con el «hambre de dinero de sus ojos», como el rubio de sus cabellos se contradice con las raíces oscuras. Los pasillos de su casa apestan a cucarachas, la habitación está desnuda. Solo hay una cama, una mesita de noche y un lavabo. Para intentar vencer la incomodidad del huésped lo besa y lo abraza, pero Bandini se retrae, explicándole que está tomando notas para su próximo libro; le paga y se va.

Un reflejo de miositis brilla en los ojos violeta de Mitzi; un moño sujeta bajo la nuca sus cabellos rubio ceniza. La dulzura y la ironía se mezclan en su sonrisa –Joseph Roth, La noche mil dos, 1939–. La muchacha ha sido seducida, hecha madre y abandonada por el barón Taittinger, quien la había escogido por su enorme parecido con la condesa W, a la que amaba en vano. A pesar de la dotación económica del barón, que nunca ha leído las cartas de amor que Mitzi sigue enviándole, la joven mujer sigue sin sentirse satisfecha. Se aprovecha de ello la dueña de un prostíbulo, que la «enrola» en su casa, un local dominado por un agobiante perfume a prímulas, violetas, verbena y gualda. Un día, el cliente que espera su turno en el saloncito rosa es precisamente su seductor. Mitzi lleva un vestido blanco muy abierto, y de vez en cuando se toca las ligas para comprobar que el dinero ganado un poco antes sigue en su sitio. Superado lo embarazoso del encuentro, el barón le da una moneda de oro. Mitzi se la pone sobre la mano abierta, escupe y le dice: «Subamos, tengo una bonita habitación.»

Aquel impulso efímero, en el que el pasado parece cobrar vida de nuevo, hace pensar al hombre en utilizarla cuando el sha de Persia, que visita oficialmente la Viena del diecinueve y desconoce por completo las costumbres occidentales, exige la atención de la condesa W. De este modo, la imposible petición del monarca se ve satisfecha gracias a Mitzi, quien, revestida y rodeada del aparato adecuado, regala al soberano una noche inolvidable. Pero los regalos del engañado, agradecidísimo, sha alteran la tranquila vida de la prostituta, dando lugar a una serie de acontecimientos.

Madame Edwarda, desnuda entre las demás chicas del burdel, le saca la lengua a un cliente –Georges Bataille, Madame Edwarda, 1941-1945–. Incluso su voz es tan obscena como su grácil cuerpo. Cuando desarma al hombre con un «beso enfermo» da comienzo un juego erótico que tiene lugar a la vista de todos los presentes. Abre sus piernas ante el cliente, trastornado por su sensualidad: «Mira, yo soy DIOS.» Luego le obliga a practicar un cunnilingus, hasta que finalmente la dueña les invita a subir al cuarto. Edwarda obedece y avanza entre los espectadores, sin volver a vestirse, cimbreándose lentamente y expandiendo «el acre olor de la mujer que goza».

Las chicas del burdel militar de Soroca –Curzio Malaparte, Kaputt, 1944– son estudiantes judías traídas por los nazis desde el campo, donde se habían escondido. No visten largos saltos de cama de seda rosa, amarilla y verde propios de las prostitutas de los burdeles del Este, sino lo que queda de unos antiguos vestidos. Están sentadas con comedimiento sobre un diván, cansadas tras una larga jornada de trabajo. Una de ellas no aparta la vista del libro que está leyendo. Al comienzo, Susana, pequeña y regordeta, es la más locuaz. Después llega Lublia, delgada, pálida, los cabellos sueltos por la espalda, labios de niña y una bata roja. Fuma con «estudiada indiferencia», pero «en su mirada blanca» aflora «un aire de resignación, y al mismo tiempo de desesperanza». En un solo día ha tenido que «servir» a cuarenta y tres soldados y seis oficiales. Habla de ello fríamente, sin repugnancia alguna. Lo peor está aún por llegar. Dentro de pocos días finalizará su turno y, por mucho que los alemanes les digan que las devolverán a casa, saben perfectamente que serán fusiladas.

Lizzie –Jean-Paul Sartre, La puta respetuosa, 1946– es una prostituta en equilibrio entre el fatalismo y la rebelión. En el tren ha sido testigo del asesinato sin motivo de un negro, perpetrado por los mismos hombres blancos que la han molestado, y del intento de homicidio de otro negro en quien los blancos quieren hacer recaer la culpa de la muerte del primero, y que se ha dado a la fuga. Intenta resistirse a las astutas presiones de un senador, tío del auténtico culpable, que le pide que exculpe al sobrino y denuncie al fugitivo. Incapaz de resistirse, Lizzie firma la falsa declaración. Pero cuando el hombre al que ha contribuido a perseguir injustamente se presenta en su casa, lo esconde. Sin embargo, más tarde, un pariente del homicida, tras haber intentado en vano asesinar al negro, le propone que sea su amante, y ella acepta.

Será una prostituta quien cambie la vida de Adrian, un joven y ambicioso músico –Thomas Mann, Doctor faustus, 1947– que es llevado a un prostíbulo sin saberlo. La primera sospecha le asalta cuando quien le abre la puerta de lo que cree ser un restaurante de lujo resulta ser una gruesa señora con un rosario de perlas al cuello. Toda duda se disipa al contemplar en el salón lleno de luz a un grupo de «ninfas» semivestidas, con los cabellos sueltos y la mirada anhelante. Turbado, el muchacho se precipita sobre un piano y comienza a tocar, cuando se le acerca una morenita «en torera española, con la boca grande, la nariz aplastada y los ojos como almendras». En cuanto la prostituta le acaricia una mejilla con el brazo desnudo, él se levanta y huye rápidamente de aquel «infierno de voluptuosidad».

Después de resistirse durante casi un año, Adrian vuelve al «lugar del delito» para tratar de encontrarse de nuevo con aquella mujer a la que para sus adentros llama Esmeralda, como la gitana de Notre-Dame de Paris de Victor Hugo. Percatándose de que el chico ha venido adrede a por ella, la muchacha, conmovida, le previene que tiene la sífilis. «¿No equivale ese interés a una esperanzada distinción entre la superior humanidad de la criatura y su parte física, caída en el fango y reducida a miserable objeto?» Pero, al no conseguir disuadirlo, se entrega a satisfacer su deseo, preparándolo sin saberlo para una forma de creación más dolorosa e intensa.

«A los dieciséis años era una auténtica belleza… mi madre decía que si mi cara

era hermosa, mi cuerpo lo era cien veces más» – Alberto Moravia, La romana, 1947–, recuerda Adriana, evocando su belleza escultural. Se le parece a Dánae, según dice el pintor para quien comienza a servir de modelo. Pero por quienes se siente realmente atraída no es por los artistas, sino por un chófer con el que sueña casarse. No sabe que él está a su vez casado, aunque sí sabe que su amiga y compañera de posados, Gisella, la envidia. Aun así la perdona porque la da pena. Rápidamente, en torno a su cuerpo perfecto se ciernen una serie de tramas y personajes inquietantes que acaban por obligarle a trabajar en la acera, sin por ello corromper su buen corazón ni privarle de la esperanza. Sabe que «a todas las mujeres les puede pasar que se entreguen por dinero» y que el bebé que espera tendrá «una vida alegre y feliz».

A los diversos clientes que en tantas ciudades distintas la han invitado a beber para hacerle contar por qué se prostituye y por qué comenzó a hacerlo –Edgar Lee Masters, Antología de Spoon River, 1947–, Aner Clute les ha respondido: por un vestido de seda y por la falsa promesa de un hombre rico. «Pero no fue eso»; ha sido su fama de meretriz lo que, siguiéndola allí por donde ha ido, le ha impedido en cada ocasión encontrar trabajo.

En un callejón de Florencia –Vasco Pratolini, Crónicas de pobres amantes, 1947– la prostituta Elisa, con el pelo cortado como un chico, «de cuerpo fuerte, pero de espíritu carcomido», es capaz de seducir a los hombres con una mirada, pero no puede permitirse enamorarse de Bruno, quien también la ha deseado durante años, porque el hombre tiene bien clara la diferencia entre las mujeres con las que casarse y aquellas con las que hacer el amor.

Rina –Italo Calvino, El sendero de los nidos de araña, 1947– es conocida como «la Negra del Carrugio Lungo» por su cabellera africana. Negligente y desordenada, cuida a su modo a su pequeño hermano Pin, quien asiste desde las grietas de la pared a sus encuentros con alemanes y fascistas. Pin no comprende por qué todos los hombres se interesan tanto por su hermana, que «tiene dientes de caballo y las axilas negras de tanto pelo». Para vengarse de su oportunismo político roba la pistola de un cliente alemán, dando lugar con ello a una serie de

reacciones en cadena.

Una «prostituta de gran corazón» como Rosaria –Elsa Morante, Mentira y sortilegio, 1948– justifica su opción de vida con la ingenuidad y con la atracción femenina por el lujo. Alta y escultural, tiene una piel fresca, luminosa y llena de pecas, cabellos rizados tendentes al rojo, y labios también rojos y sonrientes, abiertos sobre los dientes blancos. Solo las piernas y los brazos conservan cierto aire campesino. «Lo más hermoso» es su mirada, chispeante, pero apacible como la de un ternero.

Ya desde pequeña es incapaz de resistirse a las caricias y a los regalos. Expulsada por su señora, cansada ya de sus robos, se desliza alegremente hacia la prostitución. Lo que le gusta es el ocio, el dormir, las golosinas y los cotilleos. Aunque de naturaleza ávida y avara, es perfectamente capaz de improvisar ataques de generosidad. Maternal y apasionada, es –escribe Morante– como si su único amante fuera el Deseo. Con el fin de redimirla se le acerca Francesco, un pobre estudiante que, a pesar de su espíritu revolucionario, finge ser barón, y la convence de que es una víctima de la sociedad, no sin recordarle la amenaza del infierno como pago por sus pecados. Rosaria, para obedecerle, renuncia a su oficio y a frecuentar a sus colegas, un coro de mujeres de diferentes edades, infantiles y generosas o envidiosas. Pobre y, por su pereza, incapaz de hacer nada, vuelve a visitar a sus amigas a escondidas. A Francesco le gustaría casarse con ella para gritarle a la sociedad: «No creas que me caso con una mujer con la idea de así ennoblecerla. La nobleza de cada uno puede provenir solo de lo que alguien es en sí mismo, no de lo que se hereda. Pero ya que tú destierras a esta mujer como a la peste, aquí me tienes, te obligo a acogerla en nombre de tus mismas leyes.»

En la vorágine de la Segunda Guerra Mundial, Olina – Heinrich Böll, El tren llegó puntual, 1949– es una joven polaca que cree tener una misión. «Aquí, en esta barraca, he aceptado un trabajo como prostituta… son cosas que existen, para salvar a los hombres.» No sabe que su experiencia más extrema la vivirá, ya vinculada a la resistencia, con Andreas, un militar alemán, vencido por el dolor universal. Al tocar el piano, Olina consigue rescatarlo por un instante de su desesperación. Los dos se intercambian la historia de sus cortas pero dolorosas

vidas, y la prostituta es capaz de arrancarle a ese desaparecido perseguido por la muerte una sonrisa. «Debía venir aquí, a este burdel de Leópolis, para descubrir que existe un amor sin concupiscencia, como el que siento por Olina.»

Aquellas espléndidas muchachas, la piel oscura escondida bajo una espesa capa de polvos, ríen burlonamente al ver llegar a unos hombres –Curzio Malaparte, La piel, 1949–. Sus ojos vivaces y negrísimos, en estridente contraste con los cabellos oxigenados, dejan de examinar unas extrañas pelucas rubias, abiertas en «un gran ojal de raso rojo». Cuando los visitantes preguntan sorprendidos para qué sirven, una prostituta alza la parte de abajo del lustroso vestido de seda y enseña cómo se coloca el postizo, «algo monstruoso». Se trata de una de las «pelucas» inguinales que las mujeres se ponen para complacer sobre todo a la clientela de color del ejército americano que acaba de liberar Nápoles.

«Blanca, gruesa, suave y tierna», Fanny tiene una cara inexpresiva y los enormes ojos vacíos propios de las diosas –Carlo Levi, El reloj, 1950–. Se prostituye a causa de una pérfida madrastra y la violación a cargo de un soldado negro o, Fanny no es muy precisa, alemán.

Constituye el ídolo perfecto para Marco, quien frecuenta los prostíbulos con un sentido adolescente del pecado. Para su mirada fascinada, los brazos blancos no son sino serpientes redondas; los senos, dulces montañas puras. Fanny no parece tener un «alma individual», sino más bien encarnar una especie de naturaleza maternal y actitud de refugio. Ella, defiende Marco, quien, cuando desaparece, se lanza tras sus huellas, «es como la tierra». Pero él, se culpa, la ha mirado como un pecador y la ha perdido.

Sunny es joven, oxigenada –J. D. Salinger, El guardián entre el centeno, 1951–. Tiene una vocecita que parece piar, pero su dureza paraliza a Holden, aún virgen. Ni siquiera cuando se desnuda maquinalmente y se sienta sobre las rodillas del muchacho consigue reanimar su deseo. A pesar de todo, cuando él, melancólico, la invita a marcharse, Sunny intenta que le pague el doble; después, sin haberlo conseguido, se marcha despidiéndose con sorna: «Adiós, pobre diablo.»

Parada en la esquina de la calle, bajo la farola de gas –Arthur Koestler, La edad de la insatisfacción, 1951–, la paseante, «un espléndido ejemplar de su especie», tiene los senos tersos, muchas curvas y los rasgos ligeramente vulgares propios de una sana campesina. El chico piensa en ella continuamente, pero solo después de algunos meses consigue encontrar el coraje suficiente como para acercarse. Allí, frente a aquel cuerpo desnudo a su entera disposición sobre la cama, se atreve únicamente a rozar con un dedo «aquellas vastas, lisas, cremosas extensiones de carne». Será solo en una segunda ocasión cuando consiga superar esa barrera invisible.

Cathy mira a los hombres con sonrisa felina –John Steinbeck, Al este del Edén, 1952–. Su boca extrañamente pequeña parece un «capullo de rosa». La inocencia de su cara, bajo el cabello dorado, viene acentuada por la falsa docilidad de sus grandes ojos color avellana. Aunque su presencia es discreta y es raro escuchar su voz un tanto ronca, «no podía poner el pie en una habitación sin que todos los allí presentes se volvieran hacia ella». Ya desde pequeña había intuido el enorme poder del sexo y, no viéndose atraída por ello, decidió sacarle partido. Hábil a la hora de mentir y de esconder sus verdaderos objetivos, consigue mantener oculto que un profesor del instituto se suicidó por ella. Tras huir de su casa, y tras haberla incendiado y haber simulado su propia muerte, entra a trabajar bajo nombre falso en un prostíbulo, diciendo que debe ganar dinero para salvar la granja de su familia del embargo. Golpeada por un cliente que la ha seducido y robado, es socorrida por Adam, el hombre con quien se casará.

A pesar de alejarse de la prostitución, Cathy sigue estando corrompida en su interior y, tras haber dado a luz a dos gemelos, hiere al marido, quien quería impedir que se marchara. Después envenena lentamente a la propietaria de un burdel, tras haber obtenido, fingiendo un afecto filial, un testamento a su favor. Se suicidará muchos años después, cuando uno de sus hijos, con la mente trastornada por el encuentro con la madre, muera en el campo de batalla.

El burdel de Dora Flood es «austero y majestuoso», más parecido a un club «estable y virtuoso» que a un lupanar –John Steinbeck, Cannery Row, 1954–.

Desde hace cincuenta años Dora, antes prostituta y después propietaria, reparte tacto, honestidad y caridad, además de una cierta dosis de pragmatismo, lo que le lleva a poder contribuir con grandes donaciones a obras de beneficencia. Una generosidad que se extiende a aquellas de sus chicas en decadencia y que no superan los tres clientes al mes. Esta mujer imponente, con los cabellos de un anaranjado flameante, que se viste con trajes de seda verde Nilo, no vende alcohol y no permite la entrada a los borrachos. Como si esto no fuera suficiente, cura personalmente las quemaduras y los moratones, y los domingos lee en voz alta fragmentos de revistas eclesiásticas a sus protegidas. Durante la Depresión se vuelca de modo tal para dar de comer a los desempleados que está a punto de arruinarse, pero después se salva. Sus chicas están bien educadas y no saludan por la calle a los clientes con los que se han acostado incluso poco tiempo antes.

Fedora, de veintidós años, tiene solo un raído batín de andar por casa –Goffredo Parise, El cura guapo, 1954–, pero, en compensación, puede decirse de ella que es la estatua viviente que conmociona la vida de un pequeño pueblo adonde llega, un lugar cuya vida gira en torno a su gallardo párroco. Fedora trabaja de camarera por la mañana y pasa las tardes hojeando tebeos. Se pinta los labios y se pone ropa interior solo cuando tiene que atender a los oficiales. Dos muchachos harapientos, embrujados por su belleza, entran a su servicio, saboreando los destellos de desnudez que Fedora les concede sin saberlo. Un día, en su generosidad, la joven mujer se entrega a uno de los dos adolescentes bajo la mirada del otro. Pero no serán ellos los únicos que sucumbirán a su fascinación: los hombres del pueblo miran envidiosos e intimidados por su porte a los militares, que hacen cola ante la puerta.

El odio de las mujeres hacia aquella rústica Circe llega a su culmen cuando también el atractivo don Gastone, mimado y cortejado por todas, cae en sus brazos. Con la excusa de redimirla, comienza a frecuentarla asiduamente y acaba sufriendo por ella unos celos obsesivos. Pero la excesiva frecuencia de los encuentros termina arruinando la salud del cura, quien se ve obligado a recuperarse en un sanatorio, dejando a Fedora sola y embarazada frente al mundo.

Una paseante con vestido rojo a la que entrevé en la noche – Vitaliano Brancati,

Pablo el ardiente, 1955– encarna la obsesión erótica del protagonista, a pesar del amor incuestionable que siente por su cándida, retraída y joven mujer.

La prostituta observa el tráfico «lanzando un silbido de murciélago a todo automovilista que pasa» y va solo en su coche. Sus incómodos zapatos la hacen parecer más alta, pero también recuerdan a dos grilletes. Después de haber intentado, en vano, resistir, Paolo cede y enfadado con su propia debilidad la sigue hasta la pobre habitación, donde consigue a duras penas dominar un acceso de repugnancia.

¿Qué motivos podría tener Tristessa, una ramera esquelética y drogadicta –Jack Kerouack, Tristessa, 1955– para estar alegre? Ninguno… si no fuera mexicana. A pesar de todo, tiene una extraña belleza de adolescente azteca. Bajo el influjo de la heroína, mantiene sus indescifrables ojos dulcemente semicerrados, mientras habla con una magnífica voz melancólica. La suave piel color café redondea maravillosamente sus pómulos. Solo su nariz tiene un aire peligroso y perverso.

Vive con el Indio, un inquietante personaje, que antes de salir reza ante el enorme icono de la Virgen colgado en el cuarto de ella. Tristessa se mueve, esbelta y torpe, en su absurdo quimono, entre el profundo desorden de la habitación. En la parte de arriba de un armario hay una paloma blanca que tiene la misma mirada dulce y triste de la prostituta. «Estoy buscando», dice, sin explicar nada más.

Malvina, conocida por todos como Caballo de Hierro –Erich Maria Remarque, El obelisco negro, 1956–, constituye la principal atracción del burdel de la aldea alemana donde trabaja. En el pequeño pueblo lleno de encantadoras muchachas con olor a rosa y violeta, ella es toda una figura. Especializada en sadomasoquismo, parece una domadora de leones; y no solo por sus botas de caña alta o por la ropa interior negra, sino por el teatral gorrito de astracán gris y el resplandor de los dientes de oro en su enorme boca. En los inciertos años de la república de Weimar los precios suben sin freno, pero Caballo de Hierro no hace descuentos y se sorprende cuando el novato que le han confiado escapa, huyendo asustado por algún pequeño azote. Morirá de infarto con la fusta empuñada,

mientras golpeaba a un rico cliente, y tendrá como tumba un obelisco negro, el imponente monumento fúnebre que uno de sus clientes no ha logrado vender en su negocio.

La revolución no reduce el número de clientes de una emblemática «casa de las ilusiones», el Balcón, regido por Irma, una propietaria lesbiana –Jean Genet, El balcón, 1956–. En él Chantal sabe interpretar los papeles que le requieren sus extravagantes clientes, llegados no para satisfacer sus pulsiones, sino para ejercer, en un creciente delirio, su autoridad sobre las prostitutas. Hasta que Chantal huye por amor y muere en los disturbios revolucionarios.

De lejos, aquella prostituta es solo una mujer con un bonito vestido rosa que está tomando el fresco en una estación –Anna Maria Ortese, Silencio en Milán, 1958–. Los ojos apagados en su rostro tranquilo y opaco parecen buscar algo en el alba que se asoma. Cuando uno se acerca, se ven los signos de la edad, las venas en las manos, el cuerpo algo torpe, los restos de maquillaje y los cabellos blancos entre los de color rojo. Parece una mujer «decidida y acabada». No obstante, se puede adivinar cómo había sido de joven: la frente tersa, la nariz pequeña y los ojos azules «llenos de alegría». Después, en una última metamorfosis entre pasado y presente, «el rostro de la mujer se había hecho misteriosamente ausente. Encerrado en sí, lejano, defendido de una soledad absoluta, como la de los muertos». Y desaparece con una pequeña sonrisa dejando detrás de sí solo el repiqueteo de los tacones. «Ya no nos la encontraremos más en esta vida… pero esos andares y ese silencio, por todas partes.»

Mariannina –Giuseppe Tomasi de Lampedusa, El gatopardo, 1958– tiene unos enormes ojos «opacos de campesina». Humilde y servicial, cede a cualquier petición del príncipe Salina, y en el culmen del placer exclama entusiasmada: «¡Principazo!» Su sencillez ofrece al príncipe «una serenidad satisfecha, manchada de repugnancia», diferente tanto de la rigidez de su mujer como de la afectación de las prostitutas parisinas. Pero el aristócrata se llena de melancolía al pensar en «aquella carne joven demasiado usada, en aquella impudicia

resignada».

Se llama Esmeralda, como la gitana de Notre Dame de Paris –Bernard Malamud, Retratos de Fidelman, 1958–, pero es una prostituta de dieciocho años, de Florencia, con un extraño cabello lacio adornado con un velete. Cuando se lo quita, deja libre el tupido pelo castaño que cae sobre la frente poblada de granos. Su pequeña boca tiene un aire un poco triste y sus ojos negros parecen huesos de ciruela. Viene del campo huyendo de un padre tirano e incestuoso. «Me he puesto a hacer de puta porque no quería ir a servir y no sé hacer otra cosa.» La idea se la sugirió un camionero que la recogió por la carretera. «Pero, a pesar de mi profesión, soy increíblemente tímida.»

Al conocer a un atormentado pintor, se entrega a él a cambio de un dibujo y después se instala en su modesto estudio, cuidando de la casa, posando para él y cocinando con destreza. Feliz por su nueva vida, se alarga las faldas y se cierra el escote. Pero, cuando el dinero no sea suficiente, tras haber vendido su pelo, será ella quien decida volver a la acera, esta vez por amor al excéntrico artista.

Ruth –John Updike, Corre, conejo, 1960– es alta y robusta. No es precisamente bella. Sus ojos azules están insertados en «órbitas de dibujo irregular», el labio superior le sobresale. Los cabellos rojizos anudados en un moño despiden un olor intenso. De su cara rebozada de polvos anaranjados aflora algún punto negro. Su risa tintinea «como un puñado de calderilla tirado al suelo». Bajo el vestido verde se adivinan sus grandes nalgas. A pesar de todo lo que ha vivido, conserva aún un aura de pudor. Antes de prostituirse ha sido taquígrafa, limitándose, dice, a «aceptar un poco de dinero» de los hombres. Tras su despido, quizá debido a ciertos comentarios que circulaban sobre ella, se ha dedicado también a la fotografía porno. Pero eso, aduce, «es cosa pasada» y son muchísimas las mujeres casadas que lo han hecho incluso más que ella. Alegre y decidida, inicia una relación con el huidizo Harry, aun sabiendo que más pronto o más tarde volverá con la mujer de quien ha escapado.

Gisella –Giorgio Bassani, El jardín de los Finzi-Contini, 1962– es «una rubita de aire delicado con los cabellos estirados detrás de la nuca, vestida sobriamente

como una colegiala de buena familia». Es la única entre las prostitutas de un burdel de Ferrara que está de mal humor por la hora tan tardía a la que el protagonista y un amigo llaman a la puerta, y que después de haberlos escrutado con sus ojos azules llenos de ironía, sube a su cuarto con el tardío cliente.

Flora es una veinteañera pequeña, morena, «con aspecto de ama de casa, sumisa y soñadora» –Primo Levi, La tregua, 1963–. Como no sabe hacer nada, en el lager donde ha acabado como trabajadora de la Organización Todt ha sido asignada a la labor de limpiar el suelo. Un trabajo que la ocupa sin descanso, a pesar de una curiosa repugnancia por las plantas superiores de la fábrica. A los prisioneros, aquella mujer, la única a la que han visto desde hace meses, les parece «bellísima, misteriosa, inmaterial». Aun teniéndole miedo a todo, Flora roba pan para llevárselo a los detenidos, agradecidos, pero incómodos por su propio aspecto miserable.

La chica se prostituye con el kapo del campo. Para reclutarla «se necesitaba poco: un guiño, una señal despótica del capo». Después, recolocado su vestuario, Flora vuelve maquinalmente al trabajo.

Sin embargo, la derrota de los alemanes no la liberará realmente, porque el zapatero con quien vive «no maritalmente, sino como una esclava», el hombre al que mira «con ojos humildes y sumisos», le da una dura paliza a la menor sospecha de traición.

«Se lo ruego, es menor de edad… una bailarina de la Scala» –Dino Buzzati, Un amor, 1963–, susurra la alcahueta a Dorigo, un arquitecto de mediana edad fascinado por las atrayentes sorpresas que ofrece el mundo de la prostitución. Laide, diminutivo de Adelaide, tiene «un algo de frescura, de populachero, pero no es vulgar». La perfección de su pequeño rostro no tiene nada de clásica. Los ojos redondos, asustados, traslucen destellos de astucia, mientras que la pequeñez de la boca acentúa su aire infantil.

Su vestuario, normal y corriente, resulta más excitante que los ridículos vestidos que se usan en los prostíbulos, «por lo general de un gusto horrible, que dejan al descubierto piernas y senos, por lo que toda incógnita desaparece desde el principio». Pero muy diferentes son las incógnitas que Laide, quien no puede soportar ningún vínculo, reserva al inseguro Dorigo, que agotará en vano todo su

amor por ella.

Para el joven burgués de Busta arancione de Mario Soldati, 1966, las prostitutas con las que se empareja, comenzando por la primera, Yvonne, son solo dulzuras evanescentes. «Todas me daban alegría… y de todas muy pronto me desilusionaba.» Hasta que en 1943 encuentra en un lupanar a Meris. Como todas las que le han gustado de modo especial, le recuerda físicamente a su adorada y odiada madre. Es «alta, morena, gruesa, también con las muñecas delicadas, y las manos y los pies pequeños y bien hechos». Tiene ojos castaños y curvas pronunciadas. No es raro que además sea educada y tenga cierta cultura: probablemente haya estado al servicio en alguna casa acomodada. Su lado más sorprendente es otro: Meris es inteligentísima. «Lo demostraba el brillo malicioso de su mirada y de su sonrisa», un brillo que puede apagar a su antojo, simulando una dormida indolencia. Autoritaria como la madre, pero espontánea y enamorada, le aclara bien pronto: «Recuerda que aquí cuento solo yo. Yo: tú no eres más que un cero.» Una cadenita cerrada con un candado, una especie de cinturón de castidad impuesta por la mujer, será el signo de su amor abriéndolo a unas perspectivas de matrimonio destinadas a esfumarse con el tiempo.

Dueña de un pequeño bar, Nelly es una expaseante del bulevar de Sébastopol –George Simenon, El gato, 1966–, «siempre lista para hacer el amor como lo están los clientes para beberse un trago». A los cuarenta y cinco conserva aún la piel tersa y unos labios generosos abiertos sobre los dientes blancos.

Siempre vestida de negro, jamás lleva ropa interior, para así no perder ocasión. Para tenerla, también cuando vivía su marido, veinte años mayor que ella, bastaba una mirada. «Era sí o no. Casi siempre sí.» Es tan rápida que los hombres dudan de que realmente experimente placer alguno. Probablemente, si provoca a los hombres con su «serena impudicia» no es tanto por una urgencia sexual, como porque se divierte con su deseo torpe.

Por lo demás, para Simenon la paseante y el policía tienen muchas cosas en común. «La prostituta del bulevar de Clichy y el inspector que la vigila calzan ambos zapatos desgastados, a ambos les duelen los pies de haber caminado horas y horas por el asfalto. Soportan la misma lluvia, el mismo gélido invierno. La

tarde y la noche tienen para ellos el mismo color, y ambos ven –con los mismos ojos, podría decirse– la cara escondida de la multitud que les rodea.»

Las prostitutas a quienes elige el joven Pierre –Anaïs Nin, Delta de Venus, 1969– no saben que no es tanto por su belleza como por el parecido con su madre. Se ríen con este extraño cliente cuando, con los vestidos de mujer que se trae al burdel, les pide a ellas que se vistan lentamente ante sus ojos, reproduciendo el espectáculo de la toilette materna. No saben que cuando la excitación alcance su clímax, él las desvestirá y las poseerá con violencia.

En los ojos verdes de Bijou –Anaïs Nin, Delta de Venus, 1969–, en la masa rizada de sus cabellos, se advierte «una fuerza agazapada, como la de un puma». Los senos bien erguidos y la cintura estrecha constituyen el preludio de unas caderas generosas. Tersa y dura como el mármol, Bijou puede adoptar delante de una pareja de espectadores el papel del hombre, poseyendo con un pene postizo no solo a una colega, sino también a un pintor impetuoso, que ha entrado por sorpresa en el espectáculo. Comienza de este modo a posar y convivir con él sin renunciar al prostíbulo.

China, Poland y Miss Marie –Toni Morrison, Ojos azules, 1970–, tres prostitutas negras de una ciudad de Ohio, bromean entre sí, riéndose alegremente la una de la otra. «Niña mía, cuando me di cuenta de que podía venderla, que había quien me pagaba por ella un dineral, me quedé tan perpleja que podríais haberme tirado al suelo con solo una pluma.»

Poland tiene «una voz dulce y dura como fresas frescas», pero habla raramente y ríe siempre de manera silenciosa. A pesar del pesado maquillaje y el elaborado peinado, China tiene siempre un aire frágil. Marie está demasiado gruesa y habla casi siempre de comida.

No estamos, especifica Morrison, ante prostitutas de novela. Ellas odian «a los hombres, a todos, sin vergüenza, excusas o discriminación». Por esto los maltratan con un desprecio instintivo y se guardan con rabia el dinero que gastan los maridos infieles. Son unas moralistas que miran mal a las «putas de caramelo», o sea, a las mujeres casadas que traicionan a su pareja. No añoran la juventud o la inocencia perdidas. Son «putas vestidas de putas».

Sus largos cabellos negros enmarcan el rostro color ámbar de Teresa, una bellísima mulata –Jorge Amado, Teresa Batista, cansada de guerra, 1972–, que, gracias a su invencible vitalidad, supera indomable todas las vicisitudes que le vida le depara. Huérfana desde muy pequeña, fue vendida a los doce años por su tía a un sospechoso capitán, que practica con ella el estupro. Es el inicio de una serie de aventuras que la llevan, tras matar a su perverso dueño, a convertirse primero en una rica mantenida y después en una bailarina de samba. Obligada a prostituirse para sobrevivir, Teresa no pierde su ánimo y no renuncia a su amor imposible por Janu, un marino casado. Su inagotable coraje le permite ayudar a un médico al que ha seguido hasta una pobre aldea para enfrentarse a una epidemia de viruela negra. «Que lo crea quien quiera: fueron las putas de Muricapeba, encabezadas por Teresa, quienes acabaron con la viruela negra. Con sus dentadura limada y su diente de oro, Teresa ha masticado la viruela y la ha escupido fuera.»

De regreso a Bahía vuelve a venderse, prefiriendo no tener que fingir amor por un solo hombre. Pero cuando el gobierno obliga a las prostitutas a trasladarse a un lugar insalubre para favorecer a los especuladores, Teresa organiza una rebelión que sacude toda la ciudad. Inútil decir que Janu, al que se creía muerto en el mar, reaparecerá para irse a vivir con ella.

Charo, una prostituta del barrio chino de Barcelona, no sabe que su amante, el detective Pepe Carvalho –Manuel Vázquez Montalbán, saga de Pepe Carvalho, 1972-2000–, le ha escrito centenares de cartas sin haberlas echado nunca al correo. Brava e independiente, solidaria con sus colegas menos afortunadas, es también de izquierdas. A pesar de su aire de eterna muchacha, se ha convertido en una bella mujer madura «con una dignidad grave, y algo parecido a la ternura». Con los años, su cuerpo grácil se ha ido rellenando, la cara se ha redondeado, y los cabellos están ahora tintados de color caoba. Cuando está cansada, sus ojeras caen hasta las mejillas blancas. Aunque la ame, el detective no le ha pedido que lo deje, pero sí le ha aconsejado que se haga con una clientela tranquila de caballeros maduros.

Clara –Graham Greene, El cónsul honorario, 1973– trabaja en una casa de aspecto plácido y campestre. En cada una de las habitaciones, limpias y arregladas con gusto, hay un pequeño altar con una vela encendida. La solemne dueña de la casa, que pasa el tiempo haciendo calceta, permite a los clientes que se entretengan en la elección sin presionarles.

Solo un pequeño antojo gris en el comienzo de la frente hace a Clara distinta de las demás. Retirada por un cliente alcohólico enamorado de ella y que la hace su mujer, conserva un cuerpo delgado e infantil, «con senos inmaduros». Quizá tenga veinte años, pero aparenta dieciséis. Cuando se convierta en la amante de un médico al que había conocido en el burdel, lo hará con gran naturalidad.

Consolata Piccione, llamada Velours –Gian Carlo Fusco, Los duros de Marsella, 1974– huele a una mezcla de anís y de sudor. Tenía dieciséis años cuando su amante, un caíd de Marsella, la retiró de la acera para tenerla en exclusiva. «Sus cabellos tenebrosos le caían sobre la espalda pesados, suaves, casi gráciles. Tenía los ojos algo turbios y las mejillas pálidas, hundidas, de las mujeres insaciables.» La costura de sus medias de cristal resalta la perfección de sus largas piernas. Las nalgas tienen la forma de una mandolina. Velours, fiel a su «bestione», rechaza con dureza, con la boca «de geranio», los obstinados intentos de un maleante miembro de una banda rival. Exasperado, el hombre da lugar a una guerra entre bandas, extrayéndole todos los dientes con unas tenazas y condenándola así a una muerte por septicemia.

Santina está entre los cuarenta y los cincuenta –Elsa Morante, La historia, 1974–. A pesar de su gran estatura, la robustez de sus huesos hace que su cuerpo parezca «pesado y voluminoso». Ninguna luz emerge de sus grandes ojos oscuros. Un incisivo caído a causa de las privaciones da a su sonrisa un aire indefenso y culpable, como si se avergonzase de ella misma y de su escasa belleza.

Aunque lleva el cabello suelto caído sobre la espalda, como una muchacha, no se lo tinta y tampoco se maquilla para ocultar su edad. Redondea sus ganancias poniendo inyecciones, leyendo las cartas o lavando ropa en el barrio. Cuando la arrestan o la ingresan en un hospital, justifica púdicamente su ausencia diciendo

que había vuelto a su pueblo. Pero allí, en el pueblo, ya no tiene a nadie y su único vínculo es el que mantiene con un chulo mucho más joven que ella, el mismo que un buen día, en un delirio agresivo, acabará con su vida.

Madame Rosa –Romain Gary, La vida por delante, 1975– es una anciana prostituta judía superviviente de Auschwitz. Gruesa y agotada por la edad, sube con dificultad hasta el sexto piso de la casa de Belleville, el barrio multiétnico de París, donde cuida a los hijos de sus colegas más jóvenes. Un domingo, Rosa se pone una peluca roja, se cambia de pies a cabeza y sale después de haberse maquillado generosamente. «¿También usted, Madame Rosa, cuando era joven y bella se ganaba la vida con su culo?», le pregunta ingenuamente el recién llegado, un espabilado niño árabe. Pero Rosa, en vez de enfadarse sonríe, le da gusto pensar en su juventud. Después, poco a poco, entre los dos nacerá un enorme cariño.

La llaman la Prisionera –Jorge Luis Borges, El libro de arena, 1975–, no tanto por su mirada triste, o por la trenza que le llega hasta la cintura, como por su dramático pasado: una feroz incursión de los indígenas destruyó su vida anterior. Después, mientras una banda de delincuentes irrumpe en el burdel, la prostituta encuentra a un joven muchacho de trece años en la habitación donde se ha refugiado. Mientras se quita la bata, lo tranquiliza: «Estoy aquí para trabajar, pero solo con gente pacífica. Acércate, no te haré daño.» La iniciación tiene lugar en silencio y sin besos.

Petulante y autoritaria, Manila, en un diálogo con el hombre que la ha elegido –Dacia Maraini, Diálogo de un cliente con una prostituta, 1978–, intenta romper la relación tradicional con el cliente poniendo en evidencia sus contradicciones. «El dinero lo tienes tú y por ello eres tú quien compra, pero el placer lo tendrás solo tú…» Y rechazando cualquier ambigüedad entre sexo y sentimiento –«Tú compras, yo vendo»– parece reivindicar la dura normalidad del oficio.

A los veintiún años, Brunilde, llamada Ilde –Piero Chiara, Vedrò Singapore?,

1981–, es sin lugar a dudas atractiva. «En su cara, entre la frente y los pómulos altísimos, se incrustaban dos ojos color plomo, intensos, turbios y ensombrecidos por pestañas negras como la noche.» Su pelo corto parece «contener todos los misterios del mundo». Después de haber trabajado como cajera en un café, decidió con clara lucidez entrar en una casa de tolerancia. Lo hizo porque su familia era muy pobre y porque su prima ya lo había probado, ganando lo suficiente para abrir una pensión en Roma. Por otra parte, la única alternativa era la vida de una camarera pagada miserablemente y con frecuencia obligada a satisfacer los caprichos del dueño. No tiene dudas. «En esas casas todo funciona perfectamente. Mis clientes pasarán por mí como lo hace el agua de un río por las piedras… pero ganaré en un día lo que gano ahora en un año.»

Lo que sucede a continuación es, aunque ella no lo admita, menos fácil de lo previsto, y las intemperancias de un joven empleado que la ama y la persigue de un prostíbulo a otro contribuyen solo a hacerlo todo más difícil aún.

En Meridiano de sangre, de 1985, Cormac McCarthy, el burdel es descrito a través de los ojos del protagonista, quien, tras pasar por delante de los hombres que juegan a las cartas en la antesala llena de humo y, antes de proseguir hacia el interior, ve a otros entregar las fichas a una mujer. Paga un dólar y recibe una ficha de latón. Accede de este modo a un salón en el que las muchachas dan vueltas en torno a una gran estufa. «Con los batines manchados, las medias verdes y las bragas de color melón», fluctúan a la incierta luz de las lámparas de petróleo «como falsas fulanas, al mismo tiempo lujuriosas e infantiles». Allí se acerca pronto atrapado por una enana de piel oscura que lo lisonjea: «Te he visto enseguida. Elijo siempre al hombre que me gusta.» Tras haber consumado su relación, el hombre mira a la chica mientras se viste y se dispone ante el espejo. «No puedes quedarte ahí», dice, empujándolo hacia el pasillo oscuro. Debajo están bailando ruidosamente al compás de un violín.

Elizabeth Short: 22 años; 1,65 de estatura; 54 kilos de peso. Conocida como la Dalia Negra –James Ellroy, Dalia negra, 1987–. Esta es la síntesis del informe de la policía después de encontrar su cadáver desnudo y mutilado. Antes de morir, la prostituta fue torturada durante setenta y dos horas. Después de reconstruir su historia, Ellroy concluye: «No la he conocido nunca en vida. Para mí, ella existe

solo a través de los demás, en la evidencia de las reacciones a su muerte. Investigando su pasado y ateniéndome a los hechos puedo decir que era una muchacha triste y una puta.»

Las prostitutas de un burdel cercano a Hollywood –James Ellroy, L.A. Confidencial, 1990– desfilan bajo la mirada hipnotizada de los clientes en smoking. Han sido maquilladas e incluso operadas de manera que se asemejan a las actrices más conocidas del momento, desde Rita Hayworth a Betty Grable. Aunque una pretendida Veronica Lake no sea idéntica al original, de su cara «emanaba el mismo tipo de gracia felina». Pero, a pesar de las lentejuelas del vestido y la mecha rubia que le cubre el ojo, la chica se siente ridícula con su travestido. Cuando, tras una ducha, borra sus restos, ella es solo una muchacha morena que maneja apasionadamente al policía a quien se entrega hasta llegar al orgasmo, «feliz porque con él no tenía que fingir».

Oronda y vulgar, Hilda tiene la voz ronca –Patrick McGrath, Spider, 1990–, una piel rosada y cabellos de un rubio espléndido que no oculta las raíces negras. De su salto de cama emerge un pecho perfecto, coronado por pequeños pezones claros. Unas cualidades que, junto a su brío y su vitalidad, hacen olvidar un mentón demasiado prominente.

Vive en una habitación dominada por una enorme cama. Sobre el lavabo reina un caos de perfumes, cepillos para el pelo y cositas diversas; en la silla reposan «montones de seda y algodón». Ella será quien arruine la vida del pequeño Spider, seduciendo a su padre borracho y alejándolo de su dulce y dócil esposa.

Gisela –Gregor von Rezzori, Der Tod meines Bruder Abel, 1976– camina con la cabeza bien alta entre los escombros del Hamburgo devastado por los bombardeos. Es «una reina…, más parecida a una visión que a una realidad palpable». Parece no ver lo que la rodea y su paso es largo y veloz.

Trabaja en el «callejón de las putas», en un burdel cargado de aromas sensuales y de expectativas. Mira fuera de la ventana, indiferente a todo lo que sucede en la sala. Ningún sujetador sostiene su admirable pecho. Su tupido cabello color

rojizo está recogido con sencillez. Unos cortos pantalones de terciopelo dejan ver sus larguísimas piernas desnudas.

Gisela se otorga a los clientes con «soberana objetividad», como si no estuviera sobre un diván sucio en un mugriento cuarto mal arreglado. «Nada le importa: es una reina, en su interior segura de sí.»

Sus colegas, explica, son desgraciadamente casi todas estúpidas y este es el motivo por el que han acabado en el burdel. Ella ha llegado allí al final de la guerra, huyendo de un avaro pariente que ha intentado seducirla. En una situación tan precaria se ha dado rápidamente cuenta de que, si no quería reventar por la esquinas, debía meterse en la cama de alguien.

El inconveniente de aquella vida, explica, es el aburrimiento, que empuja a las mujeres a drogarse, a emborracharse o a los juegos de azar. Pero ella no se aburre jamás. Tiene un proyecto: convertirse en una cortesana de altos vuelos, y para conseguirlo se ha concentrado en una importante franja de mercado, el sadomasoquismo.

Con ella, el protagonista mantiene durante un año una relación tranquila, relajada y alegre, en la que solo el pago es capaz de disipar cualquier signo de ambigüedad, celos y malhumor.

Antes de convertirse en una paseante de los bajos fondos de la Londres victoriana, Nancy, hija de pescadores –Sarah Waters, El lustre de la perla, 1998– fue vendedora de ostras y la diva de un espectáculo de variedades. No tiene el físico de sus compañeras. Apenas se notan sus curvas y su boca no tiene la gruesa sensualidad que cabe esperar, pero es débil y delicada. A pesar de todo, Nancy es una prostituta especial, no solo por su inteligencia, sino también porque travistiéndose de hombre se prostituye tanto con hombres como con lesbianas.

Los ojos de Soraya –J. M. Coetzee, Desgracia, 1999– tienen una oscura liquidez, en armonía con el cabello largo y negro y su figura esbelta. Desde que él se lo pidió se presenta desmaquillada. Ella lo espera en una habitación con luz difusa. Todo sucede según un sencillo ritual, siempre el mismo. Soraya deja caer al

suelo su albornoz y se mete entre las sábanas, preguntando a David: «¿Me has echado de menos?» A estas alturas, para él, esos noventa minutos bien pagados se han convertido en un «oasis de voluptuosidad». Le gusta su docilidad erótica y se divierte con su conservadurismo. De hecho, la chica es contraria al topless y detesta a los vagabundos. A su vez, el cliente le confía muchos secretos de su propia vida. De la suya, Soraya no suele hablar, como tampoco habla de los signos de una posible maternidad en su cuerpo. Pero acepta con alegría sus regalos.

David se da cuenta, sorprendido, de que ese encuentro semanal es suficiente para hacerlo feliz. El equilibrio se rompe cuando Soraya desaparece. Decepcionado por los encuentros con una colega suya de dieciocho años, inexperta y banal, hace que un investigador siga las huellas de su preferida, no sabiendo que se encontrará con una desilusión más dura y extraña: Soraya lo rechaza con rabia.

Oôn, la número siete –Michel Houellebecq, Plataforma, 2001–, es una de las jóvenes prostitutas de un local tailandés. El cliente la prefiere no solo porque es bonita, sino también porque no está siempre de charla con sus compañeras ni presta atención a ningún programa televisivo. Oôn acoge con evidente satisfacción la elección de Michel, un cuarentón cínico y fracasado, al que explica que procede del campo y que tiene diecinueve años. Tras un rápido baño, le hace extenderse sobre un pequeño colchón, donde lo masajea con sus órganos sexuales. Viendo que llega con rapidez al orgasmo, estalla en una risa satisfecha y charla con él. Puede hacerlo porque, explica, no tienen muchos clientes. Los peores, le confía, son los japoneses, a menudo sadomasoquistas o amantes del fetichismo.

Después le da las gracias con una larga sonrisa por el pago y lo despide besándole en las mejillas. Esta es una de las agradables experiencias que llevan a Michel a crear, con ayuda de su prometida, con quien comparte algunas chicas, una red de urbanizaciones dedicada al turismo sexual.

Sugar –Michael Faber, Pétalo carmesí, flor blanca, 2002– es una jovencísima prostituta de la pintoresca y miserable Londres victoriana. Tiene un cuerpo alargado, poco pecho, pero también, bajo sus largas pestañas, «unos ojos que

prometen todo… ojos desnudos… luminosos como fruta pelada». Los labios, pálidos, agrietados y sin el color del lápiz, delatan su decisión de emanciparse de aquel mundo y de aquella profesión, que, sin embargo, practica sin fatiga.

Sugar tiene un aire vagamente señorial, acentuado por su vestuario, más distinguido que el de sus colegas. Los clientes aprecian su inesperada habilidad para conversar, ayudada de una enorme memoria y una cierta cultura. Y es que Sugar no solo lee muchos libros, sino que también escribe una especie de diario, en el que vuelca su rebelión interior y sus esperanzas. En esas líneas, todo el que se ha aprovechado sin piedad de su cuerpo es castigado de los modos más atroces.

La chica trabaja en un burdel dirigido por su madre, una mujer seca y despiadada; pero el destino, bajo la apariencia de un cliente débil e insatisfecho, parece abrirle una vía de escape. Cuando todas las ilusiones se desvanezcan, Sugar se vengará antes de esfumarse entre la multitud.

Maria es muy bella y tiene un aire melancólico y misterioso. «Como todas las prostitutas nació virgen e inocente» –Paulo Coelho, Once minutos, 2003–, pero, al ser pobre y tras haber intentado ganarse la vida como empleada en una oficina, decide prostituirse en la fría Ginebra. Una vez superada la incomodidad inicial, sigue sin problemas las reglas de su oficio: no enamorarse de los clientes, hacer que le paguen por adelantado, no consumir drogas. Comienza a usar ropa íntima negra y pantis, y a intentar dar confianza a los hombres inseguros de su virilidad. «Todos los hombres tienen una característica en común: llegan llenos de miedo.» Una sensación que probablemente disfracen con una falsa desenvoltura o una actitud agresiva, pero que permanece imborrable. Maria intenta no perder el control. No es ella quien está en esa cama, es otra persona. Nunca ha sentido nada y se ha limitado a seguir mecánicamente un ritual abreviado. De hecho, la relación propiamente dicha no dura más de once minutos. Para compensar, sigue el consejo de una colega: hay que gemir cuando el hombre llega al orgasmo, para así ilusionarlo y, de paso, recibir una propina; pero ningún beso, porque el beso es, para una prostituta, lo más sagrado.

Delgadina –Gabriel García Márquez, Memoria de mis putas tristes, 2004– está

durmiendo desnuda e indefensa, bajo el influjo de un fármaco que la propietaria de la casa le ha dado para tranquilizarla. Esa belleza aún no del todo madura no sabe que un hombre la está mirando. Es un periodista de noventa años que ha decidido, para festejar su cumpleaños, concederse una noche de «amor desenfrenado» con una virgen. Jamás ha estado con una mujer sin pagar por ello y ha conseguido que las pocas que no eran profesionales aceptasen también su dinero.

«Morena y poco afectuosa», la durmiente tiene el cabello rizado, las uñas pintadas, «pero su piel del color de la melaza parecía estropeada». A pesar del ventilador está cubierta de sudor. Solo la nariz altiva y los labios «intensos» emergen de la pesada máscara del maquillaje. En el baño, doblados ordenadamente, reposan sus pobres vestidos desgastados por el uso y una pequeña cadena con una imagen de la Virgen.

Poco a poco el anciano se enamora de aquella tierna, rústica imagen de la vida. Cuando la adolescente desaparece, él pierde la cabeza. «No había imaginado que una muchacha durmiendo podría causar tanto sufrimiento en un hombre.» Después vuelve a aparecer, «más desnuda que nunca», pero inexplicablemente envejecida unos años en muy poco tiempo, y los celos del anciano estallan en una última llamarada.

Epílogo

Si Luis Buñuel no hubiera dirigido en 1967 Belle de jour, retomando el libro de Kiesel y dejando al descubierto de manera aún más provocativa la ambigüedad del concepto de prostitución en una sociedad opulenta, no habríamos tenido el primer ejemplo de la imprevisible capacidad para escandalizarse de un público convencido, paradójicamente, de su absoluta carencia de prejuicios.

Nos hace reconocer que en una época como la actual, en la que no solo las estrellas del cine, sino también las amas de casa en el Twitter, son capaces de dejarse fotografiar desnudas o semidesnudas, sin por ello asustar a nadie, la prostitución inspira, sin embargo, una oscura repugnancia. Un malestar en apariencia muy similar al de la sociedad decimonónica, en la cual, y a diferencia de nuestra época, la sexualidad era refrenada y censurada. Un malestar inexplicable en un mundo en el que el sexo antes del matrimonio no constituye una excepción, sino una obviedad; en un mundo en el que la traición es un pecado venial, y no solo para los hombres, como sucedía en el pasado; en el que cada vez con más frecuencia las mujeres y las jóvenes, en vez de limitarse a esperar ese primer paso del hombre, toman la iniciativa de la seducción física teniendo como objetivo ya no el matrimonio, sino una satisfacción ocasional de sus sentidos.

A pesar de todo, en este panorama aparentemente relajado, en el que la sexualidad es vista cada vez más como un producto de consumo entre tantos otros, en el que no solo las técnicas sexuales, sino también los comportamientos e incluso la ropa femenina se orienta cada vez más al modelo representado por la prostituta, la prostitución en sí se ha convertido en un tabú innombrable; su existencia se ve reprimida o, cuando es demasiado patente, es fuente de verdaderos traumas colectivos. En un mundo en el que todo se compra, desde las marcas a los servicios profesionales más inconcebibles, el pago a una prostituta parece despertar una vergüenza y un horror demasiado fuertes para no desvelar la existencia de un problema irresuelto en el fondo de la emancipación femenina y en el de los miedos que ha suscitado no solo en el hombre.

Es la combinación entre el sexo promiscuo y el dinero lo que molesta cada vez que da muestras de su existencia en nuestra sociedad. Quizá esta sea la cuestión:

«Hay extrañas, desconocidas formas de prostitución frente a las que la prostitución propiamente dicha no es sino una profesión honrada: aquí, al menos, a cambio de dinero se ofrece algo», escribía Heinrich Böll en sus Opiniones de un payaso.

Quizá con un leve reproche podemos tolerar una orgía, nostálgico residuo de la liberación sexual de los sesenta, souvenir d’antan de las transgresiones de la burguesía radical en los setenta. Pero una orgía de pago no, es entendida como algo intolerable, porque está contaminada por el dinero. Reacción contradictoria en una realidad como la actual, dominada por la aprobación de la compra y el derroche, en la que nada es demasiado costoso, desde el smartphone a la meditación trascendental. El estatus que confiere el valor monetario ha trastabillado desde hace tiempo el orden tradicional de los valores morales. Ya esté bien o mal, nunca como hoy, y también para las jóvenes y las jovencísimas generaciones, el rey del mundo es el dinero.

También es patente que no hay nada más cargado de significaciones ocultas y contradictorias que el dinero. Su presencia confiere valor a las mercancías, pero, al mismo tiempo, parece envilecer las relaciones humanas. Es cierto que un análisis psicoanalítico no daría sus resultados sin el pago de la consulta, pero no es menos cierto que estamos ante una manera impecable de reducir el peso del dinero en el interior de una relación impagable. Por el contrario, en la eterna lucha entre cualidad y cantidad, elevación y materialismo, la prostituta pone objetivamente en peligro la familia y el amor no por la calidad de sus prestaciones, sino por la clara y desnuda luz que arroja sobre los intereses escondidos bajo la limpia superficie de las relaciones socialmente aceptadas.

Por ello es perentorio esconder la prostitución o, al menos, aislarla de la cotidianidad. Por ello, cualquier discurso sobre la eliminación del carácter criminal de la prostitución, desplazando el comportamiento de la prostituta desde la región más oscura del pecado y de lo prohibido hacia esa otra, más clara, de la regulación, implica un reconocimiento de la corporalidad o, si se prefiere, de la animalidad del ser humano y de sus limitaciones. «La verdadera ofensa que la prostituta realiza a la sociedad es que expone a la desaprobación y al ridículo la falsedad de las posturas moralistas. Como los pensamientos reprimidos por el censor freudiano, debe ser relegada al mundo de lo subconsciente», sentenciaba Bertrand Russell en Matrimonio y moral.

«Libros y prostitutas no hacen ver a nadie que para ellos cada minuto es

precioso. Si, por el contrario, se entra en confidencia con ellos, se acaba por reconocer la prisa que tienen; mientras nosotros profundizamos en ellos, no dejan de contar», escribía Walter Benjamin. Es un hecho que hablar de algo que está sujeto a continuos cambios, como el cuerpo, significa también hablar del tiempo y, por tanto, de la muerte; hablar de prostitución significa acercarse a este tema inquietante. No por casualidad Baudelaire escogería como frontispicio a la segunda edición de Flores del mal una ilustración inspirada en una antigua danse macabre, dominada por un esqueleto con los brazos frondosos, como un árbol. No por casualidad Flaubert, al encontrarse con una prostituta, tenía la impresión de ver asomar su calavera debajo del pesado maquillaje de su rostro.

También porque el sexo sin amor esconde en su interior otra dicotomía todavía más alarmante: el cuerpo sin mente o sin alma, como prefiramos decirlo. Y de aquí la animalidad del ser humano, su pertenencia inseparable a la naturaleza, y no solo como su culmen, sino también como parte integrante de sus niveles más bajos, animales. Explica Flaubert: «Quizá sean gustos perversos, pero amo la prostitución de por sí, independientemente de lo que hay debajo… en la prostitución se concentra una intersección de ideas y sentimientos tan compleja –lujuria, amargura, la banalidad de las relaciones humanas, el frenesí muscular y el sonido del dinero–, que si nos adentramos en ella hasta el fondo nos ataca un vértigo y aprendemos de pronto muchas cosas.»

Bibliografía

*

AAVV, Cahier Céline, Paris, 2006.

—, Petite histoire des maisons closes, «Le Crapouillot», 1891.

—, Recherches sur le sexualité (janvier 1928-août 1932), Archives du surréalisme, Paris, 1990; Milano, 2001.

Adler, Laure, Le Vie quotidianne dans les maisons closes de 1830 à 1930, Paris, 1990; Milano, 2001.

Albach, Hester, Léona, héroïne du surréalisme, Paris, 2009.

Albalat, Antoine, Trente ans de Quartier latin, Paris, 1930.

Aldington, Richard, Stevenson, Milano, 1963.

Allem, Maurice, La vie quotidiane sous le Second Empire, Paris, 1948.

Alvaro, Corrado, Quasi una vita, Milano, 1951.

Andreoli, Annamaria, Il vivere inimitabile. Vita di Gabrielle d’Annunzio, Milano, 2000.

Andrieux, Paul, Souvenirs d’un préfet de policie, Paris, 1885.

Andry, Marc, Alphonse Daudet, la bohème et l’amour, Paris, 1985.

Anonyme, Almanach des Demoiselles de Paris, suivi du Dictionnaire des Nymphes du Palais-Royal, Paris, 1999.

Antongini, Tom, La Belle Époque, Milano, 1965.

—, Vita segreta di Gabriele d’Annunzio, Milano, 1949.

Apollinaire, Guillaume, Œuvres en prose complètes, Paris, 1991, 1993.

Aragon, Louis, El campesino de París (trad. Noelle Baer), Barcelona, 1979.

Arrigon, Louis-Jules, Les années romantiques de Balzac, Paris, 1927.

Ascarelli, Roberta, Arthur Schnitzler, Pordenone, 1995.

Asselinau, Charles, C. Baudelaire, sa vie et son œuvre, Paris, 1869.

Augias, Corrado, y Falzone, Michelle, Quelle signorine, Milano, 1980.

Aurouet, Carole, Prévert, portrait d'une vie, Paris, 2007.

Bac, Ferdinand, Intimités du Second Empire, Paris, 1931.

Bair, Deirdre, Samuel Beckett. A Biography, London, 1978.

Baldick, Robert, Vie de J-K. Huysmans, Paris, 1975.

Bancquart, Marie-Claire, Paris des Surréalistes, Paris, 1972.

Barbiera, Raffaello, La principessa Belgiojoso, I suoi amici e nemici, il suo tempo: da memoire mundane inedited o rare e da archive segreti di stato, Milano, 1902.

—, Passioni del Risorgimento. Nuove pagine sulla principessa Belgiojoso e il suo tempo con documenti inediti e illustrazioni, Milano, 1903.

Bardèche, Maurice, Léon Bloy, Paris, 1989.

Barrès, Maurice, Mes cahiers, Paris, 1929-52.

Bartolini, Sigfrido, Con Soffici, Firenze, 2003.

Baudelaire, Charles, Correspondence, Paris, 1973.

—, Œuvres complètes, Paris, 1976.

Beauvoir, Roger de, Les soupeurs de mon temps, Paris, 1868.

Beauvoir, Simone de, El segundo sexo (trad. Alicia Martorell), Madrid, 2005.

—, Cartas a Sartre (trad. Nuria Pujol) , Barcelona, 1996.

Béhar, Henri, y Dufour, Catherine, Dada circuit total, Paris, 2005.

Bellocq, E. J., Storyville Portraits, Milano, 2011.

Benjamin, Walter, París (trad. Wolfgang Berger), Madrid, 2013.

—, Dirección única (trad. Benjamín del Solar), Madrid, 2002.

Berl, Emmanuel, Interrogatoire par Patrick Modiano suivi de Il fait beau, allons au cimitière, Paris, 1976.

—, Tant que vouz penseres à moi, Paris, 1992.

Bertaut, Jules, Le Boulevard, Paris, 1924.

—, L'époque romantique, Paris, 1947.

—, Secrets d'un siècle, Paris, 1950.

Betz, Maurice, Rilke vivant. Souvenirs, lettres, entretiens, Paris, 1937.

Biagi, Dario, L'incantatore. Storia di Giancarlo Fusco, Milano, 2005.

Billy, André, Intimités littéraires, Paris, 1932.

—, Mérimée, Paris, 1959.

—, La vie des frères Gouncourt, Paris, 1956.

Birukov, Paul, Léon Tolstoï, vie et œuvre. Mémoires, souvenirs, letters, extraits du journal intime, notes et documents biographiques, Paris, 1906.

Bled, Victor du, La Société française depuis cent ans, Paris, 1923.

Bloy, Léon, Le déspespéré, Paris, 1887.

—, Diarios (trad. Cristóbal Serra, Fernando Corugedo), Madrid, 2007.

Bollery, Joseph, Léon Bloy, Paris, 1954.

Bona, Dominique, Clara Malraux, nous avons été deux, Paris, 2010.

—, Stefan Zweig, L’ami blessé, Paris, 2010.

Bonafoux, Pascal, Van Gogh. El sol en la mirada (trad. Cristina Rodríguez, Laura Collet, Anna Guasch), Barcelona, 2011.

Bonal, Gérard, y Rémy Bieth, Michel, Colette intime, Paris, 2004.

Bonel, Marc y Danielle, Édith Piaf, le temps d’une vie, Paris, 1993.

Bonini, Emmanuel, Piaf, la vérité, Paris, 2008.

Bonnett, Henri, Les amours et le sexualité de Marcel Proust, Paris, 1985.

Borer, Alain, Un Sieur Rimbaud se disant nágociant, Paris, 1985.

Boudard, Alphonse, y Romi, L’âge d’or des maisons closes, Paris, 1986.

Brancati, Vitaliano, Il borghese e l’inmensità, Milano, 1973.

Brezolles, Jacques, Pages de mon journal, Paris, 1970.

Bruccoli, Matthew, Francis Scott Fitzgerald. Una certain grandeur épique, Paris, 1981, 1984.

Buisine, Alain, Verlaine. Histoire d’un corps, Paris, 1995.

Buñuel, Luis, Mi último suspiro, Barcelona, 2001.

Burnand, Robert, La vie quotidienne en France en 1830, Paris, 1943.

—, La vie quotidienne en France de 1870 à 1900, Paris, 1947.

Burnat, André, Les dossiers brûlants de la Brigade des Moeurs, Paris, 1977.

Buzzati, Dino, Un amor (trad. Carlos Manzano), Madrid, 2007.

Byron, George C. (trad. Lorenzo Luengo), Diarios, Madrid, 2008.

—, Vita attraverso le lettere, Torino, 1989.

Byvanck, Willem Geertrud Cornelis, Un Hollandais à Paris en 1891, Paris, 1892.

Cagianelli, Francesca, y Matteoni, Dario, La belle époque: arte in Italia, 1880-1915, Rovigo, 2008.

Carco, Francis, Visite à Saint-Lazare, Paris, 1925.

Cardinne-Petit, Robert, Pierre Louÿs intime. La solitaire du hameau, Paris, 1942.

Carrannante, Antonio, «Scrittori a Roma. Sulle tracce di Vincenzo Cardarelli», Strenna dei Romanisti, Roma, 21 abril 2006.

Carter, William C., Proust enamorado (trad. Ramón González), Barcelona, 2007.

Cassieri, Giuseppe, editado por, La Ronda 1919-23, Roma, 2001.

Cate, Curtis, Saint-Exupéry, Paris, 1994.

Cazals, Fréderic-Auguste, y Le Rouge, Gustave, Les derniers jours de Paul Verlaine, Paris, 1911.

Cazemajou, Jean, Stephen Crane, Paris, 1969.

Ceccatty, René de, Alberto Moravia, Milano, 2010.

Cendrars, Blaise, Bourlinguer, Paris, 1948.

Cendrars, Blaise y Miller, Henry, Correspondance 1934-1979: 45 and d’amitié, Paris, 1995.

Cendrars, Miriam, Blaise Cendrars. Le vie, le verb, l’écriture, Paris, 2006.

Chelail, Max, Prostitution, le désir mystifié, Paris, 2002.

Champion, Pierre, Marcel Schwob et son temps, Paris, 1927.

Charpentier, Laurent, y Vibart, Eric, Jack London. L’avventuriero del mari, Milano, 2008.

Chasles, Philarète, Mémoires, Paris, 1876-1877.

Chastel, Guy, J.-K. Huysemans et ses amis, Paris, 1957.

Chastenet, Jacques, La vie quotidienne en Anglaterre au debut du règne de Victoria, Paris, 1961.

Chesney, Kellow, Les Bas-Fonds de Londres. Crime et prostitution sur le règne de Victoria, Paris, 2007.

Chiara, Piero, Vita di Gabriele d’Annunzio. Milano, 1978.

Cloetta, Yvonne, Ma vie avec Graham Greene, Paris, 2004.

Cohen, Évelyn, Paris dans l’imaginaire national dans l’entre-deux-guerres, Paris, 1999.

Cohen-Solal, Annie, Sartre, 1905-1980 (trad. Óscar Molina), Madrid, 2005.

Colette, Mis aprendizajes (trad. Domingo Pruna), Barcelona, 2000.

—, Prisiones y paraísos (trad. Lluís Prat, Julia Escobar), Barcelona, 2008.

Colombier, Marie, Les Mémoires de Sarah Barnum, Paris, 1883.

—, Mémories, fin d’Empire, Paris, 1920.

Comisso, Giovanni, Giorni di guerra, Milano, 1930.

—, Satire italiane, Milano, 1961.

Constant, Benjamin, Diario íntimo (trad. Jorge Salvetti), Málaga, 2008.

Corbin, Alain, Les filles de noce. Misère sexuelle et prostitution au XIX siècle, Paris, 1999.

Cottret, Monique y Bernard, Jean-Jacques Rousseau en son temps, Paris, 2005.

Courière, Yves, Jacques Prévert. En vérité, Paris, 2000.

—, Joseph Kessel ou Sur la piste du lion, Paris, 1985.

—, Roger Vailland, ou un libertin au regard froid, Paris, 1991.

Coustillas, Pierre, The heroic life of George Gissing, part I: 1857-1888, London, 2011.

Crevel, René, Le pont de la mort, Paris, 1927.

Daix, Pierre, Aragon, Paris, 2005.

D'Annunzio, Gabriele, Di me a me stesso, Milano, 1990.

D'Anthonay, Thibaut, Jean Lorrain, miroir de la Belle Époque, Paris, 2005.

Dantzig, Charles, y Gourmont, Remy de, Cher vieux daim!, Monaco, 1990.

Daudet, Léon, Fantomes et vivants, Paris, 1914.

—, Souvenirs des milieu littéraires, politiques, artistiques et médicaux, Paris, 1914-21.

Decaudin, Michel, Apollinaire, Paris, 2002.

Delacroix, Eugène, Correspondance générale, Paris, 1936-45.

—, Journal, Paris, 1932.

Delon, Michel, Rétif de la Bretonne, Paris, 1990.

Déon, Michel, Mes arches de Noé, Paris, 1978.

De Quincey, Thomas, Confesiones de un opiómano (trad. Francisco Cusó), Barcelona, 1981.

Dechamps, Catherine, Le sexe et l'argent des trottoirs, Paris, 2006.

Dormoy, Marie, La vie secrete de Paul Léautaud, Paris, 1972.

Dossi, Carlo, Note Azzurre, Milano, 2010.

Dotin-Orsini, Mireille, y Grojnowski, Daniel, eds., Un jolie monde. Romans de la prostitution, Paris, 2008.

Dotto, Giancarlo, Elogio della malafemmina, Napoli, 2008.

Douchin, Jacques-Louis, La vie érotique de Flaubert, Paris, 1969.

—, La vie érotique de Guy de Maupassant, Paris, 1986.

Drieu La Rochelle, Pierre, Notes per un roman sur la sexualité, suivi de Parc Monceau, Paris, 2008.

Du Camp, Maxime, Paris, ses organes, ses fonctions, sa vie dans la seconde moitié du XIX siècle, Paris, 1869-1875.

—, Souvenirs littéraires, Paris, 1882.

Dufour, Hortense, Colette, la vagabonde assise, Paris, 2000.

Dumas, Alexandre, hijo, Filles lorettes et courtisanes, Paris, 2000.

Dumont-Wilden, Louis, Le vie de Benjamin Constant, Paris, 1930.

Ellis, Havelock, La prostitution, ses causes et ses remèdes, Paris, 1929.

Ellmann, Richard, James Joyce (trad. Beatriz Blanco), Madrid, 2002.

—, Oscar Wilde (trad. Néstor Míguez), Barcelona, 1991.

Fenoglio, Beppe, Appunti partigiani 1944-1945, Torino, 1994.

Flaubert, Gustave, Correspondencia (trad. Albert Julibert), Barcelona, 2012.

—, La education sentimental (trad. Hermenegildo Giner), Barcelona, 2006.

Fleury, Serge y Sonolet, Louis, La societé du Second Empire, Paris, 1845.

Fosca, François, Edmond et Jules de Goncourt, Paris, 1941.

Francis, Claude, y Gontier, Fernande, Simone de Beauvoir (trad. Nuria Lago), Barcelona, 1987.

Frank, Dan, Montmartre & Montparnasse. La favolosa Parigi d'inizio secolo, Milano, 2004.

Frank, Nino, Mémoire brisée, Paris, 1967.

Fusco, Giancarlo, Duri a Marsiglia, Torino, 2005.

—, Quando l'Italia tolerava, Milano, 1965, 1995.

García Márquez, Gabriel, Memoria de mis putas tristes, Barcelona, 2004.

Gattey, Charles Neilson, Cristina di Belgiojoso, Firenze, 1974.

Gauguin, Paul, Noa Noa y cartas desde Tahití (trad. Gabriel Hormaechea), Barcelona, 1998.

Gautier, Théophile, Œuvres érotiques, Paris, 1953.

Gauthier, Xavière, Surréalisme et sexualité, Paris, 1971.

Genet, Jean, L'atelier d'Alberto Giacometti, Paris, 1957; Genova, 1992.

Germain, André, La vie amoureuse de d'Annunzio, Paris, 1954.

Giacovelli, Enrico, y Ponchia, Viviana, Ma l'amore sì, Milano, 1998.

Giardina, Roberto, Itinerari erotici, Milano, 2007.

Gide, André, Diario (trad. Laura Freixas), Barcelona, 2004.

—, Si le grain ne meurt, Paris, 1955.

Glissant, Edouard, Faulkner, Mississippi, Paris, 1996.

Godard, Henri, Un autre Céline, Paris, 2008.

Gold, Arthur, y Fizdale, Robert, La divina Sarah. Vita di Sarah Bernhardt, Milano, 1992.

Goncourt, Edmond y Jules de, Gavarni, Paris, 1873.

—, Journal, Paris, 1998.

Goujon, Jean-Paul, Jean de Tinan, Paris, 1990.

—, Pierre Louÿs: una vie secrete 1870-1925, Paris, 1988.

Greene, Graham, Un caso acabado. En busca de un personaje (trad. Jaime Zulaica), Barcelona, 2009.

Guerri, Giordano Bruno, d'Annunzio, Milano, 2008.

—, Filippo Tommaso Marinetti, Milano, 2009.

Guiette, Robert, Monsieur Cendrar n'est jamais là, Montpellier, 1991.

Halley, Achmy, Marguerite Yourcenar en poésie. Archéologie d'un silence, Amsterdam, 2005.

Hammett, Dashiell, Selected Letters, Washington, 2000.

Harris, Frank, Vita e miracoli di G.B. Shaw, Milano, 1934.

Haziot, David, Van Gogh, Paris, 2007.

Hemingway, Ernest, Lettere 1917-1961, Milano, 1986.

Houbre, Gabrielle, Le livre des courtisanes. Archives secretes de la police des mœurs 1861-1876, Paris, 2008.

Houssaye, Arsène, Les confessions, Paris, 1885-1891.

Howe, Russel Warren, Mata-Hari, Milano, 1996.

Hugo, Victor, Cosas vistas. Hernani, Barcelona, 1940.

Incisa, Ludovico, y Trivulzio, Alberica, Cristina de Belgiojoso, la principessa romantica, Milano, 1994.

Julian, Philippe, G. d'Annunzio, Paris, 1971.

—, Jean Lorraine ou le Satyricon 1900, Paris, 1974.

—, Oscar Wilde, Paris, 1967.

—, Sarah Bernhardt, Paris, 1977.

Jünger, Ernst, El corazón aventurero: figuras y caprichos (trad. Enrique Ocaña), Barcelona, 2003.

Kafka, Franz, Diarios (trad. David Sánchez Pascual), Barcelona, 2006.

Karl, Frederic R., William Faulkner, Paris, 1994.

Kerouac, Jack, Satori en París (trad. Daniel Ortiz), Madrid, 2009.

Klee, Paul, Diarios (trad. Jas Reuter), Madrid, 1998.

Klimt, Gustav, Lettere e testimonianze, Roma, 2005.

Koestler, Arthur, Schiuma della terra, Bologna, 1989.

Kyria, Pierre, Jean Lorrain, Paris, 1973.

Lacouture, Jean, André Malraux (trad. Pierrette Balas), Valencia, 1991.

Lair, Samuel, Octave Mirbeau l'iconoclaste, Paris, 2008.

Lamy, Jean-Claude, Mac Orlan, l'aventurier immobile, Paris, 2002.

Lanuox, Armand, Amours 1900, Paris, 1961.

—, Maupassant le Bel-Ami, Paris, 1983.

Lanzmann, Claude, La liebre de la Patagonia (trad. Adolfo García) , Barcelona, 2011.

Lasowski, Patrick Wald, La maison de Maupassant, Paris, 2009.

Layman, Richard, Shadow Man. Vita di Dashiell Hammett, Milano, 2010.

Léautard, Paul, Journal Littéraire, Paris, 1992-1999.

Le Bris, Michel, R.L. Stevenson. Les années bohémiennes, Paris, 1994.

Leiris, Michel, Dualisme et totalité, Paris, 1995.

Lemarié, Yannick, y Michel, Pierre, Dictionnaire Octave Mirbeau, Paris, 2011.

Le Roux, Benoît, Evelyn Waugh, Paris, 2003.

Leroy, Claude, L'or de Blaise Cendrars, Paris, 1991, 2010.

Lestringant, Frank, Musset, Paris, 1998.

Lewis, Norman, «Una spia diletante in Arabia», Adelphiana, 2002.

Lezinier, Michel de, Avec Huysmans. Promenades et souvenirs, Paris, 1928.

Ligot, Marie Thérèse, La'amour fou d'André Breton. Essai et dossier, Paris, 1996.

Lilar, Suzanne, À propos de Sartre et de l'amour, Paris, 1984.

Littlewood, Ian, Climi bollenti. Viaggi e sesso dai giorni del Grand Tour, Firenze, 2004.

Lodge, David, El arte de la ficción (trad. Laura Freixas), Barcelona, 2002.

Lombroso, Cesare, y Ferrero Guglielmo, La donna delinquente, la prostitute e la donna normale, Torino, 1893.

London, Charmian, La vita di Jack London, Milano, 1929.

Lormier, Dominique, Gabriele d'Annunzio en France, Biarritz, 1997.

Losurdo, Domenico, Nietzsche, il ribelle aristocratico. Biografia intelettuale e bilancio critico, Torino, 2004.

Lottman, Herbert, Gustave Flaubert (trad. Emma Calatayud), Barcelona, 1991.

Louvrier, Pascal, Georges Bataille, la fascination du mal, Paris, 2008.

Louvrier, Pascal, y Canal-Forgues, Éric, Paul Morand, le sourire du hara- kiri, Paris, 2006.

Louÿs, Pierre, Correspondance 1894-1898. Pierre Louÿs, Jean de Tinan, Paris, 1995.

—, Enculées. Journal érotique 1892-1907, en http://www.eros- thanatos.com/.

—, Mon Journal 20 mai 1888-14 mars 1890, Paris, 2003.

Malraux, Clara, Nous Vingt Ans 1922-1924, vol. II, Paris, 1986.

Manéglier, Hervé, Les artistas au bordel, Paris, 1997.

Mann, Thomas, Ensayos sobre música, teatro, literatura (trad. Genoveva Dieterich), Barcelona, 2002.

Mansfield, Katherine, Diario (trad. Aránzazu Usandizaga), Barcelona, 2009.

—, The Collected Letters, London, 1984-96.

Marchi, Marco, Federigo Tozzi. Ipotesi e documenti, Genova, 1993.

—, Vita scritta di Federigo Tozzi, Firenze, 1997.

Margueritte, Victor, Prostituée, Paris, 1907.

Marinetti, Filippo Tommaso, Taccuini 1915-1921, Bologna, 1987.

Marmonnier, Christian, Les années folles des maisons closes, Paris, 2007.

Mauclair, Camille, La vie ammoureuse de Charles Baudelaire, Paris, 1927.

Maupassant, Guy de, À la feuille de rose, maison turque, Paris, 1945.

—, Au soleil, Paris, 1884.

Maurois, André, Prométhée ou la vie de Balzac. Olympio ou la vie de Victor Hugo. Les trois Dumas, Paris, 1993.

Maurouard, Elvire, Les beautés noires de Baudelaire, Paris, 2005.

McAlmon, Robert, Vita da geni 1920-1930, Milano, 1997.

Mérimée, Prosper , Correspondance générale, Paris, 1947.

Meyers, Jeffrey, Hemimgway, Paris, 1987.

—, Katherine Mansfield, Milano, 1981.

Michaud, Stéphane y Stieg, Gérald, Rilke et son amie Lou-Andréas Salomé à Paris, Paris, 2001.

Michel, Pierre, y Nivet, Jean-François, Octave Mirbeu, l'imprécateur au cœuer fidèle, Paris, 1990.

Michelet, Jules, Historis de la Revolución Francesa (trad. Vicente Blasco), Vitoria, 1988.

—, Mujeres de la Revolución (trad. Francisco Cañamaque), Madrid, 2010.

Miller, Henry, Trópico de cáncer (trad. Carlos Manzano), Barcelona, 2003.

Mirbeau, Octave, L'ammour de la femme venale, Paris, 1994.

Mitterand, Henri, Zola. La verité en marche, Paris, 1995.

Modiano, Patrick, y Courson, Hughes de, Fondes de tiroir, Paris, 1967, 1979.

Mogador, Celéste, Mémoires, Paris, 1858-1859.

Monneret, Sophie, L'impressionisme et son époque, Paris, 1978.

Montanelli, Indro, Addio Wanda, Milano, 1957.

—, Cuentas conmigo mismo (trad. Carlos Guimpert), Madrid, 2011.

Monteil, Claudine, Les amants de la liberté. Sartre et Beauvoir dans le siècle, Paris, 1999.

—, Les Sœurs Beauvoir, Paris, 2003.

Montmort, Sandrine de, Un autre Maupassant. Dictionnaire, Paris. 2007.

Montorgueil, Georges, Henri Murger, romancier de la bohème, Paris, 1928.

Montparnasse, Kiki de, Infinitamente prezioso, Milano, 2007.

Moore, George, Confessioni di un giovane, Milano, 1929.

Morand, Paul, Croniques, Paris, 2011.

—, Journal d'un attaché d'ambassade 1916-1917, Paris, 1948.

—, Journal inutile, Paris, 2002.

—, 1900, Paris, 1931.

—, Vie de Guy de Maupassant, Paris, 1981.

Moréno, Marguerite, Souvenirs de ma vie, Paris, 1948.

Moser, François, Vie et aventures de Celéste Mogador, Paris, 1935.

Mugnier, Arthur, Journal 1879-1939, Paris, 1985.

Musset, Paul de, Biographie de Alfred de Musset. Sa vie et ses œuvres, Paris, 1877.

Nadar, Charles Baudelaire intime, Paris, 1985.

Némirowsky, Irène, La vida de Chejov (trad. Adela Tintore), Barcelona, 1991.

Nerval, Gérard de, Viaje a Oriente (trad. Joaquín Lledó), Madrid, 1988.

Nin, Anaïs, Henry y June (trad. María José Rodellar), Barcelona, 1994.

Normandy, Georges, Guy de Maupassant, Paris, 1926.

—, Jean Lorraine, Paris, 1907, 1928.

—, Maupassant intime. Nombreux documents inédits, Paris, 1927.

Painter, George, Marcel Proust (trad. Andrés Bosch), Barcelona, 1992.

Parent-Duchâtelet, Alexandre, La prostitution à Paris au XIX siècle, Paris, 2008.

Paris, Renzo, y Siciliano, Enzo, Moravia, Milano, 1991.

Pauvert, Jean-Jacques, Anthologie historique des lectures érotiques, Paris, 2001.

—, Sade, Paris, 1986-1990; Torino, 1988.

Pavese, Cesare, Oficio de vivir (trad. Ángel Crespo), Barcelona, 1996.

Perlès, Alfred, Mi amigo, Henry Miller (trad. Aurelio Martínez), Barcelona, 1979.

Pernoud, Emmanuel, Le bordel en peinture. L’art contre le goût, Paris, 2007.

Perruchot, Henri, La vie de Toulouse-Lautrec, Paris, 1992.

Petacco, Arrigo, La principessa del Nord. La misteriosa vita della dama del

Risorgimento: Cristina di Belgiojoso, Milano, 1993.

Petit, Jacques, Léon Bloy, Paris, 1966.

Piaf, Édith, Ma vie, Paris, 1963.

Pichois, Claude, Baudelaire, Valencia, 1989.

Pichois, Claude, y Brunet, Alain, Colette, Paris, 1999.

Pichois, Claude, y Avice, Jean-Paul, Dictionnaire Baudelaire, Paris, 2002.

Pivano, Fernanda, Hemingway, Milano, 1985.

—, Leggende americane, Milano, 2011.

Proust, Marcel, Correspondance, Paris, 1971-1980.

Power, Arthur, Conversaciones con Joyce (Francesc Parcerisas), Barcelona, 1976.

Queneau, Raymond, Journaux 1914-1965, Paris, 1966.

Rabutaux, Auguste, De la prostitution en Europe depuis l'Antiquité jusqu'à la fin du XVI siècle, Paris, 1881, 1995.

Rapazzini, Francesco, La duchessa rossa. Élizabeth de Gramont da Proust a Marx, Milano, 2007.

Renoir, Jean, Pierre-Auguste Renoir, mi padre (trad. María Teresa Gallego), Barcelona, 2007.

Renard, Jules, Diario (trad. Ignacio Vidal-Foch), Barcelona, 2008.

Restif de la Bretonne, Nicolas-Edme, La Palais-Royal, Paris, 1790.

—, Le pornographe, Paris, 1984.

—, Les nuits de Paris ou le Spectateur nocturne 1788-1794, Paris, 1986.

—, Mes inscriptions. Journal intime 1780-1787, Paris, 2006.

Revest, Didier, Misère et taudis dans le Londres du XIX siècle, Paris, 2007.

Rich, Cynthia, e Izzo, Paolo, Au bord de l'eau. Prostitution e case chiuse a Napoli, da Carlo di Borbone alla Merlin, Napoli, 2008.

Ricotte, Robert, La genèse de le fille Elisa, Paris, 1960.

Rilke, Rainer Marie, Correspondencia (trad. José María Foulce), Palma de Mallorca, 2000.

Rimbaud, Arthur, Cartas (trad. Paula Cifuentes), Barcelona, 2009.

Robb, Graham, Rimbaud (trad. Daniel Aguirre), Barcelona, 2001.

Roberti, Jacques, Maison de société, Paris, 1927.

Rochelandet, Brigitte, Histoire de la prostitution. Du Moyen Âge au XX siècle, Paris, 2007.

Rolland, Romain, La vie de Tolstoï (trad. David Stacey) , Barcelona, 2010.

Romi, Maisons closes. L'histoire, l'art, la literature, les mœurs, Paris, 1979.

—, Petite histoire des maisons closes, Paris, 1970.

Rousseau, Jean-Jacques, Las confesiones (trad. Mauro Fernández) , Madrid, 2007.

Rouveyre, André, Apollinaire, Paris, 1945.

—, Le reclus et le retors. Gourmont et Gide, Paris, 1927.

Russell, Bertrand, Matrimonio y moral (trad. Manuel Azaña), Madrid, 2001.

Safranski, Rüdiger, Nietzsche. Biografía de su pensamiento (trad. Raúl Gabás),

Barcelona, 2001.

Sagaert, Martine, Paul Léautaud, Paris, 2006.

Sainte-Beuve, Charles-Agustin de, Souvenirs et indiscretions, Paris, 1872.

Sartre, Jean-Paul, Lettres au Castor et à quelques autres, tomes I, II, Paris, 1983.

Schnitzler, Arthur, Juventud en Viena (trad. Isabel García), Barcelona, 2012.

Scopp, Claude, Alexandre Dumas, Paris, 1985.

Séché, Léon, La jeunesse dorée sous Louis-Philippe, Paris, 1910.

Sherry, Norman, Graham Greene, Paris, 1991.

Signori, Dolorès A., y Speirs, Dorothy E., Entretiens avec Zola, Paris, 1990.

Simenon, Georges, El gato (trad. Mercedes Abad), Barcelona, 2004.

—, Mémoires intimes (trad. Basilio Losada), Barcelona, 2000.

Simon, Jules, L'ouvrière, Paris, 1861.

Sipriot, Pierre, Balzac dans sa masque, Paris, 1992.

Skinner, Richard, Ojo del amanecer, Mata Hari (trad. Leonor Eizaguirre), Madrid, 2001.

Soffici, Ardengo, Autoritratto d'artista italiano nel quadro del suo tempo, Firenze, 1954.

Solé, Jacques, L'âge d'or de la prostitution de 1870 à nos jours, Paris, 1993.

Sonolet, Louis, La vie parisienne sous le Second Empire, Paris, 1929.

Soupault, Philippe, Les dernières nuits de Paris, Paris, 1975.

Starkie, Enid, Arthur Rimbaud: una biografía (José Luis López), Madrid, 2007.

Starobinski, Jean, Jean-Jacques Rousseau. La transparence et l'obstacle, Paris,

1976.

Sthendal, Correspondance générale, Paris, 1999.

—, Écrits érotiques, suivi des Lettres de Prosper Mérimée, Paris, 2002.

—, Œuvres intimes, Paris, 1982.

Tabarant, Adolphe, La vie artistique au temps de Baudelaire, Paris, 1963.

Taraud, Christelle, La prostitution coloniale. Algérie, Tunisie, Maroc, 1830-1962, Paris, 2003.

Tassart, François, Souvenirs sur Guy de Maupasant, Paris, 1911.

Tavolato, Italo, Contro la morale sessuale, Firenze, 1980.

—, Elogio della prostituzione, Firenze, 1980.

Teyssier, Paul, Maisons-closes parisiennes, Paris, 2010.

Thackeray, William Makepeace, Album parisien, Paris, 1998.

Thibault, Bruno, L’allure de Morand du Modernisme au Pétainisme, Paris, 1992.

Thorel-Cailleteau, Sylvie, «Physique de Remy de Gourmont», Romantisme, Paris, 1996.

Tinan, Jean de, Penses tu réussir?, Paris, 2003.

Tognotti, Eugenia, L’altra faccia di Venere. La sifilide dalla prima età moderna all’avento dell’Aids, Milano, 2006.

Trahard, Pierre, La jeunesse de Prosper Mérimée 1803-1834, Paris, 1925.

—, Prosper Mérimée de 1834 à 1853, Paris, 1928.

Troyat, Henri, Maupassant, Paris, 1994.

—, Tchekhov, Paris, 1984.

—, Zola, Paris, 2002.

Vailland, Roger, Écrits intimes, Paris, 1968.

Vajda, Sarah, Maurice Barrès, Paris, 2000.

Venturi, Franco, La jeunesse de Diderot 1713-1753, Paris, 1939; Palermo, 1988.

Véron, Louis, Mémoires d'un bourgeois de Paris, Paris, 1956.

Vieil-Castel, Horace de, Mémoires sur le Règne de Napoleon III, Paris, 1883-1884.

Vieuille, Chantal, Nusch. Portrait d'une muse du Surréalisme, Paris, 2010.

Vigarello, Georges, ed., Historia del cuerpo (trad. Mónica Rubio y Nuria Petit), Madrid, 2005.

Virmaitre, Charles, Les virtuoses du Trottoir, Paris, 1868.

—, Paris gallant, Paris, 1890.

—, Paris impur, Paris, 1889.

—, Trottoirs et lupanars, Paris, 1893.

Vitoux, Frédéric, Bébert, le chat de L.-F. Céline, Paris, 1988.

Wagenbach, Klaus, Kafka. Imágenes de su vida (trad. Joan Parra), Barcelona, 1998.

Waugh, Evelyn, Diaries, London, 1976.

—, Etichetas: viaje por el Mediterráneo (trad. Jordi Fibla), Barcelona, 2011.

Webster, Paul, Saint-Exupéry. Vie et mort du petit prince, Paris, 1993.

Weininger, Otto, Sexo y carácter (trad. Felipe Jiménez), Madrid, 2004.

Willemin, Véronique, La mondaine. Historie et archives de la Police des moeurs, Paris, 2009.

Wilson, Arthur M., Diderot. Gli annin decisivi, Milano, 1971.

—, Diderot. L’appello ai posteri, Milano, 1973.

Zaghi, Carlo, Rimbaud in Africa, Napoli, 1993.

Zola, Émile, Taccuini, Torino, 1994.

Zweig, Stefan, El mundo de ayer: memorias de un europeo (trad. Joan Fontcuberta), Barcelona, 2013.

Notas al pie

* Las citas que aparecen en el libro han sido traducidas del italiano. A continuación, en la bibliografía, se incluyen las correspondientes traducciones al español existentes. (N. del T.)

Fuentes de las fotografías y documentos reproducidos

Archivio Farabola: pago en la caja; cabina de voyeur; propina a la salida.

Fototeca Storica Gilardi: pareja en una casa de tolerancia.

Getty Images: Kiki de Montparnasse; Marthe Richard; Lina Merlin; prohibición de la entrada en un bar a mujeres; prostitutas a la espera.

Musée Carnevalet / Roger Viollet / Archivi Alinari: mapa de las prostitutas parisinas.

Olycom: cuadro de las habitaciones libres y ocupadas; prostitutas en la via Castaldi; prostitutas negociando.

Raccolte museali Fratelli Alinari (RMFA): mujer etíope posando.

Reporters Associati: vestíbulo de una casa de citas; redada de la policía.

Roger-Violet / Archivi Alinari: prostitutas y militares; Sphynx, fachada e interior; bar de una maison close.

Team / Archivi Alinari: prostitutas en las afueras de Roma.

El editor ha procurado con todos los medios a su alcance identificar a los propietarios de los derechos fotográficos de todas las imágenes sin llegar, sin embargo, a conseguirlo; él mismo, por consiguiente, se ofrece a resolver cualquier problema legal que pueda surgir tras su publicación.